

Las imágenes han sido digitalizadas a 300 ppp.

Permiten una ampliación de hasta el 250 % sin que se produzcan distorsiones.

Las zonas borrosas (pero legibles) en algunas paginas, son debidas a la ondulación de las mismas, y consecuencia de la antigüedad del libro.

Digitalización y preparación del Pdf:

Cesar Ojeda en Las Palmas de Gran Canaria (España)

Queda terminantemente prohibida su distribución y/o reproducción con fines comerciales.

SEGUNDA PARTE.

PRÓLOGO DEL AUTOR.

Por haber prometido de proseguir esta historia, no con poca dificultad y pesadumbre la he continuado; y aunque esta segunda parte de la Araucana no muestre el trabajo que me cuesta, todavía quien la leyere podrá considerar el que se habrá pasado en escribir dos libros de materia tan áspera y de poca variedad, pues desde el principio hasta el fin no contiene sino una misma cosa; y haber de caminar siempre por el rigor de una verdad y camino tan desierto y estéril, pareceme que no habrá gusto que no se canse de seguirme. Así, temeroso desto, quisiere mil veces mezclar algunas cosas diferentes; pero acordé de no mudar estilo, porque lo que digo se me tomase en descuento de las faltas que el libro lleva, autorizándole con escribir en él el alto principio que el rey nuestro señor dió á sus obras con el asalto y entrada de San Quintín, por habernos dado otro aquel mismo día los araucanos en el fuerte de la Concepcion. Asimismo trato el rompimiento de la batalla naval que el Señor don Juan de Austria venció en Lepanto. Y no es poco atrevimiento querer poner dos cosas tan grandes en lugar tan humilde, pero todo lo merecen los araucanos, pues ha mas de treinta años que sustentan su opinion, sin jamás habérseles caído las armas de las manos, no defendiendo grandes ciudades y riquezas, pues de su voluntad ellos mismos han abrasado las casas y haciendas que tenían, por no dejar que gozar al enemigo; mas solo defienden unos terrones secos (aunque muchas veces humedecidos con nuestra sangre) y campos incul-tos y pedregosos. Y siempre permaneciendo en su firme propósito y entereza, dan materia larga y campo abierto á los escritores. Yo dejo mucho, y aun lo mas principal, por escribir para el que quisiere tomar trabajo de hacerlo; que el mio le doy por bien empleado, si se recibe con la voluntad que á todos le ofrezco.

CANTO XVI.

En este canto se acaba la tormenta. Contiénese la entrada de los españoles en el puerto de la Concepcion á isla de Talcahuano: el consejo general que los indios en el valle de Ongolmo tuvieron: la diferencia que entre Peteguelen y Tucapel hubo, asimismo el acuerdo que sobre ella se tomó.

SALGA mi trabajada voz, y rompa el son confuso y misero lamento con eficacia y fuerza que interrompa el celeste y terrible movimiento. La Fama con sonora y clara trompa, dando mas furia á mi cansado aliento, derrame en todo el orbe de la tierra las armas, el furor y nueva guerra.

Dadme ¡oh sacro Señor! favor, pues creo que es lo que solo puede remediarme, que en tan grande peligro ya no veo sino vuestra fortuna en que salvarme: mirad donde me ha puesto el buen deseo, favoreced mi voz con escucharme, que luego el bravo mar viéndoos atento aplacará su furia y movimiento.

Y á vuestra nave, el rostro revolviendo, la socorred en este grande aprieto,

que, si decirse es lícito, yo entiendo que á vuestra voluntad todo es sujeto; aunque el soberbio mar, contravinendo de los hados al áspero decreto, arrancando las peñas de su suelo mezcle sus altas olas con el cielo.

Espero que la rota nave mia ha de arribar al puerto deseado, venciendo el odio y contumaz porfia del contrapuesto mar y viento airado: que procuran así impedir la via y diferir el término llegado en que la antigua causa tan reñida por vuestra parte habia de ser vencida.

Los cuatro poderosos elementos, contra la flaca nave conjurados, traspasando sus términos y asientos, iban del todo ya desordenados, indómitos, airados y violentos, removidos, revueltos y mezclados, en su antigua discordia y fuerza entera, como en el caos y confusion primera.

Pues de tantos contrarios combatida la fatigada nave proejando iba casi de un lado sumergida, las poderosas olas contrastando; mas ya al furioso viento y mar rendida, sin poder resistir, se vá acercando á los yertos peñascos levantados, de las violentas olas azotados.

Con la congoja del morir presente, las voces y las lástimas crecían, que llevadas del Céforo inclemente lejos las rocas cóncavas herían: pilotos, marineros y la gente, como locos, sin orden discurren: unos dicen: ¡alarga! y otros ¡iza! quién por ir á la escota vá á la triza.

El uno con el otro se atraviesa, y á sí turbado del temor se impide; quién á públicas voces se confiesa, y á Dios perdon de sus errores pide: quién hace voto espreso, quién promesa, quién de la ausente madre se despide, haciendo el gran temor siempre mayores los lamentos, plegarias y clamores.

Por otra parte el cielo riguroso del todo parecia venir al suelo, y el levantado mar tempestuoso con soberbia hinchazon subir al cielo. ¡Qué es esto, eterno Padre poderoso! ¡tanto importa anegar un navichuelo, que el mar, el viento y cielo de tal modo pongan su fuerza estrema y poder todo?

No la barca de Amiclas asaltada fue del viento y del mar con tal porfia, que aunque de leños frágiles armada, el peso y ser del mundo sostenia: ni la nave de Ulises, ni la armada que de Troya escapó el último día vieron con tal furor el viento airado, ni el removido mar tan levantado.

La confianza y ánimo mas fuerte al temor se entregaban importuno, que la espantosa imagen de la muerte

se le imprimió en el rostro á cada uno :
del todo ya rendidos á su suerte ,
sin esperanza de remedio alguno ,
el gobierno dejaban á los hados
corriendo acá y allá desatinados ;

Cuando un golpe de mar incontestable ,
bramando , en un turbion de viento envuelto ,
rompió de la gran mura un grueso cable ,
cubriendo el galeon ya todo vuelto .
Pero aquí sucedió un caso notable ,
y fue , que el puño del trinquete suelto
trabó del gran vaiven á la pasada
el un diente de la áncora amarrada .

Y cual si fuera estaca mal asida
la arranca de su asiento y la arrebató ,
y acá y allá del viento sacudida
todo lo abate , rompe y desbarata :
mas Dios , que de los suyos no se olvida ,
(aunque á las veces su favor dilata)
hizo que en el bauptés dichosamente
el áncora aferrase el corvo diente .

La vela se fijó , y en el momento
la nave gobernó rumbo derecho ,
y á despecho del mar y recio viento ,
botando á orza el timon , salió al levecho :
fue tanto nuestro súbito contento ,
que el temeroso inadvertido pecho
pudo sufrir difícilmente á un punto
el extremo de pena y gozo junto .

Luego , pues , que la súbita alegría
lanzó fuera al temor desconfiado ,
y á su lugar volvió la sangre fría
que habia los miembros ya desamparado :
la esforzada y contrita compañía ,
el rostro al cielo en lágrimas bañado ,
con oracion devota y sacrificio
dió las gracias á Dios del beneficio .

Mas el hinchado mar embravecido ,
y el indómito viento rebramando
al bajel acometen con ruido ,
en vano (aunque se esfuerzan) porfiando ;
que la Fortuna de Felipe asido
á jorro le llevaba remolcando
sobre las altas olas espumosas ,
aun de anegar los cielos deseosas .

En esto la cerrada niebla oscura ,
por el furioso viento derramada ,
descubrimos al Leste la Herradura
y al Sur la isla de Talca levantada .
Reconocida ya nuestra ventura ,
y la araucana tierra deseada ,
viendo el Morro de Penco descubierto
arribamos á popa sobre el puerto ;

El cual está amparado de una isleta
que resiste al furor del norte airado ,
y los continuos golpes de marea
que le batan furiosos de aquel lado .
La corva y larga punta una caleta
hace y seno tranquilo y sosegado ,
dó las cansadas naves , como digo ,
hallan seguro albergue y dulce abrigo .

La nave sin gobierno destrozada
surgió al alto reparo de una sierra ,
en gruesa amarra y áncora afirmada ,
que con tenace diente aferró tierra .
Apenas la alta vela fue amainada
cuando el alegre estruendo de la guerra
nos estendió (tocando en los oídos)
los ánimos y nervios encogidos .

La isleta es habitada de una gente
esforzada , robusta y belicosa ,
la cual viendo una nave solamente
venida allí por suerte venturosa ,
gritando ; guerra ! ; guerra ! alegremente
toma las fieras armas , y furiosa ,

con gran rebato y prisa repentina ,
corre en tropel confuso á la marina .

En la falda de un áspero recuesto
en formado escuadron se representa ;
y nosotros , con ánimo dispuesto
á cualquiera peligro y grande afrenta ,
arremetimos á las armas presto ;
que el trabajo pasado y la tormenta
nos hizo á todos estimar en nada
cualquiera otro peligro y gran jornada .

Con recobrado aliento y nuevo brio
corrimos al batel , de la manera
que si lejos de tierra en un bajo
encallada la nave ya estuviera :
y por los anchos lados el navío
sus dos grandes bateles echó fuera ,
en los cuales saltamos tanta gente
cuanta pudo caber estrechamente .

No es poético adorno fabuloso ,
mas cierta historia y verdadero cuento ,
ora fuese algun caso prodigioso ,
ó extraño agüero y triste anunciamiento ,
ora violencia de astro riguroso ,
ora inusado y raptó movimiento ,
ora el andar el mundo (y es mas cierto)
fuera de todo término y concierto :

Que el viento ya calmaba , y en poniendo
el pié los españoles en el suelo
cayó un rayo , de súbito volviendo
en viva llama aquel nubleso velo ;
y , en forma de largarto discurriendo ,
se vió hender una cometa el cielo ;
el mar bramó , y la tierra resentida
del gran peso gimió como oprimida .

Cortó súbito allí un temor helado
la fuerza á los turbados naturales ,
por siniestro pronóstico tomado
de su ruína y venideros males ,
viendo aquel movimiento desusado ,
y los prodigios tristes y señales
que su destrozo y pérdida anunciaban ,
y á perpétua opresion amenazaban .

Desto medrosos , aguardar no osaron ,
que saltando las armas ya rendidas ,
del cerrado escuadron se derramaron ,
procurando salvar las tristes vidas :
el patrio nido al fin desampararon ,
y con mujeres , hijos y comidas ,
por secretos caminos y senderos
se escaparon en balsas y maderos .

Luego los nuestros sin parar corriendo
las casas yermas , chozas y moradas
iban en todas partes descubriendo
las rústicas viandas levantadas ,
y con gran diligencia previniendo
los caminos , las sendas y paradas :
por cavernas y espesos matorrales
buscaban los ausentes naturales ;

Donde en breve sazón fueron hallados
algunos pobres indios escondidos ,
otros en pueblezuelos saltados ,
que aun no estaban del miedo apercibidos :
mas con buen tratamiento asegurados ,
dándoles jotas , llantos y vestidos ,
y palabras de amor , los aquietaban ,
y á sus casas , de paz , los enviaban ,

Dándoles á entender que nuestro intento
y causa principal de la jornada
era la Religion y salvamento
de la rebelde gente bautizada :
que en desprecio del Santo Sacramento
la recibida ley y fe jurada
habian pérfidamente quebrantado
y las armas ilícitas tomado ;

Pero que si quisiesen convertirse

á la cristiana ley que antes tenían,
y á la fe quebrantada reducirse
que al grande Carlos Quinto dado habían,
en todas las mas cosas convenirse
á su provecho y cómodo podrian,
haciéndoles con prendas firme y cierto
cualquier partido licito y concierto.

Luego los instrumentos convenientes
al uso militar y á la vivienda
sacamos en las partes competentes,
que no hay quien nos lo impida ni defienda;
donde todos á un tiempo diligentes,
cuál arma pabellon, cuál toldo ó tienda,
quién fuego enciende, y en el casco usado
tuesta el húmido trigo mareado.

La negra noche horrenda y espantosa,
cubriendo tierra y mar cayó del cielo,
dejando antes de tiempo presurosa
envuelto el mundo en tenebroso velo:
no quedó pabellon, tienda, ni cosa
que el viento allí no la abatiese al suelo,
pareciendo con nuevo movimiento
desencajar la isleta de su asiento;

Hasta que el tardo y deseado día
las nubes desterró, y dejó sereno
el cielo, revistiendo de alegría
el aire oscuro y húmedo terreno:
luego la trabajada compañía,
conociendo el instable tiempo bueno,
procura reparar con diligencia
del riguroso invierno la violencia.

Unos presto destechan los pajizos
albergues de los indios ausentados;
otros con tablas, ramas y carrizos,
al nuevo alojamiento van cargados:
y sobre troncos de árboles rollizos
en las hondas arenas afirmados
gran número de ranchos levantamos,
y en breve espacio un pueblo fabricamos.

Del modo que se ven los pajarillos
de la necesidad misma instruidos
por techos y apartados rinconcillos
tejer y fabricar los pobres nidos,
que de pajas, de plumas y ramillos
van y vienen los picos impedidos,
así en el vermo y descubierta asiento
fabrica cada cual su alojamiento.

Ya que todos, Señor, nos alojamos
en el húmido sitio pantanoso,
y con industria y arte reparamos
la furia del invierno riguroso,
las necesarias armas aprestamos,
soltando con estrepito espantoso
la gruesa y reforzada artillería,
que en torno tierra y mar temblar hacia.

En las remotas bárbaras naciones
el grande estruendo y novedad sintieron:
pacos, vicuñas, tigres y leones,
acá y allá medrosos discurrieron:
los delfines, nereidas y tritones
en sus hondas cavernas se escondieron,
deteniendo confusos sus corrientes
los presurosos rios y las fuentes:

Sintióse en el estado la estampida,
algunos tan atónitos quedaron,
que la dura cerviz, nunca oprimida,
sobre los vertos pechos inclinaron.
Así avisados ya de la venida
los instrumentos bélicos tocaron,
descogiendo por todas las riberas
sus lucidos pendones y banderas.

En el valle de Ongolmo congregados
los diez y seis caciques araucanos,
y algunos capitanes señalados
de los interesados comarcanos,

todos en general deliberados
de venir con nosotros á las manos,
sobre el lugar, el tiempo y aparejo,
entraron los caciques en consejo.

Rengo tambien con ellos, que admitido
fue en consejo de guerra por valiente,
que si ya os acordais, quedó aturrido
en Mataquito entre la muerta gente;
pero volvió despues en su sentido,
y al cabo se escapó dichosamente;
que, aunque falto de sangre, tuvo fuerte
contra la furia de la airada muerte.

Caupolican, en medio de ellos puesto,
á todos con los ojos rodeando,
que con silencio y ánimo dispuesto
estaban sus razones aguardando:
con sesgo pecho, y con sereno gesto,
la voz en tono grave levantando,
rompió el mudo silencio, y echó fuera
la soberbia intencion desta manera:

«Esforzados varones, ya es venido
(segun vemos las muestras y señales)
aquel felice tiempo prometido
en que habemos de lucernos inmortales.
que la fortuna próspera ha traído
de las últimas partes orientales
tantas gentes en una compañía
para que las vengais en solo un día;

Y á costa y precio de su sangre y vidas
del todo eterniceis vuestras espadas,
y nuestras mudas leyes oprimidas
sean en su libre fuerza restauradas;
que por remotes reinos estendidas
han de ser inviolables y sagradas,
viviendo en igualdad debajo de ellas
cuantos viven debajo las estrellas.

Y pues que con tan loco pensamiento
estas gentes se os han desvergonzado,
y en vuestra tierra y defendido asiento
las banderas tendidas han entrado,
es bien que el insolente atrevimiento
quede con nuevo ejemplo castigado,
antes que, dando cuerda á su esperanza,
les dé fuerza y consejo la tardanza.

Así, en resolucion me determino,
(sí, señores, tambien os pareciere)
que demos con asalto repentino
sobre ellos lo mejor que ser pudiere:
y nadie piense que hay otro camino
sino el que con su fuerza y brazo abriere;
que las rabiosas armas en las manos,
los han de dar por justos ó tiranos.

A la plática fin con esto puso,
y el buen Peteguelen, viejo severo,
por mas antiguo su razon propuso,
como soldado y sabio consejero.
diciendo: «¡Oh capitanes! no rehuso
de derramar ni sangre yo el primero,
que aunque por mi vejez parezca helada,
en el pecho me hierve alborotada.

Pero sola una cosa me detiene,
haciéndome dudar el rompimiento,
y es la cierta noticia que se tiene
que es mucha gente y mucho el regimiento:
así que, claro vemes que conviene
gran resistencia á grande movimiento;
que siempre de estimar poco las cosas
suceden las dolencias peligrosas.

Que pues el sitio y puesto que han tomado
es por natura fuerte y recogido,
del mal y altos peñascos rodeado,
por todas partes libre y defendido;
será de mas provecho y acertado
que á su plática y trato deis oído,
y que no se les niegue y contradiga,

pues que solo el oír á nadie obliga:

Que no podrá dañar, y en el comedio podreis apercibir y juntar gente, y en secreto aprestar para el remedio todo lo necesario y conveniente, en las cosas difíciles dar medio, proveer á cualquier inconveniente, atajar y romper los pasos llanos, y al cabo remitirnos á las manos.»

No pudo decir mas, que ardiendo en ira el bravo Tucapel, con voz furiosa diciendo (le atajó): «Quien tanto mira jamás emprenderá jornada honrosa; y si todo el estado se retira, por parecerle que esta es peligrosa, yo solo tomaré, sin compañía, las armas, causa y cargo á cuenta mia.

Por ventura ¿teneis desconfianza de vuestras propias fuerzas tan probadas; pues en cuanto arrojar pueden la lanza y rodear los brazos las espadas dais causa que se note en vos mudanza, y que vuestras victorias mancilladas queden con bajo y misero partido, y nuestro honor y crédito ofendido?

Pues entended que mientras yo tuviere fuerza en el brazo y voz en el senado, diga Peteguelen lo que quisiere, que esto ha de ser por armas sentenciado; y quien otro camino pretendiere, primero le abrirá por mi costado; que esta ferrada maza, y no oraciones, le ha de dar las causas y razones.

Si los que así os preciais de bien hablados, el ánimo os **bastare** y el denuedo de combatir sobre esto, en campo armados os probaré mas claro lo que puedo: mas quereis mostrar tan concertados, que llamando prudencia á lo que es miedo, por no poner en riesgo vuestra vida, á todo, con hablar, dareis salida.»

Peteguelen responde: «Pues no halla nunca en tí la razon acogimiento, yo solo, viejo, quiero la batalla, y castigar tu loco atrevimiento, de piel curtida armados ó de malla, con lanza, espada ó maza, á tu contento; para mostrar que en justas ocasiones tengo mas largas manos que razones.»

¿Quién pudiera pintar el rostro esquivo que Tucapel mostraba contra el cielo, lanzando por los ojos fuego vivo, no se dignando de mirar al suelo! dijo: «Al fin pensamiento tan altivo ya es digno del furor de Tucapelo; mas por mi honor y por tu edad querria que metieses contigo compañía.»

El viejo respondió: «Jamás de ajenas fuerzas en ningun tiempo me he ayudado, ni de sangre aun están vacías mis venas, ni siento el brazo así debilitado, que no te piense dar las manos llenas.» Mas Rengo, su sobrino, levantado se atravesó diciendo: «El desafio aceto yo, si quieres, por mi tio.»

«Quiérola, pido, y soy dello contento, (gritaba Tucapel) y á diez contigo.» Mas saltando Orompello de su asiento, dijo: «Tú lo has de haber, Rengo conmigo.» «Tambien enmendaré tu atrevimiento, responde el fiero Rengo; y mas te digo, que en poco tu amenaza y campo estimo despues que haya acabado el de tu primo.»

Tucapelo le dijo: «Castigarte pienso de tal manera yo primero,

que le cabrá á Orompello poca parte, que á bien librar, serás mi prisionero: ¡afuera; ¡afuera! sú! hacéos á parte que dilatar el término no quiero, pues armas, tiempo y voluntad tenemos, sino que luego aqui lo averiguemos.»

Rengo y Peteguelen le respondieran á un tiempo con las armas y razones, si en medio á la sazón no se pusieran muchos caciques nobles y varones, pidiendo que suspendan y disieran aquellas amenazas y cuestiones, hasta que la fortuna declarada diese próspero fin á la jornada.

Caupolican estaba ya impaciente de ver que Tucapelo cada dia en guerra, en paz, injusta ó justamente, sin ninguna atencion los revolvia: mas hubo de llevarlo blandamente, que el tiempo y la sazón lo requería; y así, con gravedad y manso ruego les reprimió el furor y apagó el fuego,

Quedando entre ellos puesto y acetado, que luego que la guerra concluyesen el viejo y Tucapel en estacado francos de solo á solo combatesen; despues que Tucapel, y Rengo armado ansimismo su causa difiniesen.

El rumor aplacado, Colocolo les comenzó á decir, hablando solo:

«Generosos caciques, si licencia tenemos de decir lo que alcanzamos los que por largos años y experiencia los futuros sucesos rastreamos; vemos que nuestras fuerzas y potencia en solo destruirnos las gastamos, y el tirano cuchillo apoderado sobre nuestras gargantas levantado.

Y lo que da señal clara que sea cierta vuestra caída y mi recelo, es que ya la fortuna titubea, y comienza á turbarse nuestro cielo: cuando un gran edificio se ladea, no está muy lejos de venir al suelo; la máquina que en falso asiento estriba su misma pesadumbre la derriba.

Por lo cual ya si mi opinion no yerra, segun el proceder y los indicios, temo, y con gran razon, de ver por tierra nuestros mal cimentados edificios: y convertido el uso de la guerra en serviles y bajos ejercicios quebrantándose, al fin, vuestra protervia, fundada en una vana y gran soberbia.

Muerto á Lautaro vemos; y perdidas con gran deshonra nuestra tres banderas, rotas nuestras escuadras, y tendidas al viento y sol por pasto de las fieras, las fuerzas y opiniones divididas, lleno el campo de gentes extranjeras, y las furiosas armas alteradas contra sus mismos pechos declaradas.

Mirad que así, por ciega inadvertencia, la patria muere y libertad perece, pues con sns mismas armas y potencia al derecho enemigo favorece: incurable y mortal es la dolencia cuando á la medicina no obedece, y bestial la pasion y detestable que no sufre el consejo saludable.

¿Por qué con tanta saña procuramos ir nuestra sangre y fuerzas apocamos, y envueltos en civiles armas damos fuerza y derecho al enemigo bando? ¿Por qué con tal furor despedazamos

esta union invencible, condenando nuestra causa aprobada y armas justas, justificando en todo las injustas?

¿Qué rabia ó qué rencor desatinado habeis contra vosotros concebido, que así quereis que el araucano estado venga á ser por sus manos destruido, y, en su virtud y fuerzas ahogado; quede con nombre infame sometido á las estrañas leyes y gobierno en dura servidumbre y yugo eterno?

Volved sobre vosotros, que sin tiente correis á toda priesa á despeñaros; refrenad esa furia y movimiento, que os lleva á destruirlos y arruinarlos. ¿Sufris al enemigo en vuestro asiento, que quiere como á brutos conquistaros, y no podeis sufrir aquí impacientes los consejos y avisos convenientes?

Que es cierto falta de ánimo, y bastante indicio de flaqueza disfrazada, teniendo al enemigo tan delante revolver contra sí la propia espada, por no esperar con ánimo constante los duros golpes de fortuna airada, á los cuales resiste el pecho fuerte, que no quiere acabarlo con la muerte.

Pero pues tanto esfuerzo en vos se encierra, que á veces por ser tanto lo condeno, y de vuestras hazañas, no esta tierra, mas todo el universo anda ya lleno; cese, cese el furor y civil guerra, y por el bien comun tened por bueno no romper la hermandad con torpes modos, pues que miembro de un cuerpo somos todos.

Si á la cansada edad y largos dias algun respeto y crédito se debe, mirad á estas antiguas canas mias y al bien público y celo que me mueve, para que suspendais vuestras porfias por alguna sazon y tiempo breve, hasta que el español furor decline y la causa comun se determine.

Y pues de vuestra discrecion espero que os pondrá en el camino que conviene, traer otras razones mas no quiero, pues con vos la razon tal fuerza tiene: dejadas, pues, á parte, lo primero que venir á las manos nos detiene y pone freno y limite al deseo, es el poco aparejo que aquí veo:

Que por todas las partes nos divide este brazo de mar que veis en medio, y nuestra pretension y paso impide, sin tener de pasaje algun remedio: y pues el enemigo se comide á tratar de concierto y nuevo medio, aunque nunca pensemos acetarlos, no nos podrá dañar el escucharlos;

Pues por este camino tomaremos lengua de su intencion y fundamento, que cuando no sea licita, podremos venir de todo en todo á rompimiento: tambien en este término haremos de armas y municion preparamento, que estas serán al fin las que de hecho habrán de declarar este derecho.

Mas, conviene advertir, claros varones, para llevar las cosas bien guiadas, que nuestras exteriores intenciones vayan siempre á la paz enderezadas; mostrándonos de flacos corazones, las fuerzas y esperanzas quebrantadas, y la tierra de minas de oro rica, cebo goloso en que esta gente pica:

Quizá por este término, sacalla podremos del isleño sitio fuerte, y con fingida paz aseguralla, trayéndola por mañas á la muerte; y sin rumor ni muestra de batalla abramos la carrera de tal suerte, que venga á tierra firme confiada en el seguro paso y franca entrada.»

A su habla dió fin el sabio anciano, y hubo allí pareceres diferentes, diciendo que el peligro era liviano para tanto temor é inconvenientes. Pero Puren, Lincoya y Talcaguano, Lemolemo, Elicura mas prudentes, al parecer del viejo se arrimaron, y así á los mas los menos se allanaron.

Despachando de allí con diligencia al jóven Millalauco, generoso, hombre de gran lenguaje y experiencia, cauto, sagaz, solícito y mañoso: que con fingida muestra y apariencia de algun partido honesto y medio honroso nuestro intento y designios penetrase, y el sitio gente, y número notase:

El cual bien informado y instruido de lo que á su propósito convino, en una larga góndola metido, sin mas se detener tomó el camino: y de los prestos remos impelido, en breve á nuestro alojamiento vino, á donde sin estorbo, libremente saltó luego seguro con su gente.

Al puerto habian tambien con fresco viento tres naves de las nuestras arribado, llenas de armas, de gente y bastimento, con que fue nuestro campo reforzado: era tanto el rumor y movimiento del bélico aparato, que admirado el cauteloso Millalauco estuvo, y así confuso un rato se detuvo.

Mas sin darlo á entender, disimulando, por medio del bullicio atravesaba; los judiciosos ojos rodeando, las armas, gente y ánimos notaba: y el negocio entre sí considerando, el deseado fin dificultaba, viendo cubierto el mar, llena la tierra de gente armada y máquinas de guerra.

Llegado al pabellon de don García, hallándose con otros yo presente, con una moderada cortesía nos saludó á su modo, alegremente levantando la voz... Pero la mia, que fatigada de cantar se siente, no puede ya llevar un tono tanto, y así es fuerza dar fin en este canto.

CANTO XVII.

Hace Millalauco su embojada: salen los españoles de la isla: levantando un fuerte en el censo de Penco, vienen los araucanos á darles el asalto. Cuéntase lo que en el aquel mismo tiempo pasaba sobre la plaza fuerte de San Quintín.

Nunca negar se deben los oídos á enemigos ni amigos sospechosos, que tanto os dejan mas apercebidos, cuanto vos los teneis por cautelosos: escuchados, serán mas entendidos, ora sean verdaderos ó engañosos; que siempre por señales y razones se suelen descubrir las intenciones.

Cuando piensan que mas os desatinan con su máscara falsa y trato estraño, os despiertan, avisan, encaminan, y encubriendo descubren el engaño: veis el blanco y el fin á donde atinan,

el pro y el contra, el interés y el daño. No hay plática tan doble y cautelosa que della no se infiera alguna cosa;

Y no hay lengua tan llena de artificio, que parlando no muestre algun conceto, que al fin alguna vez hará su oficio, y mas si el que oye sabe ser discreto. Nunca el hablar dejó de dar indicio, ni el callar descubrió jamás secreto: no hay cosa mas difícil, bien mirado, que conocer un necio si es callado:

Y es importante punto y necesario tener el capitan conocimiento del arte y condicion del adversario, de la intencion, designio, y fundamento; si es cuerdo y reportado, ó temerario, de pesado ó ligero movimiento, remiso ó diligente, incauto ó astuto, vario, indeterminable ó resolutivo.

Así vemos que el bárbaro senado, por saber la intencion del enemigo, al cauto Millalauco habia enviado debajo de figura y voz de amigo: que con semblante y ánimo doblado, mostrándose cortés, como atrás digo, el rostro á todas partes revolviendo, alzó recio la voz así diciendo:

»Dichoso capitan y compañía, á quien por bien de paz soy enviado del araucano estado y señoría, con voz y autoridad del gran senado: no penseis que el temor ó cobardía jamás nos haya á término llegado, de usar (necesitados de remedio) de algun partido infame y torpe medio;

Pues notorio os será lo que se estiende el nombre grande y crédito araucano, que los estranos términos defiende y asegura debajo de su mano: y tambien de vosotros ya se entiende que, movidos de celo y fin cristiano, con gran moderacion y disciplina venis á derramar vuestra doctrina.

Siendo, pues, esto así, como la muestra que habeis dado hasta aqui lo verifica, y la buena opinion y fama vuestra con claras y altas voces lo publica, yo os vengo á asegurar de parte nuestra; y así claro por mi se os certifica, que la ofrecida paz tan descada será por los caciques aceptada:

Que el inclito senado, habiendo oido de vuestra parte algunas relaciones, con sabio acuerdo y parecer, movido por legitimas causas y razones, quiere acetar la paz, quiere partido de licitas y honestas condiciones, para que no padezca tanta gente del pueblo simple y género inocente:

Que si la fe es inviolable y juramento, de vuestra parte con amor pedido, y el gracioso y seguro acogimiento de nuestra voluntad libre ofrecido, pueden dar en las cosas firme asiento con honra igual y lícito partido, sin que los nuestros súbditos y estados vengan por tiempo á ser menoscabados,

A Carlos sin defensa y resistencia por amigo y señor le admitiremos, y el servicio indebido y obediencia de nuestra voluntad le ofreceremos: mas si quereis llevarlo por violencia, antes los propios hijos comeremos, y vereis con valor nuestras espadas por nuestro mismo pecho atravesadas.

Pero por trato llano, sin recelo podreis por vuestro rey alzar bandera; que el estado (las armas por el suelo) con los brazos abiertos os espera, reconociendo que el benigno cielo le llama á paz segura y duradera, quedando para siempre lo pasado en perpétuo silencio sepultado.»

Aquí dió fin al razonar, haciendo á su modo y usanza una caricia, siempre en su proceder satisfaciendo á nuestra voluntad y á su malicia: y el bárbaro poder disminuyendo, nos aumentaba el ánimo y codicia, dándonos á entender que habia flaqueza, y abundancia de bienes y riqueza.

Oida la embajada, don Garcia, haciéndole gracioso acogimiento, en suma respondió: que agradecia la propuesta amistad y ofrecimiento, y que en nombre del rey satisficiera su buena voluntad con tratamiento que no solo no fuesen agraviados, mas de muchos trabajos relevados.

Hizo luego sacar á dos sirvientes por mas confirmacion algunos dones, ropas de mil colores diferentes, jotas, llautos, chaquiras y listones; insignias y vestidos competentes á nobles capitanes y varones; siendo de Millalauco recibido con palabras y término cumplido.

Así, que con semblante y apariencia de amigo agradecido y obligado, pidiendo al despedir grata licencia, á la barca volvió que habia dejado; y con la acostumbrada diligencia, al tramontar del sol llegó al estado, do recibido fue con alegría de toda aquella noble compañía.

Visto pues el despacho, cautamente los caciques la junta dividieron, y dando muestra de esparir la gente, á sus casas de paz se retrujeron, á donde sin rumor secretamente las engañosas armas previnieron, moviendo del comun las voluntades, aparejadas siempre á novedades.

Nosotros, no sin causa sospechosos allí mas de dos meses estuvimos, y á las lluvias y vientos rigurosos del implacable invierno resistimos: mas, pasado este tiempo, deseosos de saber su intencion, nos resolvimos en dejar el isleño alojamiento, haciendo en tierra firme nuestro asiento.

Ciento y treinta mancebos florecientes fueron en nuestro campo apercebidos, hombres trabajadores y valientes, entre los mas robustos escogidos, de armas y de instrumentos convenientes secreta y sordamente prevenidos: (yo con ellos tambien, que vez ninguna dejé de dar un tiento á la fortuna:)

Para que en un pequeño cerro esento, sobre la mar vecina relevado, levantasen un muro de cienmo de fondo y ancho foso rodeado: donde pudiese estar sin detrimento nuestro pequeño ejército alojado, en cuanto los caballos arribaban, que ya teníanmos nueva que marchaban:

Pues salidos á tierra, entenderian la intencion de los bárbaros dañada, que en secreto las armas prevenian

con falso rostro y amistad doblada :
de do, si se moviesen les darian
algun asalto y súbita ruciada,
que, quebrantado el ánimo y denuedo,
volviesen á la paz de puro miedo.

Era imaginacion fuera de tino
pensar que los soberbios araucanos
quisiesen de concordia algun camino,
viéndose con las armas en las manos:
pero con la presteza que convino,
los ciento y treinta jóvenes lozanos
pasaron á la tierra sin ayuda
mas que el amparo de la noche muda :

Y aunque era en esta tierra el tiempo cuando
Virgo alargaba apriesa el corto dia,
las variables horas restaurando
que usurpadas la Noche le tenia;
antes que la Alba fuese desterrando
las nocturnas estrellas, parecia
la cumbre del collado levantada
de gente y materiales ocupada.

Cuáles con barras, picos y azadones
abren los hondos fosos y señales;
cuáles con corvos y anchos cuchillones,
hachas, sierras, segues y destrales
cortan maderos gruesos y troncones,
y fijados en tierra, con tapiales
y trabazon de leños y faginas,
levantan los traveses y cortinas.

No con tanto hervor la tiria gente
en la labor de la ciudad famosa,
acá y allá sirviendo diligente
tan solícita andaba y presurosa,
ni Cesar levantó tan de repente
en Dirrachio la cerca milagrosa
con que cercó al ejército esparecido
del enemigo yerno inadvertido.

Cuanto fue de nosotros coronada
de una gruesa muralla la montaña,
de fondo y ancho foso rodeada,
con ocho piezas gruesas de campaña;
siendo á vista de Arauco levantada
bandera por Felipe rey de España,
tomando posesion de aquel estado
con los demás del padre renunciado.

Túvose por un caso nunca oído,
de tanto atrevimiento y osadía,
entre la gente plática tenido
mas por temeridad que valentía;
que en el soberbio estado así temido
los ciento y treinta en poco mas de un dia
pudiésemos salir con una cosa
tanto cuanto difícil peligrosa.

Nuestra gente del todo recogida,
la cual luego segura al fuerte vino,
que el alto sitio y pólvora temida
hizo fácil y llano aquel camino,
por las anchas cortinas repartida,
según y por el órden que convino,
nos pusimos allí todos á una
debajo del amparo de Fortuna.

La pregonera Fama ya volando
por el distrito y término araucano
iba de lengua en lengua acrecentando
el abreviado ejército cristiano:
la gente popular amedrentando
con un hueco rumor y estruendo vano
que lo incierto á las veces certifica,
y lo cierto, si es mal, lo multiplica.

Llegada, pues, la voz á los oídos
de nuestros enemigos conjurados,
no mirando á los fratos y partidos
por una parte y otra asegurados,
con súbita presteza apercibidos
de municiones, armas y soldados,

sin aguardar á mas, trataron luego
de darnos el asalto á sangre y fuego.

Juntos para el efecto en Talcaguano,
dos millas poco mas del fuerte asiento,
el esforzado mozo Gracolano,
de gran disposicion y atrevimiento,
dijo en voz alta : « ¡ Oh gran Caupolicano !
si en algo es de estimar mi ofrecimiento,
prometo que mañana en el asalto
arbolaré mi enseña en lo mas alto.

Y porque á tí, señor, y á todos quiero
haceros de mis obras satisfechos,
con esta usada lanza me profiero
de abrir lugar por los contrarios pechos ;
y que será mi brazo el que primero
barahuste las armas y pertrechos,
aunque mas dificulten la subida
y todo el universo me lo impida. »

Así dijo : y los bárbaros en esto,
porque ya las estrellas se mostraban,
al fuerte, en escuadron, con paso presto,
cubiertos de la noche se acercaban :
y en una gran barranca, oculto puesto,
al pie de la montaña reparaban,
aguardando en silencio aquella hora
que suele aparecer la clara aurora.

Aquella noche yo mal sossegado
reposar un momento no podia,
ó ya fuese el peligro, ó ya el cuidado
que de escribir entonces yo tenia.
Así imaginativo y desvelado,
revolviendo la inquieta fantasia,
quise de algunas cosas desta historia
descargar con la pluma la memoria.

En el silencio de la noche oscura,
en medio del reposo de la gente,
queriendo proseguir con mi escritura,
me sobrevino un súbito accidente :
cortóme un hielo cada coyuntura,
turbóseme la vista de repente,
y procurando de esforzarme en vano,
se me cayó la pluma de la mano.

Quisierame quejar, mas fue imposible,
del accidente súbito impelido,
que el agudo dolor y mal sensible
me privó del esfuerzo y del sentido ;
pero pasado el término terrible,
y en mi primero ser restituído,
del tormento quedé de tal manera
cual si de larga enfermedad saliera.

Luego que con suspiros trabajados
desfogando las ansias alojaron,
mis descaídos ojos agravados
del gran quebrantamiento se cerraron :
así los lasos miembros relajados
al agradable sueño se entregaron,
quedando por entonces el sentido
en la mas noble parte recogido.

No bien al dulce sueño y al reposo
dejado el quebrantado cuerpo habia,
cuando oyendo un estruendo sonoro
que estremecer la tierra parecia,
con gesto activo y término furioso
delante una mujer se me ponía,
que luego ví en su talle y gran persona
ser la robusta y áspera Belona.

Vestida de los pies á la cintura,
de la cintura á la cabeza armada
de una escamosa y lúcida armadura,
su escudo al brazo, al lado la ancha espada,
blandiendo en la derecha la asta dura,
de las horribles furias rodeada,
el rostro airado, la color teñida,
toda de fuego bélico encendida :

La cual me dijo : « ¡ Oh mozo temeroso !

el ánimo levanta y confianza,
reconociendo el tiempo venturoso
que te ofrece tu dicha y buena andanza :
huye del ocio torpe perezoso,
ensancha el corazon y la esperanza,
y aspira á mas de aquello que pretendes,
que el cielo te es propicio si lo entiendes :

Que viéndote á escribir yo aficionado
y de tu inclinacion el claro indicio,
pues nunca te han la pluma destemplado
las fieras armas y áspero ejercicio :
tu trabajo tan fiel considerado,
solo movida de mi mismo oficio,
te quiero yo llevar en una parte
donde podrás sin limite ensancharte.

En campo fértil, lleno de mil flores ;
en el cual hallarás materia llena
de guerras mas famosas y mayores,
donde podrás alimentar la vena :
y si quieres de damas y de amores
en verso celebrar la dulce pena,
tendrás mayor sugeto y hermosura
que en la pasada edad y en la futura.

Sigueme» dijo al fin ; y yo admirado,
viéndola revolver por donde vino,
con paso largo y corazon osado
comencé de seguir aquel camino,
dejando del siniestro y diestro lado
dos montes que el Atlante y Apenino
con gran parte no son de tal grandeza,
ni de tanta espesura y aspereza.

Salimos á un gran campo, á do natura
con mano liberal y artificiosa :
mostraba su caudal y hermosura
en la varia labor maravillosa,
mezclando entre las hojas y verdura
el blanco lirio y encarnada rosa,
junquillos, azahares y moscuetas,
azucenas, jazmines y violetas.

Allí las claras fuentes murmurando
el deleitoso asiento atravesaban,
y los templados vientos respirando
la verde yerba y flores alegraban :
pues los pintados pájaros volando,
por los copados árboles cruzaban,
formando con su canto y melodía
una acorde y dulcísima armonía.

Por mil partes en corros derramadas
vi gran copia de ninfas muy hermosas,
unas en varios juegos ocupadas,
otras cogiendo flores olorosas :
otras suavemente y acordadas
cantaban dulces letras amorosas,
con cítaras y liras en las manos,
diestros sátiros, faunos y silvanos.

Era el fresco lugar aparejado
á todo pasatiempo y ejercicio ;
quién sigue ya de aquel ya de este lado
de la Casta Diana el duro oficio :
ora atraviesa el puerco, ora el venado,
ora salta la liebre, y con el vicio,
gamuzas, capriolas y corcillas
retozan por la yerba y florecillas :

Quién, el ciervo herido rastreando,
de la llanura al monte atravesaba ;
quién, el cerdoso puerco fatigando,
los osados lebreles ayudaba :
quién, con templados pájaros volando,
las altaneras aves remontaba :
acá matan la garza, allá la cuerva,
aquí el celoso gamo, allí la cierva.

Estaba justo en medio de este asiento
en forma de pirámide un collado,
redondo en igual círculo y esento,
sobre todas las tierras empinado :

y sin saber yo cómo, en un momento,
de la fiera Belona arrebatado,
en la mas alta cumbre dél me puso,
quedando dello atónito y confuso.

Estuve tal un rato de repente
viéndome arriba, que mirar no osaba,
tanto que acá y allá medrosamente
los temerosos ojos rodeaba :
allí lleno de olores blandamente
un agradable viento respiraba
hasta la cumbre altísima el collado
de verde yerba y flores coronado.

Era de altura tal que no podría
un liviano neblí subir á vuelo ;
y así, no sin temor, me parecia
mirando abajo estar cerca del cielo :
de donde con la vista descubria
la grande redondez del ancho suelo,
con los términos bárbaros ignotos,
hasta los mas ocultos y remotos.

Viéndome, pues, Belona allí subido,
me dijo : «El poco tiempo que te queda
para que puedas ver lo prometido
hace que detenerme mas no pueda :
mira aquel grueso ejército movido,
el negro humo espeso y polvareda
en el confin de Flandes y de Francia
sobre una plaza fuerte de importancia.

Despues que Carlos Quinto hubo triunfado
de tantos enemigos y naciones,
y como invicto príncipe hollado
las Articas y Antárticas regiones,
triunfó de la fortuna y vano estado,
y aseguró su fin y pretensiones,
dejando la imperial investidura
en dichosa sazón y coyuntura ;

Y movido del pío y santo celo
que del gobierno público tenia,
pareciéndole poco lo del suelo,
según lo que en el pecho concebía,
vuelta la mira y pretension al cielo,
el peso que en los hombros sostenía
le puso en los del hijo, renunciados
todos sus reinos, títulos y estados.

Viendo el hijo la próspera carrera
del victorioso padre retirado,
por hacer la esperanza verdadera
que siempre de sus obras habia dado,
por el principio y ocasion primera
aquel copioso ejército ha juntado
para bajar de la enemiga Francia
la presuncion, orgullo y arrogancia.

Aquella es San Quintín que ves delante,
que en vano contraviene á su ruina,
presidio principal, plaza importante,
y del furor del gran Felipe dina.
Hállase dentro della el almirante,
debajo cuyo mando y disciplina
está gran gente plática de guerra,
á la defensa y guarda de la tierra.

En tres partes allí, como se muestra,
el enemigo campo se reparte :
Cáceres con su tercio, á mano diestra,
donde esta de Felipe el estandarte :
el pronto Navarrete á la siniestra
con el conde de Mega ; y de la parte
del burgo Julian con tres naciones,
españoles, tudescos y valones.

Llegamos, pues, á tiempo que seguro
podrás ver la contienda porfiada,
y sin escalas por el roto muro
entrar los de Felipe á pura espada :
verás el fiero asalto y trance duro,
y al fin la fuerte Francia aportillada ;
que al riguroso Hado incontrastable,



no hay defensa ni plaza inespugnable.

Conviéneme partir de aquí al momento á meterme entre aquellos escuadrones, y remover con nuevo encendimiento los unos y los otros corazones : tú desde aquí podrás mirar atento las diferentes armas y naciones, y escribir de una y otra la fortuna, dando su justa parte á cada una.»

Luego la diosa airada y compañía por el aire en tropel se deslizaron, y en un instante, sin torcer la vía, cual presto rayo á San Quintín bajaron, donde atizando el fuego que ya ardía, con la amiga Discordia se juntaron, que andaba entre las huestes y compañías infundiéndoles ira en las entrañas.

En esto el fiero ejército furioso, por la señal postrera ya movido, en un turbion espeso y polvoroso corre al batido muro defendido. ¡Quién fuera de lenguaje tan copioso que pudiera explicar lo que aquí vido ! Mas, aunque mi caudal no llegue á tanto, haré lo que puidere en otro canto.

CANTO XVIII.

Da el rey don Felipe el asalto á San Quintín : entra en ella victorioso: vienen los araucanos sobre el fuerte de los españoles.

¡CUAL será el atrevido que presuma reducir el valor vuestro y grandeza

á término pequeño y breve suma, y á tan humilde estilo tanta alteza ? que aunque por campo próspero la pluma corra con fértil vena y ligereza, tanto el sugeto y la materia arguye que todo lo deshace y disminuye.

Y el querer atreverme á tanto creo que me será juzgado á desatino, pues llegado á razon, yo mismo veo que salgo de los términos á tino: mas de serviros siempre el gran deseo; que siempre me ha tirado á este camino quizá adelgazará mi pluma ruda, y la torpeza de la lengua muda.

Y así vuestro favor (del cual procede esta mi presuncion y atrevimiento) es el que agora pido, y el que puede enriquecer mi pobre entendimiento : que si por vos, señor, se me concede lo que á nadie negais, soltaré al viento con ánimo la ronca voz medrosa, indigna de contar tan grande cosa.

Y de vuestra largueza confiado, por la justa razon con que lo pido, espero que, señor, seré escuchado, que basta para ser favorecido. Volviendo á proseguir lo comenzado, dije en el canto atrás que arremetido habia el furioso campo por tres vías á las aportilladas baterías :

Y en la veloz corrida, contrastando los tiros y defensas contrapuestas, lo va todo rompiendo y tropellando, con animoso pecho y manos prestas: y á los batidos muros arribando por los lados y partes mas dispuestas, los unos y los otros se afrontaron, y los ánimos y armas se tentaron.

Los franceses con muestra valerosa, armas y defensivos instrumentos, resisten la llegada impetuosa, y los contrarios ánimos sangrientos: mas la gente española, mas furiosa cuanto topaba mas impedimentos, con temoso coraje y porfiado rompe lo mas difícil y cerrado.

Vieran en las entradas defendidas gran contienda, revuelta y embarazos, muertes estrañas, golpes y heridas de poderosos y gallardos brazos: cabezas hasta el cuello y mas hendidas, y cuerpos divididos en pedazos; que no bastaban petos ni ecladas contra el crudo rigor de las espadas.

La plaza se espugnaba y defendía con esfuerzo y valor por todos lados; era cosa de ver la herrería de las armas y arneses golpeados, la espantosa y horrenda artillería, las bombas y artificios arrojados de pólvora, alquitran, pez y resina, aceite, plomo, azufre y trementina;

Y á vueltas un granizo y lluvia espesa de lanzas y saetas arrojaban, peñas, tablas, maderos, que á gran priesa de los muros y techos arrancaban. La fiera rabia y gran teson no cesa; hieren, matan, derriban; y así andaban los unos y los otros muy revueltos en fuego, en sangre y en furor envueltos.

Unos la entrada sin temor defienden con libre y animosa confianza: otros de miedo por vivir ofenden, poniéndoles esfuerzo la esperanza: otros, que ya la vida no pretenden, procuran de su muerte la venganza, y que caigan sus cuerpos de manera que al enemigo cierren la carrera.

Como el furor indómito y violencia de una corriente y súbita avenida, que si halla reparo y resistencia: hierve y crece allí el agua detenida; al fin, con mayor ímpetu y potencia, bramando abre el camino y la salida que las defensas rompe y desbarata, y en violento furor las arrebató:

De tal manera la francesa gente, sin bastar resistencia y fuerza alguna, la arrebató la próspera corriente del hado de Felipe y su fortuna, que ya sin poder mas forzosamente á su furia rendida, por la una parte que estaba Cáceres dió entrada á la enemiga gente encarnizada.

Y aunque por esta parte el almirante el golpe de la gente resistía, no fue ni pudo al cabo ser bastante á la pujanza y furia que venía: quedó en prision con otros, y adelante la victoriosa y fiera compañía, dejando eterna lástima y memoria, iba siguiendo el hado y la victoria.

Pues en esta sazón, por la otra parte que el diestro Navarrete peleaba, sin ser ya la francesa gente parte,

á puro hierro la española entraba; y á despecho y pesar del fiero Marte, que los franceses brazos esforzaba, haciendo gran destrozo y cruda guerra, de rota á mas andar ganaban tierra.

Fue preso allí Andalot, que encomendada le estaba la defensa de aquel lado: he aquí tambien por la tercer entrada, que Julian Romero habia asaltado: la suspensa fortuna declarada, abriendo paso al detenido Hado, la mano á don Felipe dió de modo que vencedor en Francia entró del todo.

Cortó luego un temor y frio hielo los ánimos del pueblo enflaquecido, rompiendo el aire espeso y alto cielo un general lamento y alarido.

Las armas arrojadas por el suelo, escogiendo el vivir ya por partido, acordaron con misera huida perder la plaza y guarecer la vida.

Peró los vencedores, cuando vieron su gran temor y poco impedimento, los brazos altos y armas suspendieron; por no manchar con sangre el vencimiento; y sin hacer mas golpe, arremetieron, vuelto en codicia aquel furor sangriento, al esperado saco de la tierra, premio de la comun gente de guerra.

Quién las herradas puertas golpeando quebranta los cerrojos reforzados: quién, por picas y gúmenas trepando, entra por las ventanas y tejados: acá y allá rompiendo y desquiciando, sin reservar lugares reservados, las casas de alto á bajo escudriñaban, y á tienta, sin parar, corriendo andaban.

Como el furioso fuego de repente, cuando en un barrio ó vecindad se enciende, que con rebato súbito la gente corre con priesa y al remedio atiende; y por todas las partes francamente, quién entra, sale, sube, quién deciendo, sacando uno arrastrando, otro cargado el mueble de las llamas escapado;

Así la fiera gente victoriosa, con prestas manos y con piés ligeros, de la golosa presa codiciosa, abre puertas, ventanas y agujeros, sacando diligente y presurosa cofres, tapices, camas y rimeros, y lo de mas y menos importancia, sin dejar una mínima ganancia.

No los ruegos, clamores y querellas que los distantes cielos penetraban de viudas y huérfanas doncellas la insaciable codicia moderaban; antes, rompiendo sin piedad por ellas, á lo mas defendido se arrojaban, creyendo que mayor ganancia habia donde mas resistencia se hacia.

Viéranse ya las vírgenes corriendo por las calles, sin guarda, á la ventura, los bellos rostros con rigor batiendo, lamentando su hado y suerte dura: y las miserables monjas, que rompiendo sus estatutos, límite y clausura, de aquel temor atónito llevadas, iban acá y allá descarriadas.

Mas el pio Felipe, antes que entrasen, habia mandado á todas las naciones que con grande cuidado reservasen las mujeres y casas de oraciones: y amigos y conformes, evitasen pendencias peligrosas y cuestiones

que del saco y la presa á cada una diese su parte franca la fortuna.

Las mujeres, que acá y allá perdidas, llevadas del temor, sin tiento andaban, por orden de Felipe recogidas en seguro lugar las retiraban, donde de fieles guardas defendidas del bético furor las amparaban; que aunque fueron sus casas saqueadas, las honras les quedaron reservadas :

Que los fieros soldados, obedientes al cristiano y espreso mandamiento, se mostraban en esto continentes, frenando aun el primero movimiento. La revuelta y la mezcla de las gentes, la mucha confusion y poco tiento, hizo que el daño en la ciudad creciese, y un repentino fuego se encendiese.

Súbito allí la llama alimentada, lanzando espeso el humo y las centellas, del fresco viento céfiro ayudada procuraba subir á las estrellas : la miserable gente afortunada, con dolorosas voces y querellas, hijos los tiernos ojos en el cielo, desmayando, esforzaban mas el duelo.

A todas partes gritos lastimosos en vano por el aire resonaban, y los tristes franceses temerosos en las contrarias armas se arrojaban, eligiendo, por fuerza, vergonzosos el modo de morir que rehusaban, antes que como flacos, encerrados, ser en llamas ardientes abrasados.

Mas del piadoso rey la gran clemencia habia las fieras armas embofá lo, que con remedio presto y di igencia todo el furor y fuego fue apagado. Al fin, sin mas defensa y resistencia, dentro de San Quintín quedó alojado, con la llave de Francia ya en la mano, hasta París abierto el paso llano.

El sol ya poco á poco declinaba al hemisferio antártico encendido, cuando yo, que alegrísimo miraba todo lo que en mi canto habeis oido, vi cerca una mujer que me hablaba, mas blanco que la nieve su vestido, grave, muy venerable en el aspecto, persona al parecer de gran respeto,

Diciendo : « Si las cosas que dijere por cierta y verdadera profecía, dificultosa alguna pareciere, creeme que no es ficcion ni fantasía ; mas lo que el Padre Eterno ordena y quiere allá en su excelso trono y gerarquía, al cual está sujeto lo mas fuerte, el hado, la fortuna, el tiempo y muerte.

Destá guerra y rencores encendidos entre la España y Francia así arraigados, resultarán conciertos y partidos, por una parte y otra procurados ; en los cuales serán restituidos al duque de Saboya sus estados, con otros muchos medios provechosos, en bien de Francia y á la España honrosos.

Y para que mas quede asegurada la paz, con hermandad y firme asiento, con la prenda de Henrico mas amada contraerá don Felipe casamiento ; pero la cruda muerte acelerada temprano deshará este ayuntamiento : que el alto cielo así lo determina y el decreto fatal y orden divina.

En este tiempo Francia corrompida,

la católica ley adulterando, negará la obediencia al rey debida, las sacrílegas armas levantando : y con el cebo de la suelta vida cobrará la maldad fuerza, juntando de gente infiel ejército formado contra la Iglesia y propio rey jurado.

Por insolencias viejas y pecados. vendrá el reino á ser casi destruido : y Carlos de sus pérfidos soldados á término dudoso reducido : serán con desacato derribados los suntuosos templos, y ofendido el mismo Sumo Dios y Sacramento, sobrando á la maldad su sufrimiento.

Mas vuestro rey con presta providencia previniendo al futuro daño, luego atajará en España esta dolencia con rigor necesario á puro fuego. Curada la perversa pestilencia, las armas enemigas del sosiego con furia moverá contra el oriente, enviando al Peñon su armada y gente.

Aunque no pueda de la vez primera conseguir el efecto deseado, volverá la segunda de manera, que el áspero Peñon será espugnado ; y dejando segura la carrera, y el morisco conformedad amedrentado, por causa de los puertos é invernada, retirará la victoriosa armada.

Vendrán á España á la sazón de Ungria dos principes de alteza soberana, hijos de César Máximo y María, de Carlos hija y de Felipe hermana, que acrecentando el gozo y alegría harán aquella corte y era ufana : el mayor es Rodolfo, el otro Ernesto, que á la fama darán materia presto ;

Y de sus altas obras prometiendo en su pequeña edad grande esperanza, en años y virtud irán creciendo, virtud y años muy dignos de alabanza ; en quienes se verá resplandeciendo un excelso valor, y la crianza del baron Dietrich, persona dina de dar á tales principes doctrina.

Luego en el año próximo siguiente toda la cristiandad amenazando la gruesa armada del infiel potente irá contra el poniente navegando, con tan gran aparato y tanta gente, que temblarán las costas ; y arribando á la isla de Malta dará fondo, que boja veinte leguas en redondo :

Donde el grande maestro y caballeros, que dentro asistirán en este medio, con otros capitanes forasteros, ofrecerán las vidas al remedio : y siempre constantísimos y enteros resistirán gran tiempo el fuerte asedio, haciendo en la defensa tales cosas, que se podrán tener por milagrosas.

Será la isla batida reciamente por la tierra, por mar, por bajo y alto, y el fuerte de Santelmo crudamente entrado á hierro en el noveno asalto : el cual suceso á la cercada gente pondrá en grande peligro y sobresalto, porque en el puerto la turquesca armada tendrá por las dos bocas franca entrada.

Allí se verán hechos señalados, difíciles empresas peligrosas, ánimos temerarios arrojados, cuando las esperanzas mas dudosas:

postas, muros y fosos arrasados,
crudas heridas, muertes lastimosas,
casos grandes, sucesos infinitos,
dignos de ser para en eterno escritos.

Mas cuando ya no baste esfuerzo humano,
y la fuerza al trabajo se rindiere,
el muro esté ya raso, el foso llano,
y la esperanza al suelo se viniere :
cuando el sangriento bárbaro inhumano
el cuchillo sobre ellos esgrimiere,
será entonces de todos conocido
lo que puede Felipe y es temido ;

Pues con sola una parte de su armada
y número pequeño de soldados,
de su fortuna y crédito guiada
rebatirá los otomanos hados :
y la afligida Malta restaurada,
serán los enemigos retirados,
las fugitivas velas dando al viento
con pérdida increíble y escarmiento.

Luego el año despues con poderoso
ejército, en persona Solimano
por tierra moverá contra el famoso
César Augusto, emperador romano ;
y por la gran Panonia presuroso,
dejando á la derecha al Trasilvano,
y atrás la ancha provincia de Dalmacia,
bajará á los confines de Croacia.

A Siguet, plaza fuerte y recogida,
cuatro semanas la tendrá asediada,
y al cabo, sin poder ser socorrida,
del fiero Soliman será ocupada ;
mas la empresa difícil y la vida
acabará en un tiempo, que la airada
muerte, arribando el limitado curso,
pondrá término y punto á su discurso.

Por otra parte, en Flandes los estados
desasidos de Dios en estos dias,
turbarán el sosiego, inficionados
de perversos errores y herejías ;
y contra el rey Felipe conspirados
tentarán de maldad diversas vias,
trayendo á estado y condicion las cosas
que durarán gran término dudosas.

Tambien con pretension de libertarse
en el próspero reino de Granada
los moriscos vendrán á levantarse
y á negar la obediencia al rey jurada :
la cual alteracion, por no estimarse
ni ser á los principios remediada,
será de grandes daños, y costosa
de sangre ilustre y gente valerosa.

Irá á esta guerra un mozo que escondido
anda en humildes paños y figura,
que su imperial linaje esclarecido
difíciles empresas le asegura ;
á quien tienen los Hados prometido
una famosa y súbita ventura :
este es hijo de Carlos, que aun se cria,
y encubierto estará por algun dia.

Andará, como digo, disfrazado
hasta que el padre al tiempo de la muerte
le dejará por hijo declarado,
subiéndole en un punto á tanta suerte :
será de todos, con razon, amado,
franco, esforzado, valeroso y fuerte :
es su nombre don Juan, y en esta parte
no puedo mas decir ni revelarte.

Baste que á los moriscos alterados
en su primera edad hará la guerra
y los presidios rotos y ocupados
los vendrá á retirar dentro en la sierra ;
á donde los tendrá tan apretados
que al fin reducirá laalzada tierra,
trasplantando en provincias diferentes

las raíces malvadas y simientes.

Esta guerra acabada, de Alemaña
(de damas y gran gente acompañada)
la infanta Ana vendrá, reina de España,
con el rey don Felipe desposada,
donde con pompa y magestad estraña
será la insigne boda celebrada
en la antigua Segovia, un tiempo silla
de los famosos reyes de Castilla.

Serán, pues, los dos príncipes llamados
del padre emperador, que ya aquel dia
querrá dar nuevo asiento en sus estados
y hacer rey á Rodolfo de la Ungria :
así que, para Génova embarcados,
arribarán, pasando á Lombardia,
por la ribera del Danubio amena
á su ciudad famosa de Viena.

Cuando ya la revuelta y turbaciones
de los tiempos den muestra de acabarse,
y el bélico furor y alteraciones
parezcan declinar y sosegar,se,
entonces en las bárbaras regiones
comenzarán de nuevo á levantarse
las armas de los turcos inhumanos,
contra los poderosos venecianos ;

Y sacando una armada poderosa,
de todas sus provincias allegada,
en la vecina Chipre, isla famosa,
descargará la furia represada :
y con espada cruda y rigurosa
será la tierra de ellos ocupada,
entrando á Famagusta ya batida,
sobre palabra falsa y fe metida.

Quedarán, pues, tan arrogantes desto,
que, la armada de gente reforzando,
con soberbio designio y presupuesto
irán la via de Italia navegando,
despreciando del mundo todo el resto,
y aun el poder del cielo despreciando :
tanto será su orgullo y fiera muestra
nacido del pecado y culpa vuestra.

Mas el alto Señor que otro dispone,
y en vuestro bien por su piedad lo ordena
que cuando faltan méritos compone
con su sangre y pasion la deuda ajena,
y por solo un gemir, luego repone
la punicion y merecida pena,
quebrantará con golpe riguroso
la soberbia del bárbaro ambicioso :

Que doliéndose ya de la fatiga
del pueblo pecador, pero cristiano,
contra la gente perdidá enemiga
esgrimirá la poderosa mano.
Así de inspiracion habrá una liga,
donde el papa y senado veneciano
juntarán su poder, su fuerza y gente
con la del rey católico potente.

Será en gracia de todos elegido
general de la Liga dignamente
el mozo en su niñez desconocido
que anda en hábito humilde entre la gente.
Pero no me es á mí ya concedido
revelar lo futuro abiertamente :
basta que lo verás, pues te asegura
mas larga vida el Hado que ventura.

Mas si quieres saber de esta jornada
el futuro suceso enteramente,
y la cosa mas grande y señalada
que jamás se haya visto entre la gente ;
cuando pasares solo la cañada
que ciñe del rio Rauco la corriente,
verás al pié de un libano á la orilla
una mansa y doméstica corcilla.

Conviénete seguirla con cuidado
hasta salir en una gran llanura,

al cabo de la cual verás á un lado una fragosa entrada y selva oscura : y tras la corza tímida emboscado hallarás en mitad de la espesura debajo de una tosca y hueca peña una oculta morada muy pequeña.

Allí, por ser lugar inhabitable, sin rastro de persona ni sendero, vive un anciano viejo venerable, que famoso soldado fue primero, de quien sabrás do habita el intratable Fiton, mágico grande y hechicero, el cual te informará de muchas cosas. que están aun por venir, maravillosas.

No quiero decir mas en lo tocante á las cosas futuras, pues parece que habrá materia y campo asaz bastante en lo que de presente se te ofrece para llevar tus obras adelante, pues la grande ocasion te favorece; que á mi solo hasta aquí me es concedido el poderte decir lo que has oido.

Mas, si el furor de Marte y la braveza te tuvieren la pluma destemplada, y quisieres mezclar con su aspereza otra materia blanda y regalada, vuelve los ojos, mira la belleza de las damas de España, que admirada estoy, segun el bien que allí se encierra; cómo no abraza amor toda la tierra.

Mas tente, que me importa á mí, primero que de los ojos fáciles te fies, prevenir al peligro venidero para que dél con tiempo te desvíes : y no aguardes al término postrero, ni en tu fuerza y mi ayuda te confies; que aunque quiera despues contraponerme, tú cerrarás los ojos por no verme.»

¡ Oh condicion humana ! que al instante que me privó que el rostro no volviese, solo aquel impedirme fue bastante á que el pronto apetito se encendiese : y así, sin esperar mas que adelante en el sano consejo procediese, volví los ojos luego, y de improviso vi (si decir se puede) un paraíso.

En un asiento fértil y sabroso, dó alegres plantas y árboles cercado, do el cielo se mostraba mas hermoso, y el suelo de mil flores variado, cerca de un claro arroyo sonoro que atravesaba el fresco y verde prado vi junta toda cuanta hermosura supo y pudo formar acá natura.

Eran las damas del cercado aquellas que en la dichosa España florecian : el claro sol, la luna y las estrellas en su respecto oscuras parecian; y sobre sus cabezas todas ellas olorosas guirnaldas sostenian, de mil varias maneras rodeadas de rubias trenzas, ñudos y lazadas.

Andaban por acá y allá esparcidos gran copia de galanes estimados, al regalado y blando amor rendidos, corriendo tras sus fines y cuidados; unos en esperanzas sostenidos, otros en sus riquezas confiados, todos gozando alegres y contentos de sus lozanos y altos pensamientos.

En esto, con presteza y furia estraña arrebatado por el aire vano, la alta cumbre dejó de la montaña, bajando al deleitoso y fértil llano, donde, si la memoria no me engaña,

vi la mi guia á la derecha mano, algo medrosa y con turbado gesto de haberme en tanto riesgo y trance puesto ;

Que luego que los piés puse en el suelo, los codiciosos ojos va cebando, libres del torpe y del grosero velo que la vista hasta allí me iba ocupando, un amoroso fuego y blando hielo se me fue por las venas regalando, y el brio rebelde y pecho endurecido quedó al amor sujeto y sometido.

Y deseoso luego de ocuparme en obras y canciones amorosas, y mudar el estilo, y no curarme de las ásperas guerras sanguinosas; con gran gana y codicia de informarme de aquel asiento y damas tan hermosas, en especial y sobre todas de una que vi á sus piés rendida mi fortuna.

Era de tierna edad, pero mostraba en su sosiego discrecion madura, y á mirarme parece la inclinaba su estrella, su destino y mi ventura : yo, que saber su nombre deseaba, rendido y entregado á su hermosura, ví á sus piés una letra que decia :

DEL TRONCO DE BAZAN DOÑA MARÍA.

Y por saber mas della, revolviendo el rostro y voz á la prudente guia, súbito el alboroto y fiero estruendo de las bárbaras armas y armonía me despertó del dulce sueño, oyendo : ¡ arma, arma ! ¡ presto ! presto ! y parecia romper el alto cielo los acentos de las diversas voces é instrumentos.

En esta confusion, medio dormido, á las vecinas armas corré presto, poniéndome en un punto apercebido en mi lugar y señalado puesto : cuando con ferocísimo alarido por la áspera ladera del recuesto apareció gran número de gente, y la rosada aurora en el Oriente.

Luego tambien por una y otra parte, con no menores voces y denuevo, tanta gente asomó, que al fiero Marte con su temeridad pusiera miedo.

Mas, para proceder parte por parte, segun estoy cansado, ya no puedo : en el siguiente y nuevo canto pienso de declararlo todo por estenso.

CANTO XIX.

En este canto se contiene el asalto que los araucanos dieron á los españoles en el fuerte de Penco; la arremetida de Graciano á la muralla; la batalla que los marineros y soldados que habian quedado en guarda de los navios tuvieron en la marina con los enemigos.

HERMOSAS damas, si mi débil canto no comienza á esparcir vuestros loores, y si mis bajos versos no levanto á conceptos de amor y obras de amores : mi prisa es grande, y que decir hay tanto que á mil desocupados escritores, que en ello trabajasen noche y dia, para todos materia y campo habria.

Y aunque apartado, á mi pesar, me veo desta materia y presupuesto nuevo, me sacaré al camino el gran deseo que tengo de cumplir con lo que es debo : y si el adorno y conveniente arreo me faltan, baste la intencion que llevo, que es hacer lo que puedo de mi parte, supliendo vos lo que faltare en la arte.

* Mas la española gente, que se queja
con causa justa y con razon bastante;
dándome mucha prisa, no me deja
lugar para que de otras cosas cante:
que el ejército bárbaro la aqueja,
cercando en torno el fuerte en un instante
con amenaza grande y alarido,
como en el canto atrás lo habeis oído.

Luego que en la montaña en lo mas alto
tres gruesos escuadrones parecieron,
juntos á un mismo tiempo hicieron alto,
y el sitio desde allí reconocieron:
visto el foso y el muro, al fiero asalto
dada la seña, todos tres movieron,
esgrimiendo las armas de tal suerte
que á nadie reservaban de la muerte.

El mozo Gracolano, no olvidado
de la arrogante oferta y gran promesa,
de varias y altas plumas rodeado,
blandiendo una tostada pica gruesa
venia de ellos gran trecho adelantado,
rompiendo por el humo y lluvia espesa
de las balas y tiros arrojados
por brazos y cañones reforzados.

Llegado al justo término, terciando
la larga pica, arremetió furioso,
y en tierra el firme regaton lijando,
atravesó de un salto el ancho foso:
y por la misma pica gateando
arriba sobre el muro victorioso,
á pesar de las armas contrapuestas,
lanzas, picas, espadas y ballestas.

No agarrochado toro embravecido
la barrera envistió tan facilmente,
ni fue con tanta fuerza resistido
de espesas armas y apiñada gente,
como el gallardo bárbaro atrevido,
que temeraria y venturosamente,
abriendo lo difícil y mas duro,
sube por fuerza al defendido muro;

Donde sueltas las armas empachadas,
que aprovecharse dellas no podia,
á bocados, á coces y á puñadas
ganar la plaza él solo pretendia.
Los tiros, golpes, botes y estocadas,
con gran destreza y maña rebatía,
poniendo pecho y hombro suficiente
al ímpetu y furor de tanta gente.

En medio de las armas, á pié quedo
sin ellas su promesa sustentaba,
y con gran pertinacia y menos miedo,
de morir mas adentro procuraba;
y en el vano propósito y denuedo,
herido ya en mil partes, porfiaba:
que su loca fortuna y diestra suerte
tenian suspenso el golpe de la muerte.

Así que, en la demanda necia instando,
se arroja entre los hierros, y se mete
cual perro espumajoso que, rabiando,
á donde mas le hieren, arremete:
y el peligro y la vida despreciando,
lo mas dudoso y áspero acomete,
desbaratando en torno mil espadas
al obstinado pecho encaminadas.

Viéndose en tal lugar solo, y tratado
segun la temeraria confianza,
no de su pretension desconfiado,
mas con alguna menos esperanza,
á los brazos cerró con un soldado,
y de las manos le sacó la lanza,
sobre la cual echándose, en un punto
pensó salvar el foso y vida junto.

Mas la instable fortuna, ya cansada
de serle curadora de la vida,
dió paso en aquel tiempo á una pedrada,

de algun gallardo brazo despedida,
que en la cóncava sien la arrebatada
piedra gran parte le quedó sumida,
trabucandole luego de lo alto,
yendo en el aire en la mitad del salto.

Como el troyano Euricio que, volando
la tímida paloma por el cielo,
con gran presteza el corvo arco flechando
la atravesó en la furia de su vuelo,
que retorciendo el cuerpo y revolando
como redondo ovillo vino al suelo;
así el herido mozo en descubierto
dentro del hondo foso cayó muerto.

De treinta y seis heridas justamente
cayó el misero cuerpo atravesado,
sin el último golpe de la frente,
que el número cerró ya rematado;
y la pica que el bárbaro valiente
de franca y buena guerra habia ganado,
quedó arrimada al foso de manera
que un trozo descubierto estaba fuera.

Pero el jóven Pinol, que prometido
habia de acompañarle en el asalto,
y con él hasta el foso arremetido,
aunque no se atrevió á tan grande salto,
como al valiente amigo vió tendido,
y descubrir la pica por lo alto,
la arrebató, tomando por remedio
poner con piés ligeros tierra en medio.

Mas, como no haya maña ni destreza
contra el hado preciso y dura suerte,
ni bastan prestos piés ni ligereza
á escapar de las manos de la muerte:
que al que piensa huir, con mas presteza
le alcanza de su brazo el golpe fuerte,
como al ligero bárbaro le avino
en mudando propósito y camino:

Que apenas cuatro pasos habia dado,
cuando dos gruesas balas le cogieron,
y de la espalda al pecho atravesado
á un tiempo por dos partes, le tendieron:
no dió la alma tan presto que un soldado
de dos que á socorrerle arremetieron,
de la costosa lanza no trabase,
y con peligro suyo la salvase.

Luego de trompas gran rumor sonando,
la gruesa pica en alto levantaron,
y á toda furia en hila igual cerrando,
al foso con gran ímpetu llegaron;
donde forzosamente reparando,
la municion y flechas de cargaron
en tanta multitud que parecian
que la espaciosa tierra y sol cubrian.

Pues en esta sazon Martin de Elvira
(que así nuestro español era llamado)
de ejos la perdida lanza mira
que el muerto Gracolano le habia ganado;
y con vergüenza honrosa ardiendo en ira,
de recobrar su honor deliberado,
por una angosta puerta que allí habia
solo y sin lanza á combatir salia.

Con un osado jóven, que delante
venia la tierra y cielo despreciando,
de proporcion y miembros de gigante,
una asta de dos costas blandiendo:
que acá y allá con término galante
la gruesa y larga pica floreando,
ora de un lado y de otro, ora derecho,
quiso tentar del enemigo el pecho.

Tirando un recio bote, que cebado
le retrujo seis pasos; de tal suerte,
que el gallardo español desatinado,
se vió casi en las manos de la muerte,
pero, como animoso y reportado,
haciendo recio pié, se tuvo fuerte,

pensando asir la pica con la mano ;
mas este pensamiento salió vano :

Que el bárbaro advertido diestramente,
dió un gran salto hácia atrás cobrando tierra ,
y blandiendo la pica reciamente
quiso con otro rematar la guerra.

El español mañoso y diligente
dándole lado , de la pica afierra ,
y aguijando por ella , á su despecho ,
cerró presto con él pecho con pecho :

Y habiendo con presteza arrebatado
una secreta daga que traía ,
cinco veces ó seis por el costado
del bravo corazon tentó la vía :
el bárbaro mortal , ya desangrado
por todas , la furiosa alma rendía ,
cayendo el cuerpo inmenso en tierra frio ,
ya de sangre y espíritu vacío.

El valiente español , que vió tendido
á su enemigo y la victoria cierta ,
cobró la pica y crédito perdido ,
retrayéndose ufano hácia la puerta ;
donde , por los amigos conocido ,
fue sin contraste en un momento abierta ,
y dentro recibido alegremente
con grande aplauso y grita de la gente.

En este tiempo ya por todos lados
la plaza los contrarios espugnaban ,
que , á vencer ó morir determinados ,
por los fuegos y tiros se lanzaban :
y encima de los muertos hacinados
los vivos á tirar se levantaban ,
de donde mas la cierta puntería
el encubierto blanco descubría.

Unos con ramas , tierra y con maderos
ciegan el hondo foso presurosos :
otros que mas presumen de ligeros ,
hacen pruebas y saltos peligrosos :
y los que les tocaba ser postreros ,
de llegar á las manos desesos ,
tanto el ir adelante procuraban ,
que dentro á los primeros arrojaban.

Mas de los muchos muertos y heridos ,
de nuestros arcabuces de mampuesto ,
y de otros arrojados y caidos ,
el foso se cegó y allanó presto ;
por dó los enemigos atrevidos
arremetieron , el temor pospuesto ,
llegando por las partes mas guardadas
á medir con nosotros las espadas :

Y prosiguiendo en el osado intento ,
de nuevo empiezan un combate duro :
mas otros con mayor atrevimiento
trepaban por las picas sobre el muro :
que al bárbaro furor y movimiento
ningun alto lugar habia seguro ,
ni parte , por mas áspera que fuese ,
donde no se escalase y combatiese.

Los nuestros sobre el muro amontonados
los rebaten , impelen y maltratan ,
y con lanzas y tiros arrojados
derriban gente abajo y desbaratan :
mas poco los demás amedrentados
la difícil subida no dilatan ,
antes procuran luego embravecidos
ocupar el lugar de los caídos.

Unos así tras otros procediendo ,
ganosos de honra y de temor desnudos ,
siempre la prisa y multitud creciendo ,
crece la furia de los golpes crudos.
Los defendidos términos rompiendo ,
cubiertos de sus cóncavos escudos ,
nos pusieron en punto y apretura
que estuvo lo imposible en aventura.

En este tiempo Tucapel furioso

apareció gallardo en la muralla ,
esgrimiendo un baston fuerte y nudoso ,
todo cubierto de luciente malla :
como el leon de Libia vedijoso ,
que abriendo de la tímida canalla
el tejido escuadron con furia horrenda
desembaraza la impedida senda ,

Así el furioso bárbaro arrogante
discurre por el muro , derribando
todo lo que allí coge por delante ,
su misma gente y armas tropellando :
Quisiera tener lengua y voz bastante
para poder en suma ir relatando
el singular esfuerzo y valentía
que el bravo Tucapel muestra este dia.

No las espesas picas ni pertrechos
bastan puestas en contra á resistirle ,
ni fuertes brazos , ni robustos pechos
pueden acometiéndole impedirle ;
que montones de gente y armas hechos ,
rompe y derriba sin poder sufrirle ;
y aun , no contento desto , osadamente
se arroja dentro en medio de la gente ;

Y al peligro las fuerzas añadiendo ,
la poderosa maza rodeaba ,
unos desbaratando , otros rompiendo ;
siempre mas tierra y opinion ganaba .
Al fin , los duros golpes resistiendo ,
por las armas y gente atravesaba ,
hiriendo siempre á diestro y á siniestro
con grande riesgo suyo y daño nuestro.

También hácia la banda del poniente
habia Peteguelen arremetido ,
y á despecho y pesar de nuestra gente ,
en lo mas alto del bastion subido :
que el valeroso corazon ardiente
le habia por las entrañas esparcido
un belicoso ardor , como si fuera
en la verde y robusta edad primera.

Mucho no le duró , que á poca pieza
le arrebató una bala desmandada
de los dispuestos hombros la cabeza ,
rematando su próspera jornada :
trás esta disparó luego otra pieza ,
hácia la misma parte encaminada ,
llevando á Guampicol que le seguía ,
y á Surco , Longomilla y Lebopía.

La gente que en las naos habia quedado
viendo el rumor y prisa repentina ,
cuál salta luego arriba desarmado ,
cuál con rodela , cuál con coracina ;
quién se arroja al batel , y quién á nado
piensa arribar mas presto á la marina ,
llevando cada cual á quien debía ,
y ninguno aguardaba compañía.

Así á nado y á remo , con gran pena
el molesto y prolijo mar cortaron ,
y en la ribera y deseada arena
casi todos á un tiempo pié tomaron ,
donde con disciplina y orden buena
un cerrado escuadron luego formaron ,
marchando á socorrer á los amigos
por medio de las armas y enemigos.

Del mar no habian sacado los piés cuando
por la parte de abajo con ruido
les sale un escuadron en contra , dando
una furiosa carga y alarido.

Venia el primero el paso apresurando
el suelto Feniston , mozo atrevido ,
que de los otros quiso adelantarse ,
con gana y presuncion de señalarse.

Nuestra gente con orden y osadía ,
siguiendo su derrota y firme intento ,
á la enemiga opuesta arremetia ,
que aun de esperar no tuvo sufrimiento :

y á recibir á Feniston salia,
con paso no menor y atrevimiento,
el diestro Julian de Valenzuela,
la espada en mano, al pecho la rodela.

Fue allí el primero que empezó el asalto
el presto Feniston anticipado,
dando un ligero y no pensado salto,
con el cual descargó un baston pesado;
mas Valenzuela, la rodela en alto,
á dos manos el golpe ha reparado,
dejándole atronado de manera
como si encima un monte le cayera.

Bajó la ancha rodela á la cabeza,
tanto fué el golpe recio y desmedido,
y el transportado jóven una pieza
fue rodando de manos aturrido;
mas luego, aunque atronado, se endereza
y volviendo del todo en su sentido,
pudo al través, hurtándose de un salto,
huir la maza que calaba de alto.

Entró el leño por tierra un gran pedazo
con el gran peso y fuerza que traía,
que visto Valenzuela el embarazo
del bárbaro y el tiempo que él tenía,
metiendo con presteza el pié y el brazo,
el pecho con la espalda le cosía,
y al sacar la caliente y roja espada
le llevó de revés media quijada.

El araucano ya con desatino
le echó los brazos sin saber por donde;
mas el jóven, tentando otro camino,
arrancada la daga le responde:
que con la priesa y fuerza que convino
tres veces en el cuerpo se la esconde,
haciéndole estender ya casi helados
los piés y fuertes brazos añudados.

Ya en aquella sazon ninguno habia
que solo un punto allí estuviese ocioso;
mas cada cual solícito corria
á donde era el favor menesteroso:
era el estruendo tal que parecia
el batir de las armas presuroso
que de sus fijos quicíos todo el cielo
desencajado se viniese al suelo.

Por otra parte, arriba en la muralla,
siempre con rabia y prisa hervorosa,
andaba muy reñida la batalla,
y la victoria en confusion dudosa:
vuela en el aire la cortada malla,
y de sangre caliente y espumosa
tantos arroyos en el foso entraban
que los cuerpos en ella ya nadaban.

Así de ambas las partes reciamente
por la plaza y honor se contendia;
quién sobre el muerto sube diligente,
quién muerto sobre el vivo allí caia.
Don García de Mendoza osadamente
su cuartel con esfuerzo defendia,
al gran furor y bárbara violencia
haciendo suficiente resistencia.

Don Felipe Hurtado á la otra mano,
don Francisco de Andia y Espinosa,
y don Simon Pereira, lusitano,
don Alonso Pacheco y Ortigosa,
contrapuestos al impetu araucano,
hacian prueba de esfuerzo milagrosa,
resistiendo á gran número la entrada
á pura fuerza y valerosa espada.

Vasco Juarez tambien por otra parte,
Carrillo y don Antonio de Cabrera,
Arias Pardo, Riberos y Lasarte,
Córdoba y Pedro de Olmos de Aguilera,
subidos sobre el alto baluarte
herian en los contrarios de manera
que, aunque eran infinitos, bien seguro

por toda aquella banda estaba el muro.

No menos se mostraba peleando
Juan de Torres, Garnica y Campo frio,
don Martin de Guzman y don Hernando
Pacheco, Gutierrez, Zúñiga y Berrio,
Ronquillo, Lira, Osorio, Vaca, Ovando,
haciendo cosas que el ingenio mio,
aunque libre de estorbos estuviera,
contarlas por estenso no pudiera.

Tanto el daño creció, que de aquel lado
los fieros araucanos alojaron,
y rostro á rostro, en paso concertado,
quebrantado el furor se retiraron:
los otros, visto el daño no pensado,
tambien del loco intento se apartaron:
quedando Tucapel dentro del fuerte
hiriendo, derribando y dando muerte.

No desmayó por esto, antes ardía
en cólera rabiosa y viva saña,
y acá y allá furioso discurría,
haciendo en todas partes riza estraña:
tropella á Bustamente y á Mejía,
derriba á Diego Perez y á Saldaña.
Mas ya es razon, pues he cantado tanto,
dar fin al gran destrozo y largo canto.

CANTO XX.

Retiranse los araucanos con pérdida de mucha gente: escápanse
Tucapel muy herido rompiendo por los enemigos: cuenta
Tegualda á don Alonso de Ercilla el estraño y lastimoso pro-
ceso de su historia.

NADIE prometa sin mirar primero
lo que de su caudal y fuerza siente,
que quien en prometer es muy ligero,
proverbio es que despacio se arrepiente:
la palabra es empeño verdadero
que habemos de quitar forzosamente;
y es derecho comun y ley espresa
guardar al enemigo la promesa.

Bien fuera destas leyes va la usanza
que en este tiempo misero se tiene;
promesas que os ensanchan la esperanza,
y ninguna se cumple ni mantiene:
así la vana y necia confianza,
que estribando en el aire nos sostiene,
se viene al suelo, y llega el desengaño
cuando es mayor que la esperanza el daño.

De mí sabré decir cuán trabajada
me tiene la memoria y con cuidado
la palabra que dí (bien escusada)
de acabar este libro comenzado:
que la seca materia desgustada
tan desierta y estéril que he tomado
me promete hasta el fin trabajo sumo,
y es malo de sacar de un terron zumo.

¿Quién me metió entre abrojos y por cuestras
trás las roncás trompetas y atambores,
pudiendo ir por jardines y florestas
cogiendo varias y olorosas flores,
mezclando en las empresas y requestas
cuentos, ficciones, fábulas y amores,
donde correr sin límite pudiera,
y dando gusto yo le recibiera?

¿Todo ha de ser batallas y asperezas,
discordia, fuego, sangre, enemistades,
odios, rencores, señas y bravezas,
desatino, furor, temeridades,
rabias, iras, venganzas y fierezas,
muertes, destrozos, rizas, crueldades,
que al mismo Marte ya pondrán hastío,
agotando un caudal mayor que el mio?

Pero forzoso habré de ser paciente,
pues de mi voluntad quise obligarme;
y así os pido, Señor, humildemente

que no os dé pesadumbre el escucharme :
que el atrevido bárbaro valiente
aun no me dá lugar de disculparme ;
tal es la furia y prisa con que viene ,
que apresurar la mano me conviene .

El cual como encerrada bestia fiera ,
ora de aquella y ora desta parte
abre sangrienta y áspera carrera ,
y por todas el daño igual reparte ;
con un orgullo tal que acometiera
allá en su quinto trono al fiero Marte ,
si viera modo de subir al cielo ,
segun era gallardo de cerbelo .

Mas viéndose ya solo y mal herido ,
y el ejército bárbaro deshecho ,
y todo el fiero hierro convertido
contra su fuerte y animoso pecho ,
se retrujo á una parte en la cual vido
que el cerro era peinado y muy derecho ,
sin muro de aquel lado , donde un salto
habia de mas de veinte brazas de alto .

Como si en tal sazón alas tuviera
mas seguras que Dédalo las tuvo ,
se arroja desde arriba de manera
que parece que en ellas se sostuvo :
hizo prueba de sí fuerte y ligera ,
que el salto , aunque mortal , en poco tuvo ,
cayendo abajo el bárbaro gallardo
como una onza ligera ó suelto pardo .

Mas bien no se lanzó , que en seguimiento
infinidad de tiros le arrojaron ,
que aunque no le alcanzara el pensamiento
antes que fuese abajo le alcanzaron :
fue tanto el descargar , que en un momento
en mas de diez lugares le llagaron ;
pero no de manera que cayese
ni solo un paso y pié descompusiese .

Viéndose abajo y tan herido , luego
del propósito y salto arrepentido ,
abrasado en rabioso y vivo fuego ,
terrible y mas que nunca embravecido ,
quisiera revolver de nuevo al juego



y vengarse del daño recibido ;
mas era imaginarlo desatino ,
que el cerro era tajado y sin camino .

Cinco ó seis veces la difícil vía

y de fortuna el crédito tentaba ,
que fácil lo imposible le hacia
el coraje y furor que le incitaba :
por un lado y por otro discurría ,

todo de acá y de allá lo rodeaba, como el hambriento lobo encarnizado rodea de los corderos el cercado.

Mas viendo al fin que era designio vano y de tiros sobre él la lluvia espesa, retirándose á un lado, vió en el llano la trabada batalla y fiera priesa : y como el levantado halcon lozano, que yendo alta la garza, se atraviesa el cobarde milano, y desde el cielo cala á la presa con furioso vuelo.

Así el gallardo Tueapel, dejado el temerario intento infructuoso, revuelve á la otra banda, encaminado al reñido combate sanguinoso : en esto el bando infiel desconfiado, de mucha gente y sangre perdidoso, se retiró siguiendo las banderas que iban marchando ya por las laderas.

No por eso torció de su demanda un solo paso el bárbaro valiente, antes recio embistió por una banda, tropellando de golpe mucha gente : y dándoles terrible escurribanda, pasó de un cabo á otro francamente, hiriendo y derribando de manera que dejó bien abierta la carrera.

Quién queda allí estropeado, quién tullido, quién se duele, quién gime, quién se queja, quién cae acá, quién cae allá aturdido, quién haciéndole plaza de él se aleja ; y en el largo escuadron de armas tejido un gran portillo y ancha calle deja. Con el furor que el fiero rayo apriesa rompe el aire apretado y nube espesa,

De tal manera Tucapel, abriendo de parte á parte el escuadron cristiano, arriba á los amigos, que siguiendo, iban la retirada á paso llano, con el concierto y orden procediendo que vemos ir las grullas el verano cuando de su tendida y negra banda ninguna se adelanta ni desmanda.

Nosotros, aunque pocos, cuando vimos que á espaldas vueltas iban ya marchando, de nuestro fuerte en gran tropel salimos en la campaña un escuadron formando, y á paso moderado los seguimos, de la victoria enteramente usando ; pero dimos la vuelta apresurada temiendo alguna bárbara emboscada.

Duró, pues, el reñido asalto tanto que el sol en lo mas alto levantado, distaba del poniente en punto cuanto estaba del oriente desviado : nosotros ya seguros, entretanto que remataba el curso acostumbreado, dando lugar á las nocturnas horas del personal trabajo aliviadoras,

El ciego foso al rededor limpiamos, sin descansar un punto diligentes, y en muchas partes del desbaratamos anchas traviesas y formadas puentes : los lugares mas flacos reparamos con industria y defensas suficientes, fortificando el sitio de manera que resistir un gran furor pudiera.

La negra noche á mas andar cubriendo la tierra que la luz desamparaba, se fue toda la gente recogiendo segun y en el lugar que le tocaba la guardia y centinelas repartiendo que el tiempo estrecho á nadie reservaba : me cupo el cuarto de la prima en suerte en un bajo requeusto junto al fuerte,

Donde con el trabajo de aquel día y no me haber en quince desarmado, el importuno sueño me afligia, hallándome molido y quebrantado : mas con nuevo ejercicio resistia, paseándome deste y de aquel lado sin parar un momento : tal estaba que de mis propios piés no me fiaba.

No el manjar de sustancia vaporoso, ni vino muchas veces trasegado, ni el hábito y costumbre de reposo me habian el grave sueño acarreado : que bizcocho negrísimo y mohoso, por medida de escasa mano dado, y la agua llovediza desabrida, era el mantenimiento de mi vida.

Y á veces la racion se convertia en dos tasados puños de cebada, que cocida con yerbas nos servia por la falta de sal la agua salada : la regalada cama en que dormia era la húmida tierra empantanada, armado siempre y siempre en ordenanza, la pluma ora en la mano, ora la lanza.

Andando, pues, así con el molesto sueño que me aquejaba porfiando, y en gran silencio el encargado puesto de un canto al otro canto paseando : ví que estaba el un lado del requeusto lleno de cuerpos muertos blanqueando, que nuestros arcabuces aquel día habian hecho gran riza y batería.

No mucho despues desto, yo que estaba con ojo alerta y con atento oído, sentí de rato en rato que sonaba hácia los cuerpos muertos un ruido, que cada vez al fin se remataba con un triste suspiro sostenido, y tornaba á sentirse, pareciendo que iba de cuerpo en cuerpo discurriendo.

La noche era tan lóbrega y oscura que divisar lo cierto no podia, y así por ver el fin de esta aventura (aunque mas por cumplir lo que debia) me vine, agazapado en la verdura, hácia la parte que el rumor se oía, donde vi entre los muertos ir oculto andando á cuatro piés un negro bulto.

Yo de aquella vision mal satisfecho, con un temor, que agora aun no le niego, la espada en mano y la rodela al pecho, llamando á Dios, sobre él aguijé luego : mas el bulto se puso en pié derecho, y con medrosa voz y humilde ruego dijo : «Señor, señor, merced te pido, que soy mujer, y nunca te he ofendido :

Si mi dolor y desventura estraña á lástima y piedad no te inclinare, y tu sangrienta espada y fiera saña de los términos lícitos pasaren, ¿qué gloria adquirirás de tal hazaña, cuando los justos cielos publicaren que se empleó en una mujer tu espada, viuda, misera, triste y desdichada?

Ruégote, pues, señor si por ventura ó desventura, como fue la mia, con amor verdadero y con fe pura amaste tiernamente en algun día, me dejes dar á un cuerpo sepultura, que yace entre esta muerta compañía : mira que aquel que niega lo que es justo, lo malo aprueba ya y se hace injusto.

No quieras impedir obra tan pia, que aun en bárbara guerra se concede que es especie y señal de tiranía

usar de todo aquello que se puede :
deja buscar su cuerpo á esta alma mia ;
despues furioso con rigor procede ,
que ya el dolor me ha puesto en tal estremo
que mas la vida que la muerte temo :

Que no sé mal que ya dañar me pueda ;
ni hay bien mayor que no le haber tenido :
acábese y fenezca lo que queda ,
pues que mi dulce amigo ha fenecido :
que aunque el cielo cruél no me conceda
morir mi cuerpo con el suyo unido ,
no estorbará , por mas que me persiga ,
que mi afligido espíritu le siga.»

En esto con instancia me rogaba
que su dolor de un golpe rematase ;
mas yo, que en duda y confusion estaba
aun, teniendo temor que me engañase ,
del verdadero indicio no fiaba ,
hasta que un poco mas me asegurase ,
sôspechando que fuese algun espía
que á saber como estábamos venia.

Bien que estuve dudoso, pero luego
(aunque la noche el rostro le encubria)
en su poco temor y gran sosiego
ví que verdad en todo me decia ;
y que el pérfido Amor ingrato y ciego
en busca del marido la traia ,
el cual en la primera arremetida
queriendo señalarse dió la vida.

Movido, pues, á compasion de vella ,
firme en su casto y amoroso intento ,
de allí salido, me volví con ella
á mi lugar y señalado asiento :
donde yo le rogué que su querella
con ánimo seguro y sufrimiento
desde el principio al cabo me contase ,
y desfogando la ansia descansase.

Ella dijo : «¡ Ay de mí ! que es imposible
tener jamás descanso hasta la muerte ,
que es sin remedio mi pasion terrible
y mas que todo sufrimiento fuerte :
mas aunque me será cosa insufrible ,
diré el discurso de mi amarga suerte ;
quizá que mi dolor, segun es grave ,
podrá ser que esforzándole me acabe :

Yo soy Tegualda, hija desdichada
del cacique Bracol desventurado ,
de muchos por hermosa en vano amada ,
libre un tiempo de amor y de cuidado ;
pero muy presto la Fortuna, airada
de ver mi libertad y alegre estado ,
turbó de tal manera mi alegría
que al fin muero del mal que no temia.

De muchos fui pedida en casamiento ,
y á todos igualmente despreciaba ,
de lo cual mi buen padre descontento ,
que yo aceptase alguno me rogaba ;
pero con franco y libre pensamiento
de su importado ruego me escusaba :
que era pensar mudarme desvario ,
y martillar sin fruto en hierro frio.

No por mis libres y ásperas repuestas
los firmes pretensores alojaron ;
antes con nuevas pruebas y requestas ,
en su vana demanda mas instaron :
y con danzas, con juegos y otras fiestas
mudar mi firme intento procuraron ,
no les bastando maña ni artificio
á sacar mi propósito de quicio.

Muy presto, pues, llegó el postrero dia
desta mi libertad y señorío ,
¡ oh si lo fuera de la vida mia !
pero no pudo ser, que era bien mio.
En un lugar que junto al pueblo habia ,
donde el claro Gualabo, manso rio,

despues que sus viciosos campos riega ,
el nombre y agua al ancho Itata entrega ,

Allí, para castigo de mi engaño ,
que fuese á ver sus fiestas me rogaron ;
y como habia de ser para mi daño ,
fácilmente conmigo lo acabaron.
Luego, por órden y artificio extraño
la larga senda y pasos enramaron ,
pareciéndoles malo el buen camino
y que el sol de tocarme no era dino.

Llegué por varios arcos donde estaba
un bien compuesto y levantado asiento ,
hecho por tal manera que ayudaba
la maestra Natura al ornamento :
el agua clara en torno mormuraba ;
los árboles movidos por el viento
hacian un movimiento y un ruido
que alegraban la vista y el oido.

Apenas, pues, en él me habia asentado ,
cuando un alto y solene bando echaron ,
y del ancho palenque y estacado
la embarazosa gente despejaron :
cada cual á su puesto retirado ,
la acostumbrada lucha comenzaron ,
con un silencio tal, que los presentes
juzgaran ser pinturas mas que gentes.

Aunque habia muchos jóvenes lucidos ,
todos al parecer competidores ,
de diferentes suertes y vestidos ,
y de un fin engañoso pretensores ;
no estaba en cuales eran los vencidos ,
ni cuales habian sido vencedores ,
buscando acá y allá entretenimiento ,
con un ocioso y libre pensamiento.

Yo, que en cosa de aquellas no paraba ,
el fin de sus contiendas deseando ,
ora los altos árboles miraba ,
de natura las obras contemplando ;
ora la agua que el prado atravesaba ,
las varias pedrezuelas numerando ,
libre á mi parecer y muy segura
de cuidado, de amor, y desventura :

Cuando un gran alboroto y vocería ,
(cosa muy cierta en semejante juego)
se levantó entre aquella compañía ,
que me sacó de seso y mi sosiego.
Yo, queriendo entender lo que seria ;
al mas cerca de mí pregunté luego
la causa de la grita ocasionada ,
(que me fuera mejor no saber nada) ;

El cual dijo : « Señora , ¿ no has mirado
como el robusto jóven Mareguano ,
con todos cuantos mozos ha luchado
los ha puesto de espaldas en el llano ;
y cuando va esperaba confiado
que la bella guirnalda de tu mano
le ciñera la ufana y leda frente ,
en premio y por señal del mas valiente.

Aquel gallardo mozo bien dispuesto ,
del vestido de verde y encarnado ,
con gran facilidad le ha en tierra puesto ,
llevándole el honor que habia ganado ;
y el facil y liviano pueblo , desto
como de novedad maravillado ,
ha levantado aquel confuso estruendo ,
la fuerza del mancebo encareciendo :

Y tambien Mareguano que procura
de volver á luchar, el cual alega
que fue siniestro caso y desventura ,
que en fuerza y maña el otro no le llega :
pero la condicion y la postura
del espreso cartel se lo deniega ,
aunque el jóven con ánimo valiente
da voces que es contento y lo consiente ;

Pero los jueces, por razon, no admiten

del uno ni del otro el pedimento,
ni en modo alguno quieren ni permiten
inovacion en esto y movimiento:
mas que de su propósito se quiten,
si entrambos de comun consentimiento,
pareciendo primero en tu presencia,
no alcanzaren de tí franca licencia?»

En esto, á mi lugar enderezando
de aquella gente un gran tropel venia,
que como junto á mí llegó, cesando
el disorde alboroto y vocería,
el mozo vencedor la voz alzando,
con una humilde y baja cortesía,
dijo: «Señora, una merced te pido,
sin haberla mis obras merecido.

Que si soy extranjero y no merezco
hagas por mí lo que es tan de tu oficio,
como tu siervo natural me ofrezco
de vivir y morir en tu servicio;
que aunque el agravio aquí yo le padezco,
por dar de esta mi oferta algun indicio
quiero; si dello fueres tú servida,
luchar con Mareguano otra caída.

Y otra, y otra, y aun mas, si él quiere, quiero,
hasta dejarle en todo satisfecho;
y consiento que al punto y ser primero
se reduzca la prueba y el derecho;
que siendo en tu presencia, cierto espero
salir con mayor gloria de este hecho:
danos licencia, rompe el estatuto
con tu poder sin límite absoluto.»

Esto dicho, con baja reverencia
la respuesta, mirándome, esperaba;
mas yo, que sin recato y advertencia
escuchándole atenta le miraba,
no solo concederle la licencia,
pero ya que venciese deseaba;
y así le respondí: «Si yo algo puedo,
libre y graciosamente lo concedo.»

Luego los dos cortés y alegremente
sin detenerse mas se despidieron,
y con grande alborozo de la gente,
en la cerrada plaza los metieron,
adonde los padrinos igualmente
el sol ya bajo y campo les partieron;
y dejándolos solos en el puesto
el uno para el otro movió presto.

Juntáronse en un punto, y porfiando
por el campo anduvieron un gran trecho,
ora volviendo en torno y volteando,
ora yendo al través, ora al derecho,
ora alzándose en alto, ora bajando,
ora en sí recogidos pecho á pecho,
tan estrechos, gimiendo, se tenian
que recibir aliento aun no podian.

Volvian á forcejar con un ruido
que era de ver y oírlos cosa estraña
pero el mozo extranjero ya corrido
de su poca pujanza y mala maña,
alzó de tierra al otro y de un gemido,
de espaldas le trabuca en la campaña,
con tal golpe que al triste Mareguano
no le quedó sentido y miembro sano.

Luego de mucha gente acompañado
á mi asiento los jueces le trujeron,
el cual ante mis pies arrodillado,
que yo le diese el precio me dijeron.
No sé si fue su Estrella ó fue mi Hado,
ni las causas que en esto concurrieron,
que comencé á temblar, y un fuego ardiendo
fue por todos mis huesos discurriendo.

Halléme tan confusa y alterada
de aquella nueva causa y accidente;
que estuve un rato atónita y turbada
en medio del peligro y tanta gente;

pero volviendo en mí mas reportada,
al vencedor en todo dignamente,
que estaba allí inclinado ya en mi falda,
le puse en la cabeza la giralda;

Pero bajé los ojos al momento
de la honesta vergüenza reprimidos,
y el mozo con un largo ofrecimiento
inclinó á sus razones mis oídos.
Al fin se fue, llevándome el contento
y dejando turbados mis sentidos,
pues que llegué de amor y pena junto
de solo el primer paso al postrer punto.

Sentí una novedad que me apremiaba
la libre fuerza y el rebelde brio,
á la cual sometida se entregaba
la razon, libertad y el albedrio.

Yo que, cuando acordé ya me hallaba
ardiendo en vivo fuego el pecho frio,
alcé los ojos tímidos cebados,
que la vergüenza allí tenia abajados.

Roto con fuerza súbita y furiosa
de la vergüenza y continencia el freno,
le seguí con la vista desoiosa,
cebando mas la llaga y el veneno:
que solo allí mirarle y no otra cosa,
para mi mal hallaba, que era bueno:
así que, á donde quiera que pasaba
tras sí los ojos y alma me llevaba.

Vile que á la sazón se apercibia
para correr el palio acostumbrado,
que una milla de trecho y mas tenia
el término del curso señalado:
y al suelto vencedor se prometia
un anillo de esmalte rodeado,
y una gruesa esmeralda bien labrada,
dado por esta mano desdichada.

Mas de cuarenta mozos en el puesto
á pretender el precio parecieron,
donde en la raya el pie cada cual puesto,
prontos y apercibidos atendieron,
que no sintieron la señal tan presto
cuando todos en hila igual partieron
con tal velocidad que casi apenas
señalaban la planta en las arenas;

Pero Crepino, el jóven extranjero,
que así de nombre propio se llamaba,
venia con tanta furia el delantero
que al presuroso viento atrás dejaba:
el rojo palio al fin tocó el primero,
que la larga carrera remataba,
dejando con su término agraciado
el circunstante pueblo aficionado.

Con solene triunfo, rodeando
la llena y ancha plaza, le llevaron:
pero despues á mi lugar tornando,
que le diese el anillo me rogaron:
yo un medroso temblor disimulando,
que atentamente todos me miraron,
del empacho y temor pasado el punto,
le dí mi libertad y anillo junto.

El me dijo: «Señora, te suplico
le recibas de mí, que aunque parece
pobre y pequeño el don, te certifico
que es grande la aficion con que se ofrece,
que con este favor quedará rico;
y así el ánimo y fuerzas me engrandece,
que no habrá empresa grande ni habrá cosa
que ya me pueda ser dificultosa.»

Yo por usar de toda cortesía,
que es lo que á las mujeres perficiona,
le dije que el anillo recibía,
y mas la voluntad de tal persona.
En esto toda aquella compañía,
hecha en torno de mí espesa corona,
del ya agradable asiento me bajaron,

y á casa de mi padre me llevaron.

No con pequeña fuerza y resistencia, por dar satisfaccion de mí á la gente, encubrí tres semanas mi dolencia, siempre creciendo el daño y fuego ardiente; y mostrando venir á la obediencia de mi padre y señor, mañosamente le dí á entender por señas y rodeo, queriendo cumplir su ruego y mi deseo.

Diciendo, que pues él me persuadía que tomase parientes y marido, al parecer, segun que convenia, yo por le obedecer le habia elegido: el cual era Crepino, que tenia valor, suerte y linaje conocido, junto con ser discreto, honesto, afable, de condicion y término loable.

Mi padre, que con sesgo y ledo gesto hasta el fin escuchó el parecer mio, besándome en la frente dijo: «en esto, y en todo me remito á tu albedrío, pues de tu discrecion y intento honesto que elegirás lo que conviene fio; y bien muestra Crepino en su crianza ser de buenos respetos y esperanza.»

Ya que con voluntad y mandamiento á mi honor y deseo satisfizo, y la vana contienda y fundamento de los presentes jóvenes deshizo, el infelice y triste casamiento en forma y acto público se hizo hoy hace justo un mes; ¡oh suerte dura, qué cerca está del bien la desventura!

Ayer me vi contenta de mi suerte



Tegualda encuentra el cuerpo de su marido.

sin temor de contraste ni recelo; hoy la sangrienta y rigurosa muerte, todo lo ha derribado por el suelo. ¿Qué consuelo ha de haber á mal tan fuerte? ¿qué recompensa puede darme el cielo á donde ya ningun remedio vale, ni hay bien que con tan grande mal se iguale?

Este es, pues, el proceso, esta es la historia, y el fin tan cierto de la dulce vida:

he aquí mi libertad y breve gloria en eterna amargura convertida. Y pues que por tu causa, la memoria mi llaga ha renovado encrudecida, en recompensa del dolor te pido me dejes enterrar á mi marido;

Que no es bien que las aves carniceras despedacen el cuerpo miserable, ni los perros y brutas bestias fieras

satisfagan su estómago insaciable : mas cuando empedernido ya no quieras hacer cosa tan justa y razonable , haznos con esa espada y mano dura iguales en la muerte y sepultura.»

Aquí acabó su historia , y comenzaba un llanto tal que el monte enternecía , con una ansia y dolor que me obligaba á tenerle en el duelo compañía ; que ya el asegurarle no bastaba de cuanto prometer yo le podía ; solo pedía la muerte y sacrificio por último remedio y beneficio.

En gran congoja y confusion me viera , si don Simon Pereira , que á otro lado hacia tambien la guardia , no viniera á decirme que el tiempo era acabado : y espantado tambien de lo que oyera , que un poco desde aparte habia escuchado , me ayudó á consolarla , haciendo ciertas con nuevo ofrecimiento mis ofertas.

Ya el presuroso cielo volteando , en el mar las estrellas trastornaba , y el crucero las horas señalando , entre el sur y sudeste declinaba : en mitad del silencio y noche , cuando visto cuanto la oferta le obligaba , reprimiendo Tegualda su lamento , la llevamos á nuestro alojamiento.

Donde en honesta guarda y compañía de mujeres casadas quedé en tanto que el esperado ya vecino día quitase de la noche el negro manto. Entretanto tambien razon seria , pues que todos descansan y yo canto , dejarlo hasta mañana en este estado , que de reposo estoy necesitado.

CANTO XXI.

llalla Tegualda el cuerpo del marido , y haciendo un llanto sobre él le lleva á su tierra. Llegan á Penco los españoles y caballos que venían de Santiago y de la Imperial por tierra. Hacen Caupolicán nuestra general de su gente.

¿ Quién de amor hizo prueba tan bastante , quién vió tal muestra y obra tan piadosa como la que tenemos hoy delante desta infelice bárbara hermosa ? La Fama , engrandeciéndola , levante mi baja voz , y en alta y sonora , dando noticia della , eternamente corra de lengua en lengua y gente en gente.

Cese el uso dañoso y ejercicio de las mordaces lenguas ponzoñosas , que tienen de costumbre y por oficio ofender las mujeres virtuosas ; pues , mirándolo bien , solo este indicio sin haber en contrario tantas cosas , confunde su malicia y las condena á duro freno y vergonzosa pena.

Cuántas y cuántas vemos que han subido á la difícil cumbre de la fama , Judit , Camila , la fenisa Dido , á quien Virgilio injustamente infama ; Penélope , Lucrecia , que al marido lavó con sangre la violada cama ; Hippo , Tucia , Virginia , Fulvia , Clelia , Porcia , Sulpicia , Alcestes y Cornelia.

Bien puede ser entre estas colocada la hermosa Tegualda ; pues parece en la rara hazaña señalada cuanto por el piadoso amor merece : así , sobre sus obras levantada , entre las mas famosas resplandece , y el nombre será siempre celebrado

á la inmortalidad ya consagrado.

Quedó , pues , como dije , recogida en parte honesta y compañía segura , del poco beneficio agradecida , según lo que esperaba en su ventura. Pero la aurora y nueva luz venida , aunque el sabroso sueño con dulzura me habia los lasos miembros ya trabado , me despertó el aquejador cuidado.

Viniendo á toda prisa á donde estaba firme en el triste llanto y sentimiento , que solo un breve punto no aflojaba la dolorosa pena y el lamento.

Yo con gran compasion la consolaba , haciéndole seguro ofrecimiento de entregarle el marido y darle gente con que salir pudiese libremente.

Ella , del bien increíble , llorando , los brazos estendidos , me pedía firme seguridad ; y así llamando los indios de servicio que tenia , salió con ella acá y allá buscando : al fin entre los muertos que allí habia hallamos el sangriento cuerpo helado , de una redonda bala atravesado.

La mísera Tegualda , que delante vió la marchita faz desfigurada , con horrendo furor en un instante sobre ella se arrojó desatinada , y junta con la suya , de abundante flujo de vivas lágrimas bañada , la boca le besaba y la herida , por ver si le podía infundir la vida.

» ¡ Ay cuitada de mí ! (decía) ¡ qué hago entre tanto dolor y desventura !
¿ Cómo al injusto amor no satisfago en esta aparejada coyuntura !
¿ Por qué ya , pusilámene , de un trago no acabo de pasar tanta amargura ?
¿ Qué es esto ? ¿ la injusticia á donde llega que aun el morir forzoso se me niega ? »

Así furiosa , por morir echaba la rigurosa mano al blanco cuello ; y no pudiendo mas , no perdonaba al afligido rostro ni al cabello : y aunque yo de estorbarlo procuraba , apenas era parte á defendello ; tan grande era la basca y ansia fuerte de la rabiosa gana de la muerte.

Después que algo las ansias aplacaron por la gran persuasión y ruego mío , y sus promesas ya me aseguraron del gentilicio intento y desvario , los prestos yanaconas levantaron sobre un tablon el yerto cuerpo frio , llevándole en los hombros suficientes á donde le aguardaban sus sirvientes.

Mas , porque estando así rota la guerra no padeciese agravio y demasia , hasta pasar una vecina sierra le tuve con mi gente compañía ; pero llegando á la segura tierra encaminada en la derecha via , se despidió de mí reconocida del beneficio y obra recibida.

Vuelto al asiento , digo , que estuvimos toda aquella semana trabajando , en la cual lo deshecho rehicimos , el foso y roto muro reparando : de industria y fuerza , al fin , nos prevenimos con buen ánimo y orden , aguardando al enemigo campo cada día , que era pública fama que venia.

Tambien tuvimos nueva que partidos eran de Mapochó nuestros gerreros ,

de armas y municiones bastecidos,
con mil caballos y dos mil flecheros:
mas del lluvioso invierno los crecidos
raudales y las ciénegas y esteros,
llevándoles ganado, ropa y gente,
los hacían detener forzosamente.

Estando, como digo, una mañana
llegó un indio á gran prisa á nuestro fuerte,
diciendo: «¡Oh temeraria gente insana!
huid, huid la ya vecina muerte:
que la potencia indómita araucana
viene sobre vosotros, de tal suerte
que no bastarán muros ni reparos,
ni sé lugar donde podáis salvaros.»

El mismo aviso trujo á medio día
un amigo cacique de la sierra,
afirmando por cierto que venía
todo el poder y fuerza de la tierra
con soberbio aparato, donde había
instrumentos y máquinas de guerra,
puentes, traviesas, árboles, tablones
y otras artificiosas prevenciones.

No desmayó por esto nuestra gente,
antes venir al punto deseaba,
que el menos animoso osadamente
el lugar de mas riesgo procuraba:
y con industria y orden conveniente
todo lo necesario se aprestaba,
esperando la gente apercibida
al día amenazador de tanta vida.

Fuimos tambien por indios avisados
de nuestros espiones, que sin duda
nos darian el asalto por tres lados
al postrer cuarto de la noche muda:
así que, cuando mas desconfiados,
no de divina, mas de humana ayuda,
por la cumbre de un monte de repente
apareció en buen orden nuestra gente.

¿Quién pudiera pintar el gran contento,
el alborozo de una y otra parte,
el ordenado alarde, el movimiento,
el ronceo estruendo del furioso Marte;
tanta bandera descogida al viento,
tanto pendon, divisa y estandarte;
trompas, clarines, voces, apellidos,
relinchos de caballos y bufidos?

Ya que los unos y otros con razones
de amor y cumplimiento nos hablamos,
y para los caballos y peones
lugar cómodo y sitio señalamos,
tiendas labradas, toldos, pabellones
en la estrecha campaña levantamos
en tanta multitud que parecia
que una ciudad allí nacido habia.

Fue causa la venida desta gente
que el ejército bárbaro vecino,
con nuevo acuerdo y parecer prudente
mudase de propósito y camino:
que Colocolo astuta y sábiamente
al consejo de muchos contravino,
discurriendo por términos y modos,
que redujo á su voto los de todos.

Aunque, como ya digo, antes tuvieron
gran contienda sobre ello y diferencia,
pero al fin por entonces difirieron
la ejecucion de la áspera penencia;
y el poderoso campo retrujeron
hasta tener mas cierta inteligencia
del español ejército arribado,
que ya le habia la Fama acrecentado.

Pero los nuestros, de mostrar ganosos
aquel valor que en la nacion se encierra,
enemigos del ocio, y deseosos
de entrar talando la enemiga tierra,
procuran con afectos hervorosos

apresurar la deseada guerra,
haciendo diligencia y gran instancia
en prevenir las cosas de importancia.

Reformado el bagaje brevemente
de la jornada larga y desabrida,
la bulliciosa y esforzada gente,
ganosa de honra y de valor movida,
murmurando el reposo libremente,
pide que se acelere la partida,
y el día tanto de todos deseado
que fue de aquel en cinco señalado.

En el alegre y esperado día,
al comenzar de la primer jornada,
llegó de la Imperial gran compañía
de caballeros y de gente armada:
que en aquella ocasion tambien venia
por tierra, aunque rebelde y alterada,
con gran chusma y bagaje, bastecida
de municiones, armas y comida.

Ya, pues, en aquel sitio recogidos
tantos soldados, armas, municiones,
de cosas importantes advertidos,
hechas las necesarias provisiones;
fueron por igual orden repartidos
los lugares, cuarteles y escuadrones,
para que en el rebato y voz primera
cada cual acudiese á su bandera.

Caupolicán con no menor doctrina
y gran cuidado en todo y providencia,
la gente de su ejército consina
á los hombres de suerte y suficiencia,
que en la arte militar y diciplina
era de mayor prueba y experiencia.
Y todo puesto á punto, quiso un día
ver la gente y las armas que tenia.

Era el primero que empezó la muestra
el cacique Pillolco el cual armado
iba de fuertes armas, en la diestra
un gran baston de acero barreado;
delante de su escuadra, gran maestra
de arrojar el certero dardo usado,
procediendo en buen orden y manera,
de trece en trece iguales por hilera.

Luego pasó detrás de los postreros
el fuerte Leucoton, á quien siguiendo
iba una espesa banda de flecheros,
gran número de tiros esparciendo.
Venía Rengo tras él con sus maceros,
en paso igual y grave, procediendo
arrogante, fantástico, lozano,
con un entero libano en la mano.

Tras él con fiero término seguía
el áspero y robusto Tulcomara,
que vestida en lugar de arnés traía
la piel de un fiero tigre que matara:
cuya espantosa boca le ceñía
por la frente y quijadas la ancha cara,
con dos espesas órdenes de dientes
blancos, agudos, lisos y lucentes;

Al cual, en gran tropel, acompañaban
su gente agreste y ásperos soldados,
que en apiñada muela le cercaban,
de pieles de animales rodeados:
luego los talcamávidas pasaban,
que son mas aparentes que esforzados,
debajo del gobierno y del amparo
del jactancioso mozo Caniotaro.

Iba siguiendo la postrer hilera
Millalermo mancebo floreciente,
con sus pintadas armas, el cual era
del famoso Picoldo decendiente,
rigiendo los que habitan la ribera
del gran Nibequeten, que su corriente
no deja á la pasada fuente y río
que todos no los traiga al Biobio.

Pasó luego la muestra Mareande , con una cimitarra y ancho escudo , mozo de presuncion y orgullo grande , alto de cuerpo , en propo cion membrudo : iba con él su primo Lepomande , desnudo , al hombro un gran cuchillo agudo , ambos de una divisa , rodeados de gente armada y pláticos soldados.

Seguia el órden trás estos Lemolemo , arrastrando una pica poderosa , delante de su escuadra , por extremo lucida entre las otras y vistosa : un poco atrás del cual iba Gualemo , cubierto de una piel dura y pelosa de un caballo marino , que su padre habia muerto en defensa de la madre.

Cuentan (no sé si es fábula) que estando bañándose en la mar , algo apartada , un caballo marino allí arribando , fue de él súbitamente arrebatada ; y el marido á las voces aguijando de la cara mujer , del pez robada , con el dolor y pena de perdella , al agua se arrojó luego trás ella.

Pudo tanto el amor , que el mozo osado al pescado alcanzó , que se alargaba , y abrazado con él por maña á nado , á la vecida orilla le acercaba , donde el marino monstruo sobreaguado (que tambien el amor ya le cegaba) dió recio en seco , al tiempo que el reflujo de las huidoras olas se retrujo.

Soltó la presa libre , y sacudiendo la dura cola , el suelo deshacia , y aquí y allí el gran cuerpo reforciendo , contra el mozo animoso se volvía : el cual , sazon y punto no perdiendo , á las cercanas armas acudia , comenzando los dos una batalla que el mar calmó , y el sol paró á miralla.

Mas con destreza el bárbaro valiente , de fuerza y ligereza acompañada , heria al furioso monstruo ricamente con una porra de metal herrada : al cabo el indio valerosamente dió felice remate á la jornada , dejando al gran pescado allí tendido , que mas de treinta piés tenia , medido :

Y en memoria del hecho hazañoso , digno de le poner en escritura , del pellejo del pez duro y peloso hizo una fuerte y fácil armadura. Muerto Guacol , Gualemo valeroso las armas heredó y á Quilacura , que es un valle estendido y muy poblado de gente rica , de oro y de ganado.

Pasó trás este luego Talcaguano (que ciñe el mar su tierra y la rodea) un mástil grueso en la derecha mano , que como un tierno junco le blandea , cubierto de altas plumas muy lozano , siguiéndole su gente de pelea , por los pechos al sesgo atravesadas bandas azules , blancas y encarnadas.

Venia trás él Tomé , que sus pisadas seguian los puelches , gentes banderizas , cuyas armas son puntas enbastadas , de una gran braza largas y rollizas : y los trulos tambien , que usan espadas , de fe mudable , y cosas movelizas , hombres de poco efecto , alharagientos , de fuerza grande y chicos pensamientos.

No faltó Andalican con su lucida y ejercitada gente en ordenanza , una cota finísima vestida ,

vibrando la fornida y gruesa lanza : y Orompello , de edad aun no cumplida , pero de grande muestra y esperanza , otra escuadra de prácticos regia llevando al diestro Ongolmo en compañía.

Elicura pasó luego trás estos armado ricamente , el cual traía una banda de mozos bien dispuestos , de grande presuncion y gallardía : seguian los llaucos de almagrados gestos , robusta y esforzada compañía , llevando en medio de ellos por caudillo al sucesor del inclito Ainavillo.

Seguia despues Cayocupil , mostrando la dispuesta persona y buen deseo , su veterana gente gobernando , con paso grave y con vistoso arreo. Trás él venia Puren , tambien guiando con no menor donaire y contoneo una bizarra escuadra de soldados en la dura milicia ejercitados.

Lincoya iba trás él , casi gigante , la cresta sobre todos levantada , armado un fuerte peto rutilante , de penachos cubierta la celada. Con desdeñoso término delante de su lustrosa escuadra bien cerrada el jóven Peicavil luego guiaba otro espeso escuadron de gente brava.

Venia en esta reseña en buen concierto el grave Caniomangue , enristricado por el insigne viejo padre muerto , á quien habia en el cargo sucedido : todo de negro , el blanco arnés cubierto , y su escuadron de aquel color vestido , al tardo son y paso los soldados de roncacos atambores destemplados.

Fue allí el postrero que pasó en la lista (primero en todo) Tucapel gallardo , cubierta una lucida sobrevisa de unos anchos escaques de oro y pardo : grande en el cuerpo , y áspero en la vista , con un hueillo lozano y paso tardo , detrás del cual iba un tropel de gente arrogante , fantástica y valiente.

El gran Caupolican , con la otra parte y resto del ejército araucano , mas encendido que el airado Marte , iba con un baston corto en la mano : bajo de cuya sombra y estandarte venia el valiente Curgo y Mareguano , y el grave y elocuente Colocolo , Millo , Tegan , Lambecho y Guampicollo.

Seguan luego detrás sus plimaquenos , tunecos , renoguelones y pencones , los itatas , mauleses y cauenques , de pintadas divisas y pendones , nibequetenes , puelches y cautenos , con una espesa escuadra de peones , y multitud confusa de guerreros , amigos comarcanos y extranjeros.

Segun el mar las olas tiende y crece , así crece la fiera gente armada ; tiembla en torno la tierra y se estremece de tantos piés batida y golpeada : lleno el aire de estruendo se oscurece con la gran polvareda levantada , que en ancho remolino al cielo sube cual ciega niebla espesa ó parda nube.

Pues nuestro campo en órden semejante , segun que dije arriba , don García al tiempo de partir puesto delante de aquella valerosa compañía , con un alegre término y semblante , que dichoso suceso prometia ,

moviendo los dispuestos corazones,
comenzó de decir estas razones :

«Valientes caballeros, á quien solo
el valor natural de la persona
os trujo á descubrir el austral polo,
pasando la solar tórrida zona
y los distantes trópicos, que Apolo
por mas que cerca el cielo y le corona,
jamás en ningun tiempo pasar puede,
ni el soberano Autor se lo concede ;

Ya que con tanto afán habeis seguido
hasta aquí las católicas banderas,
y al español dominio sometido
innumerables gentes extranjeras,
el fuerte pecho y ánimo sufrido
poned contra estos bárbaros de veras,
que, vencido esto poco, teneis llano
todo el mundo debajo de la mano.

Y en cuanto dilatamos este hecho
y de llegar al fin lo comenzado,
poco ó ninguna cosa habemos hecho,
ni aun es vuestro el honor qué habeis ganado :
que, la causa indecisa, igual derecho
tiene el fiero enemigo en campo armado
á todas vuestras glorias y fortuna,
pues las puede ganar con sola una.

Lo que yo os pido de mi parte y digo
es, que en estas batallas y revueltas,
aunque os haya ofendido el enemigo,
jamás vos le ofendais espaldas vueltas :
antes le defended como al amigo
si, volviéndose á vos las armas sueltas,
rehuyere el morir en la batalla ;
que mas es dar la vida que quitalla.

Poned á todo en la razon la mira,
por quien las armas siempre habeis tomado,
que pasando los términos la ira
pierde fuerza el derecho ya violado :
pues cuando la razon no frena y tira
el ímpetu y furor demasiado,
el rigor excesivo en el castigo
justifica la causa al enemigo.

No sé, ni tengo mas acerca desto
que decir ni advertiros con razones.
que en detener ya tanto soy molesto
la furia desos vuestros corazones :
sús, sús, pues, derribad y allanad presto
las palizadas, tiendas, pabellones,
y movamos de aquí todos á una
á donde ya nos llama la fortuna.»

Súbito las escuadras presurosas
con grande alarde y con gallardo brío
marchan á las riberas arenosas
del ancho y caudaloso Biobío ;
y en esquivadas barcas espaciosas
atravesaron luego el ancho río,
entrando con ejército formado
por el distrito y término vedado.

Mas, segun el trabajo se me ofrece
que tengo de pasar forzosamente,
reposar algun tanto me parece
para cobrar aliento suficiente ;
que la cansada voz me desfallece,
y siento ya acabárseme el torrente :
mas yo me esforzaré, si puedo, tanto
que os venga á contentar el otro canto.

CANTO XXII.

Entran los españoles en el estado de Arauco : traban los araucanos con ellos una reñida batalla : hace Rengo de su persona gran prueba : cortan las manos por justicia á Calbarino, indio valeroso.

PÉRFIDO Amor tirano, ¿qué provecho
piensas sacar de mi desasosiego?
¿No estás de mi promesa satisfecho,

que quieres afligirme desde luego?

¡Ay! que ya siento en mi cuidoso pecho
labrarme poco á poco un vivo fuego ;
y desde allí con movimiento blando
ir por venas y huesos penetrando.

¿Tanto, traidor, te vá en que yo no siga
el duro estilo del sangriento Marte,
que así de tal manera me fatiga
tu importuna memoria en cada parte?
Déjame ya, no quieras que se diga
que, porque nadie quiere celebrarte,
al último rincón vas á buscarme,
y allí pones tu fuerza en aquejarme.

¿No ves que es mengua tuya y gran bajeza
habiendo tantos célebres varones,
venir á mendigar á mi pobreza,
tan falta de concetos y razones ;
y en medio de las armas y aspereza,
sumido en mil forzosas ocasiones,
me cargas por un sueño, quizá vano,
con tanta pesadumbre ya la mano?

Déjame ya, que la trompeta horrenda
del enemigo bárbaro vecino
no dá lugar á que otra cosa atienda,
que me tiene tomado ya el camino :
donde siento fraguada una contienda,
que al ingenio mas raro y peregrino,
en tal revolucion embarazado,
no le diera lugar desocupado.

¿Qué puedo, pues, hacer, si ya metido
dentro en el campo y ocasion me veo,
sino al cabo cumplir lo prometido,
aunque tire á otra parte mi deseo?
Pero á término breve reducido,
por la mas corta senda sin rodeo
pienso seguir el comenzado oficio
desnudo de ornamento y artificio.

Vuelto á la historia, digo que marchaba
nuestro ordenado campo de manera
que gran espacio en breve se alejaba
del Talcaguano término y ribera ;
mas cuando el alto sol ya declinaba,
cerca de un agua al pié de una ladera,
en cómodo lugar y llano asiento
hicimos el primero alojamiento.

Estábamos apenas alojados
en el tendido llano á la marina,
cuando se oyó gritar por todos lados :
¡arma! ¡arma! ¡enfrena! ¡enfrena! ¡aína! ¡aína!
luego de acá y de allá los derramados
siguiendo la ordenanza y disciplina,
corren á sus banderas y pendones,
formando las hileras y escuadrones.

Nuestros descubridores, que la tierra
iban corriendo por el largo llano,
al remate del cual está una sierra,
cerca del alto monte Andalicano,
vieron de allí calar gente de guerra,
cerrando el paso á la siniestra mano,
diciendo : «¡espera! ¡espera! ¡tente! ¡tente!
veremos quién es hoy aquí valiente.»

Los nuestros al amparo de un repecho
en forma de escuadron se recogieron,
donde con muestra y animoso pecho
al ventajoso número atendieron :
pero los fieros bárbaros de hecho,
sin punto reparar, los embistieron,
haciéndoles tomar presto la vuelta,
sin orden y camino, á rienda suelta ;

Aunque á veces en partes recogidos,
haciendo cuerpo y rostro, revolvan,
y con mayor valor que de vencidos
al vencedor soberbio acometan :
pero, de la gran furia compelidos,
el camino empezado proseguian,

dejando á veces muerta y tropellada alguna de la gente desmandada.

Los presurosos indios desenvueltos, siempre con mayor furia y crecimiento, en una espesa polvareda envueltos, iban en el alcance y seguimiento. Los nuestros á calcaño y freno sueltos (á la sazón con mas temor que tiento) ayudan los caballos desbocados, arrimándoles hierro á los costados.

Pero por mas que allí los aguijaban con voces, cuerpo, brazos y talones, los bárbaros por piés los alcanzaban, haciéndoles bajar de los arzones. Al fin, de constreñidos peleaban cual los heridos osos y leones cuando de los lebreles aquejados ven la guarida y pasos ocupados.

Como el airado viento repentino, que en lóbrego turbion con gran estruendo el polvoroso campo y el camino vá con violencia indómita barriendo, y en ancho y presuroso remolino, todo lo coge, lleva y vá esparciendo, y arranca aquel furioso movimiento los arraigados troncos de su asiento;

Con tal facilidad, arrebatados de aquel furor y bárbara violencia, iban los españoles fatigados, sin poderse poner en resistencia. Algunos, del honor importunados, vuelven haciendo rostro y apariencia; mas otra ola de gente que llegaba con mas presteza y daño los llevaba,

Así los iban siempre maltratando, siguiendo el hado y próspera fortuna, el rabioso furor ejecutando en los rendidos, sin clemencia alguna, por el tendido valle resonando la trulla y grita bárbara importuna, que, arrebatada de ligero viento, llevó presto la nueva á nuestro asiento.

En esto por la parte del poniente con gran presteza y no menor ruido Juan Remon arribó con mucha gente, que el aviso primero habia tenido; y en furioso tropel gallardamente, alzando un ferocísimo alarido, embistió la enemiga gente airada, en la vitoria y sangre ya cebada.

Mas un cerrado muro y baluarte de duras puntas al romper hallaron, que con estrago de una y otra parte, hecho un hermoso choque, repararon. Unos pasados van de parte á parte, otros muy lejos del arzon volaron, otros heridos, otros estropiados, otros de los caballos tropellados.

No es bien pasar tan presto ¡oh pluma mia! las memorables cosas señaladas y los crudos efectos deste día de valerosas lanzas y de espadas; que aunque ingenio mayor no bastaría á poderlas llevar continuadas, es justo se celebre alguna parte de muchas en que puedes emplearte.

El gallardo Lincoya, que arrogante el primero escuadron iba guiando, con muestra airada y con feroz semblante el firme y largo paso apresurando, eala la gruesa pica en un instante, y el cuento entre la tierra y pié afirmando, recibe en el cruel hierro fornido el cuerpo de Hernan Perez atrevido.

Por el lado derecho encaminado

hizo el agudo hierro gran herida, pasando el escampil doble estofado, y una cota de malla muy tejida: el ancho y duro hierro ensangrentado abrió por las espaldas la salida, quedando el cuerpo ya descolorido fuera de los arzones suspendido.

Tucapelo gallardo, que al camino salió al valiente Osorio, que corriendo venia con mayor ánimo que tino, los herrados talones sacudiendo, mostrando el cuerpo, al tiempo que convino le dió lado, y la maza revolviendo, con tanta fuerza le cargó la mano, que no le dejó miembro y hueso sano.

A Cáceres, que un poco atrás venia, de otro golpe tambien le puso en tierra, el cual con gran esfuerzo y valentia la adarga embraza y de la espada afierra, y contra la enemiga compañía se puso él solo á mantener la guerra, haciendo rostro y pié con tal denuedo que á los mas atrevidos puso miedo.

Y aunque con gran esfuerzo se sustenta, la fuerza contra tantos no bastaba, que ya la espesa turba alharaguienta en confuso monton le rodeaba; pero en esta sazón mas de cincuenta caballos que Reinoso gobernaba, que de refresco á tiempo habia llegado, vinieron á romper por aquel lado.

Tan recio se embistió que aunque hallaron de gruesas hastas un tejido muro, el cerrado escuadron aportillaron, probando mas de diez el suelo duro; y al esforzado Cáceres cobraron, que cercado de gente, mal seguro con ánimo feroz se sustentaba, y matando la muerte dilataba.

Don Miguel y don Pedro de Avendaño, Escobar, Juan Jufre, Cortés y Aranda, sin mirar al peligro y riesgo extraño, sustentan todo el peso de su banda. Tambien hacen efeto y mucho daño Losada, Peña, Córdoba y Miranda, Bernal, Lasarte, Castañeda, Ulloa, Martin Ruiz y Juan Lopez de Gamboa;

Pero muy presto la araucana gente, en la española sangre ya cebada, los hizo revolver forzosamente y seguir la carrera comenzada. Trás estos otra escuadra de repente en ellos se estrelló destatinada; mas sin ganar un paso de camino, volver rostros y riendas les convino.

Y aunque á veces con súbita represa Juan Remon y los otros revolvían, luego con nueva pérdida y mas priesa la primera derrota proseguian: y en una polvorosa nube espesa envueltos unos y otros ya venian, cuando fue nuestro campo descubierto en orden de batalla y buen concierto,

Iban les araucanos tan cebados que por las picas nuestras se metieron; pero vueltos en sí, mas reportados, el impetu y la furia detuvieron: y corregidos luego y ordenados, la campaña al traves se retrujeron al pié de un cerro á la derecha mano, cerca de una laguna y gran pantano,

Donde de nuestro cuerno arremetimos un gran tropel á pié de gente armada, que con presteza al arribar les dimos espesa carga y súbita rociada:

y al cieno retirados, nos metimos tras ellos por venir espada á espada, probando allí las fuerzas y el denuedo con rostro firme y ánimo á pié quedo.

Jamás los alemanes combatieron así de firme á firme y frente á frente; ni mano á mano dando, recibieron golpes sin descansar á manteniendo, como el un bando y otro, que vinieron á estar así en el cieno estrechamente que echar atrás un paso no podían, y dando aprisa, aprisa recibían.

Quién, el húmido cieno á la cintura, con dos y tres á veces peleaba; quién, por mostrar mayor desévoluntura, queriéndose mover más se atascaba; quién, probando las fuerzas y ventura, al vecino enemigo se aferraba, mordiéndole y cegándole con lodo, buscando de vencer cualquiera modo.

La furia del herirse y golpearse andaba igual, y en duda la fortuna, sin muestra ni señal de declararse mínima de ventaja en parte alguna: ya parecían aquellos mejorarse; ya ganaban aquestos la laguna; y la sangre de todos derramada tornaba la agua turbia colorada.

Rengo, que el odio y encendida ira le había llevado ciego tanto trecho, luego que nuestro campo vió á la mira, y que á dar en la muerte iba derecho, al vecino pantano se retira, y el fiero rostro y animoso pecho contra todo el ejército volvía, y en voz amenazándole decía:

«Venid, venid á mí, gente plebea, en mí sea vuestra saña convertida, que soy quien os persigue y quien desea mas vuestra muerte que su propia vida. No quiero ya descanso hasta que vea la nacion española destruida; y en esa vuestra carne y sangre odiosa pienso hartar mi hambre y sed rabiosa.»

Así la tierra y cielo amenazando en medio del pantano se presenta, y la sangrienta maza floreado; la gente de poco ánimo amedrenta. No fue bien conocido en la voz cuando (haciendo de sus fieros poca cuenta) algunos españoles mas cercanos aguijaron sobre él con prestas manos:

Mas á Juan, yanacona, que una pieza de los otros osado se adelanta, le machuca de un golpe la cabeza, y de otro á Chilca el cuerpo le quebranta; y contra el joven Zúñiga endereza el tercero, con saña y furia tanta que, como clavo en húmido terreno, le sume hasta los pechos en el cieno.

Pero de tiros una lluvia espesa al animoso pecho encaminados, turbando el aire claro; á mucha priesa descargaron sobre él de todo lados: por esto el fiero bárbaro no cesa, antes con furia y golpes redoblados, el lodo á la cintura, osadamente estaba por muralla de su gente.

Cual el cerdoso javalí herido, al cenagoso estrecho retirado, de animosos sabuesos combatido, y de diestros monteros rodeado, ronca, bufa y rebufa embravecido, vuelve y revuelve de este y de aquel lado, rompe, encuntra, tropella, hiere y mata,

y los espesos tiros desbarata;

El bárbaro esforzado, de aquel modo ardiendo en ira y de furor insano, cubierto de sudor, de sangre y lodo, estaba solo en medio del pantano resistiendo la furia y golpe todo de los tiros que de una y otra mano, cubriendo el sol sin número salían y como tempestad sobre él llovían.

Ya la esparcida y desmandada gente que el porfiado alcance había seguido, descubriendo en el llano á nuestra gente, se había tirado atrás y recogido: solo Rengo feroz y osadamente sustenta igual el desigual partido, á causa que la ciénaga era honda y llena de espesura á la redonda.

Viendo el fruto dudoso y daño cierto, según la mucha gente que cargaba, que á grande prisa en orden y concierto desta y de aquella parte le cercaba, por un inculco paso y encubierto, que la fragosa sierra le amparaba, le pareció con tiempo retirarse, y salvar sus soldados y él salvarse.

Diciéndoles: «amigos, no gastemos la fuerza en tiempo y acto infructuoso; la sangre que nos queda conservemos para venderla en precio mas costoso: conviene que de aquí nos retiremos antes que en este sitio cenagoso, del enemigo puestos en aprieto, perdamos la opinion y él el respeto.»

Luego, la voz de Rengo obedecida, los presurosos brazos detuvieron, y por la parte estrecha y mas tejida al son del atambor se retrujeron. Era áspero el lugar y la salida, y así seguir los nuestros no pudieron, quedando algunos dellos tan sumidos, que fue bien menester ser socorridos.

Por la falda del monte levantado iban los fieros bárbaros saliendo. Rengo, todo sangriento y enlodado, los lleva en retaguardia recogiendo, como el celoso toro madrigado que la tarda vacada va siguiendo, volviendo acá y allá espaciosamente el duro cerviguillo y alta frente,

Nuestro campo por orden recogido, retirado del todo el enemigo, fue entre algunos un bárbaro cogido, que mucho se alargó del bando amigo; el cual acaso á mi cuartel traído hubo de ser para ejemplar castigo de los rebeldes pueblos comarcanos, mandándole cortar ambas las manos:

Donde sobre una rama destroncada puso la diestra mano (yo presente), la cual de un golpe con rigor cortada, sacó luego la izquierda alegremente, que del tronco también saltó apartada, sin torcer ceja ni arrugar la frente; y con desden y menosprecio dello, alargó la cabeza y tendió el cuello.

Diciendo así: «Segad esa garganta, siempre sedienta de la sangre vuestra; que no temo la muerte ni me espanta vuestra amenaza y rigurosa muestra: y la importancia y pérdida no es tanta que haga falta mi cortada diestra, pues quedan otras muchas esforzadas que saben gobernar bien las espadas.

Y si pensais sacar algun provecho de no llegar mi vida al fin postrero,



aquí, pues, moriré á vuestro despecho,
que si quereis que viva yo no quiero:
al fin iré algun tanto satisfecho
de que á vuestro pesar alegre muero,
que quiero con mi muerte desplaceros,
pues solo en esto puedo ya ofenderos.»

Así que, contumaz y porfiado
la muerte con injurias procuraba,
y siempre mas rabioso y obstinado,
sobre el sangriento suelo se arrojaba;
donde en su misma sangre revolcado
acabar ya la vida deseaba,
mordiéndose con muestras impacientes
los desangrados troncos con los dientes.

Estando pertinaz desta manera,
templándonos la lástima el enojo,
vió un esclavo bajar por la ladera
cargado con un bárbaro despojo:
y como encarnizada bestia fiera
que ve la desmandada presa al ojo,
así con una furia arrebatada
le sale de través á la parada;

Y en él los piés y brazos anudados,
sobre el húmido suelo le tendía,
y con los duros troncos desangrados
en las narices y ojos le hería:
al fin junto á nosotros á bocados
sin poderse valer se le comía
si no fuera con tiempo socorrido,
quedando, aunque fue presto, mal herido.

El bárbaro infernal con atrevida
voz en pié puesto, dijo: «Pues me queda
alguna fuerza y sangre retraída
con que ofender á los cristianos pueda,
quiero acetar, á mi pesar, la vida
aunque por modo vil se me conceda;
que yo espero sin manos desquitarme,
que no me faltarán para vengarme.

Quedaos, quedaos, malditos, que yo os digo
que en mí tendreis con odio y sed rabiosa
torcedor y solícito enemigo
cuando dañar no pueda en otra cosa:
muy presto entendereis cómo os persigo,
y que os fuera mi muerte provechosa.
Diciendo así otras cosas que no cuento,
partió de allí ligero como el viento.

No es bien que así dejemos en olvido
el nombre deste bárbaro obstinado,
que por ser animoso y atrevido
el audaz Galbarino era llamado.
Mas por tanta aspereza he discurrido
que la fuerza y la voz se me ha acabado;
y así habré de parar, porque me siento
ya sin fuerza, sin voz, y sin aliento.

CANTO XXIII.

Llega Galbarino á donde estaba el Senado araucano: hace en el Consejo una habla, con la cual desbarata los pareceres de algunos. Salen los españoles en busca del enemigo: pintase la cueva del hechicero Fiton y las cosas que en ella había.

JAMÁS debe, Señor, menospreciarse
el enemigo vivo, pues sabemos
puede de una centella levantarse
fuego con que despues nos abrasemos:
y entonces es cordura recelarse
cuando en mayor felicidad nos vemos;
pues los que gozan próspera bonanza
están aun mas sujetos á mudanza.

Solo la muerte próspera asegura
el breve curso del felice hado,
que mientras que la incierta vida dura
nunca hay cosa que dure en un estado.
Así que, quien jamás tuvo ventura
podrá llamarse bienaventurado,
y sin prosperidad vivir contento,
pues no teme infelice acaecimiento.

Y pues que ya tenemos certidumbre
que nunca hay bien seguro ni reposo,
que es ley usada, es orden y costumbre
por donde ha de pasar el mas dichoso,
gastar el tiempo en esto es pesadumbre;
y así, por no ser largo y enojoso,
solo quiero contar á lo que vino
el despreciar al mozo Galbarino:

El cual aunque herido y desangrado;
tanto el coraje y rabia le inducía,
que llegó á Andalican, donde alojado
Caupolican su ejército tenía.
Era al tiempo que el inclito Senado
en secreto consejo proveía
las cosas de la guerra y menesteres,
dando y tomando en ello pareceres.

Cuál con justo temor dificultaba
la pretension de algunos imprudente;
cuál, por mostrar valor, facilitaba
cualquier dificultoso inconveniente;
cuál un concierto licito aprobaba;
cuál era deste voto diferente;
procurando unos y otros con razones
esforzar sus discursos y opiniones.

En esta confusion y diferencia
Galbarino arribó, apenas con vida,
el cual pidiendo para entrar licencia,
le fue graciosamente concedida:

donde con la debida reverencia, esforzando la voz enflaquecida, falto de sangre, y muy cubierto della, comenzó desta suerte su querella:

«Si solíades vengar, sacros varones, las ajenas injurias tan de veras, y en las estrañas tierras y naciones hicieron sombra ya vuestras banderas, ¿cómo agora en las propias posesiones unas bastardas gentes extranjeras os vienen á oprimir y conquistaros, y tan tibios estais en el vengaros?

Mirad mi cuerpo aquí despedazado, miembro del vuestro que por mas afrenta me envian lleno de injurias al Senado para que dellas sepa daros cuenta: mirad vuestro valor vituperado, y lo que en mí el tirano os representa, jurando no dejar cacique alguno sin desmembrarlos todos de uno en uno.

Por cierto bien en vano han adquirido tanta gloria y honor vuestros agüelos, y el araucano crédito subido en su misma virtud hasta los cielos, si agora infame, hollado y abatido anda de lengua en lengua por los suelos, y vuestra ilustre sangre resfriada en los sucios rincones derramada.

¿Qué provincia hubo ya que no tremiese de solo nuestro nombre y voz temida, ni nacion que las armas no rindiase por temor ó por fuerza compeliada, arribando á la cumbre porque fuese tanto de allí mayor nuestra caída; y al término llegase el menosprecio donde de los pasados llegó el precio?

Pues unos extranjeros enemigos, con título y con nombre de clemencia ofrecen de acetaros por amigos queriéndolos reducir á su obediencia: y si no os sometéis, que con castigos prometen oprimir vuestra insolencia, sin quedar del cuchillo reservado género, religion, edad, ni estado.

Volved, volved en vos, no deis oído á sus embustes, tratos y marañas; pues todas se enderezan á un partido que viene á deslustrar vuestras hazañas: que la ocasion que aquí los ha traído por mares y por tierras tan estrañas: es el oro goloso que se encierra en las fértiles venas desta tierra.

Y es un color, es apariencia vana querer mostrar que el principal intento fue el estender la religion cristiana, siendo el puro interés su fundamento: su pretension de la codicia mana, que todo lo demás es fingimiento, pues los vemos que son mas que otras gentes adúlteros, ladrones, insolentes.

Cuando el siniestro hado y dura suerte nos amenacen cierto en lo futuro, podemos elegir honrada muerte, remedio breve, fácil y seguro: poned á la fortuna el hombro fuerte; á dura adversidad corazon duro; que el pecho firme y ánimo invencible allana y facilita aun lo imposible.»

No pudo decir mas de desmayado por la infinita sangre que perdía, que el laso cuello ya debilitado sostener la cabeza aun no podia: así el rostro mortal desfigurado en el sangriento suelo se tendía, dejando aun á los mas endurecidos

de su esperada muerte condolidos.

Mas como no tuviese tal herida por do pudiese hallar la muerte entrada, retuvo luego la dudosa vida en siéndole la sangre restañada: y la virtud con tiempo socorrida fue de tantos remedios confortada, y el mozo se ayudó de tal manera que recobró su sanidad primera.

Fueron de tanta fuerza sus razones y el odio que á los nuestros concibieron, que los mas entibiados corazones de cólera rabiosa se encendieron: así las diferentes opiniones

á un fin y parescer se redujeron, quedando para siempre allí escluido quien tratase de medio y de partido.

Los impacientes mozos deseosos de venir á las armas braveaban, y con muestras y afectos hervorosos el espacioso tiempo apresuraban; pero los mas maduros y espaciosos aquella ardiente cólera templaban y el término de algunos indiscretos, no reprobando el general decreto.

Dejémoslos un rato, pues, tratando de dar no una batalla, sino ciento, del órden, la manera, dónde y cuándo, con varios pareceres y un intento; que me voy poco á poco descuidando de nuestro alborotado alojamiento, donde estuvimos todos recogidos con buena guardia y bien apercebidos.

Mas cuando el esperado sol salía, la gente de caballo en órden puesta marchó quedando atrás la infanteria, y del campo despues toda la resta, con tal velocidad que á medio dia subimos la temida y agria cuesta, de blancos huesos de cristianos llena, que despertó el cuidado y nos dió pena.

Al araucano valle, pues, bajamos que el mar le bate al lado del poniente, donde en llano lugar nos alojamos de comidas y pastos suficiente: y luego con promesas enviamos de aquella vecindad alguna gente á requerir la tierra comarcana con la segura paz y ley cristiana.

Mas como al tiempo puesto no volviesen, y pasasen despues algunos dias, nipo astucia y maña no supiesen de su resolucion nuestras espías, fue acordado que algunos se partiesen por los vecinos pueblos y alquerias al salir tarde de la escasa luna á tomar relacion y lengua alguna.

Así yo apercebido sordamente, en medio del silencio y noche escura di sobre algunos pueblos de repente por un gran arcabuco y espesura donde la miserable y triste gente vivia por su pobreza en paz segura; que el rumor y alboroto de la guerra aun no la habia sacado de su tierra.

Viniendo, pues, á dar al Chaillacano, que es donde nuestro campo se alojaba, vi en una loma al rematar de un llano por una angosta senda que cruzaba un indio, laso, flaco, y tan anciano que apenas en los piés se sustentaba, corvo, espacioso, débil, descarnado, cual de raices de árboles formado.

Espantado del talle y la torpeza de aquel retrato de vejez tardía,

llegué por ayudarle en su pereza,
y tomar lengua dél si algo sabia.
Mas no sale con tanta ligereza
sintiendo los lebreles por la vía
la temerosa gama fugitiva,
como el viejo salió la cuesta arriba.

Yo, sin mas atencion ni advertimiento,
arrimando las piernas al caballo,
á mas correr salí en su seguimiento,
pensando (aunque volaba) de alcanzallo:
mas el viejo, dejando atrás el viento,
me fue forzoso á mi pesar dejallo,
perdiéndole de vista en un instante
sin poderle seguir mas adelante.

Halléme á la bajada de un repecho
cerca de dos caminos desusados,
por donde corre Rauco mas estrecho,
que le ciñen dos cerros los costados:
y mirando á lo bajo y mas derecho,
en una selva de árboles copados
ví una mansa corcilla junto al río
gustando de las yerbas y rocío.

Ocurrió luego á la memoria mia
que la razon en sueños me dijera
cómo habia de topar acaso un día
una simple corcilla en la ribera:
y así yo con grandísima alegría
comencé de bajar por la ladera
paso á paso siguiendo el un camino
hasta que della vine á estar vecino.

Púdelo bien hacer, que en las quebradas
era grande el rumor de la corriente,
y con pasos y orejas descuidadas
pacia la tierna yerba libremente;
pero cuando sintió yamís pisadas
y al rumor levantó la altiva frente,
dejó el sabroso pasto y arboleda
por una estrecha y áspera vereda.

Comencéla á seguir á toda priesa
labrando á mi caballo los costados;
mas tomando otra senda que atraviesa
se entró por unos ásperos collados:
al cabo enderezó á una selva espesa
de matorrales y árboles cerrados,
á donde se lanzó por una senda,
y yo tambien tras ella á toda rienda.

Perdí el rastro y cerróseme el camino,
sobreviniendo un aire turbulento,
y así de acá y de allá fuera de tino
de una espesura en otra andaba á tiento.
Vista, pues, mi torpeza y desatino,
arrepentido del primer intento,
sin pasar adelante me volviera
si alguna senda ó rastro yo supiera.

Gran rato anduve así descarriado
que la oculta salida no acertaba,
cuando sentí por el siniestro lado
un arroyo que cerca mormuraba;
y al vecino rumor encaminado,
al pié de un roble que á la orilla estaba
ví una pequeña y misera casilla,
y junto á un hombre anciano la corcilla.

El cual dijo: «¿Qué hado ó desventura
tan fuera de camino te ha traído
por este inculto bosque y espesura
donde jamás ninguno he conocido?
Que si por caso adverso y suerte dura
andas de tus banderas foragido,
haré cuanto pudiere de mi parte
en buscar el remedio y escaparte.»

Viendo el ofrecimiento y acogida
de aquel extraño y agradable viejo,
mas alegre que nunca fui en mi vida
por hallar tal ayuda y aparejo,
le dije la ocasion de mi venida,

pidiéndole me diese algun consejo
para saber la cueva do habitaba
el mágico Fiton á quien buscaba.

El venerable viejo y padre anciano
con un suspiro y tierno sentimiento
me tomó blandamente por la mano
saliendo de su frágil aposento:
y por ser á la entrada del verano
buscamos á la sombra un fresco asiento
en una tosea y pedregosa fuente,
do comenzó á decirme lo siguiente:

«Mi tierra es en Arauco, y soy llamado
el desdichado viejo Guaticolo,
que en los robustos años fui soldado
en cargo antecesor de Colocolo:
y antes por mi persona en estacado
siete campos vencí de solo á solo,
y mil veces de ramos fue ceñida
esta mi calva frente envejecida.

Mas como en esta vida el bien no dura,
y todo está sujeto á desvario,
mudóse mi fortuna en desventura
y en deshonor perpetuo el honor mio:
que por extraño caso y desventura
vine con Ainavillo en desafío,
donde toda mi gloria fue perdida
quitándome el honor y no la vida.

Viéndome, pues, con vida y deshonrado,
(que mil veces quisiera antes ser muerto)
de cobrar el honor desesperado
me vine, como ves, á este desierto,
donde mas de veinte años he morado
sin ser jamás de nadie descubierto
sino agora de tí, que ha sido cosa
no poco para mí maravillosa.

Así que, tantos tiempos he vivido
en este solitario apartamiento,
y pues que la fortuna te ha traído
á mi triste y humilde alojamiento,
haré de voluntad lo que has pedido,
que tengo con Fiton conocimiento,
que aunque intratable y áspero, es mi tío,
hermano de Guarcolo, padre mio.

Al pié de una asperísima montaña,
pocas veces de humanos piés pisada,
hace su habitacion y vida extraña
en una oculta y lóbrega morada
que jamás el alegre sol la baña,
y es á su condeion acomodada,
por ser fuera de término inhumano,
enemigo mortal del trato humano.

Mas su saber y su poder es tanto
sobre las piedras, plantas y animales,
que alcanza por su ciencia y arte cuanto
pueden todas las causas naturales:
y en el oscuro reino del espanto
apremia á los callados infernales
á que digan por áspero conjuro
lo pasado, presente, y lo futuro.

En la furia del sol y luz serena
de noturnas tinieblas cubre el suelo,
y, sin fuerza de vientos, llueve y truena
fuera de tiempo el sosegado cielo:
el rauda curso de los ríos enfrena,
y las aves en medio de su vuelo
vienen de golpe abajo amodorradas
por sus fuertes palabras compelidas.

Las yerbas en su agosto reverdece,
y entiende la virtud de cada una,
el mar revuelve, el viento le obedece
contra la fuerza y órden de la luna;
tiembla la firme tierra y se estremece
á su voz eficaz sin causa alguna
que la altere y remueva por de dentro,
apretándose recio con su centro.

Los otros poderosos elementos
a las palabras deste están sujetos,
y á las causas de arriba y movimientos
hace perder la fuerza y los efectos:
al fin, por su saber y encantamientos
escudriña y entiende los secretos,
y alcanza por los astros influentes
los destinos y hados de las gentes.

No sé, pues, cómo pueda encarecerte
el poder deste mágico adivino,
solo en tu menester quiero ofrecerte
lo que ofrecerte puede un su sobrino.
Mas, para que mejor esto se acierte,
será bien que tomemos el camino,
pues es la hora y sazón desocupada
que podremos tener mejor entrada.»

Luego de allí los dos nos levantamos,
y atando á mi caballo de la rienda,
á paso apresurado caminamos
por una estrecha é intrincada senda,
la cual seguida un trecho nos hallamos
en una selva de árboles horrenda,
que los rayos del sol y claro cielo
nunca allí vieron el umbroso suelo.

Debajo de una Peña socavada,
de espesas ramas y árboles cubierta,
vimos un callejón y angosta entrada,
y mas adentro una pequeña puerta
de cabezas de fieras rodeada,
la cual de par en par estaba abierta,
por donde se lanzó el robusto anciano
flavandome trabado de la mano.

Bien por ella cien pasos anduvimos,
no sin algún temor de parte mía,
cuando á una grande bóveda salimos,
do una lámpara eterna en medio ardía:
y á cada banda en torno della vimos
poyos puestos por órden, en que habia
multitud de redomas sobre-escritas
de ungüentes, yerbas, y aguas infinitas.

Vimos allí del lince preparados
los penetrantes ojos virtuosos,
en cierto tiempo y conjunción sacados,
y los del basilisco ponzoñosos;
sangre de hombres hermejos enojados;
espumajos de perros que rabiosos
van huyendo del agua y el pellejo
del pecoso chersidos cuando es viejo.

También en otra parte parecia
la coyuntura de la dura hiena,
y el meollo del ceneris, que se cria
dentro de Libia en la caliente arena;
y un pedazo del ala de una arpia;
la hiel de la biforme anfisibena,
y la cola del áspide revuelta
que dá la muerte en dulce sueño envuelta:

Moho de calavera destroncada
del cuerpo que no alcanza sepultura
carne de niña por nacer, sacada
no por donde la llama la natura;
y la espina también descoyuntada
de la sierpe cerastas; y la dura
lengua de la emorrois, que aquel que hiere
suda toda la sangre hasta que muere:

Vello de cuantos monstruos prodigiosos
la superflua natura ha producido;
escupidos de serpientes venenosos;
las dos alas del jáculo temido;
y de la seps los dientes ponzoñosos,
que el hombre ó animal della mordido,
de súbito hinchado como un odre,
huesos y carne se convierte en podre.

Estaba en un gran vaso transparente
el corazón del grifo atravesado,
y ceniza del fenix que en oriente

se quema él mismo de vivir cansado:
el unto de la scitila serpiente,
y el pescado echineis, que en mar airado
al curso de las naves contraviene,
y á pesar de los vientos las detiene;

No faltaban cabezas de escorpiones
y mortíferas sierpes enconadas;
alacranes y colas de dragones,
y las piedras del águila preñadas:
buches de los hambrientos tiburones;
menstruo y leche de hembras azotadas;
landres, pestes, venenos, cuantas cosas
produce la natura ponzoñosas.

Yo, que con atención mirando andaba
la copiosa botica embebecido,
por una puerta que á un rincón estaba
ví salir un anciano consumido
que sobre un corvo junco se arrimaba,
el cual luego de mí fue conocido
ser el que habia corrido por la cuesta,
que apenas le alcanzara una ballesta.

Diciéndome: «No es poco atrevimiento
el que siendo tan mozo has hoy tomado
de venir á mi oculto alojamiento,
do sin mi voluntad nadie ha llegado:
mas, porque sé que algun honrado intento
tan lejos á buscarme te ha obligado,
quiero, por esta vez, hacer contigo
lo que nunca pensé acabar conmigo.»

Visto por mi apacible compañero
la coyuntura y tiempo favorable,
pues el viejo tan áspero y severo
se mostraba doméstico y tratable,
se detuvo, mirándome primero
con un comedimiento y muestra afable,
por ver si responderle yo queria;
mas, viéndome callar, le respondia

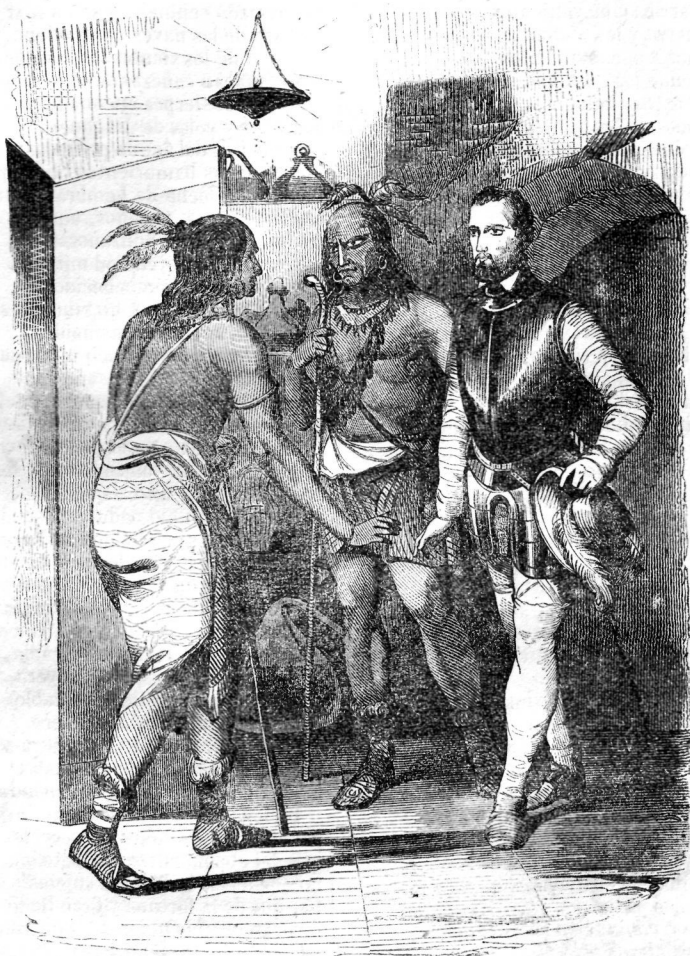
Diciendo: «¡oh gran Fiton, á quien es dado
penetrar de los cielos los secretos,
que del eterno curso arrebatado,
no obedecen la ley, á tí sujetos!
tú, que de la fortuna y fiero Hado
revocas cuando quieres los decretos,
y el órden natural turbas y alteras
alcanzando las cosas venideras;

Y por mágica ciencia y saber puro
rompiendo el cavernoso y duro suelo,
puedes en el profundo reino oscuro
meter la claridad y luz del cielo;
y atormentar con áspero conjuro
la caterva infernal que con recelo
tiembla de tu eficaz fuerza, que es tanta
que sus eternas leyes le quebranta;

Sabrás que á este mancebo le ha traído
de tu espantoso nombre la gran fama,
que, en las indas regiones estendido,
hasta el ártico polo se derrama;
el cual por mil peligros ha rompido,
tras su deseo corriendo, que le llama
á celebrar las cosas de la guerra,
y el sangriento destroz desta tierra;

Que estando así una noche retirado
escribiendo el suceso de aquel día,
súbito fue en un sueño arrebatado,
viendo cuánto en la Europa sucedia:
donde le fue asimismo revelado
que en tu escondida cueva entenderia
extraños casos, dignos de memoria,
con que ilustrar pudiese mas su historia:

Y que noticia le darias de cosas
ya pasadas, presentes y futuras;
hazañas y conquistas milagrosas,
peregrinos sucesos y aventuras;
temerarias empresas espantosas,
hechos que no se han visto en escrituras:



este encarecimiento le molesta,
y nos tiene suspensos tu respuesta.»

Holgó el mago de oír cuán estendida
por aquella región su fama andaba,
y vuelta á mí la cara envejecida,
todo de arriba abajo me miraba :

fin, con voz pujante y espedida,
que poco con las canas conformaba,
y aspecto grave y muestra algo severa,
la respuesta me dió desta manera :

« Aunque en razón es cosa prohibida
profetizar los casos no llegados,
y es menos alargar á uno la vida
contra el fuerte estatuto de los Hados ;
ya que ha sido á mi casa tu venida
por incultos caminos desusados,
te quiero complacer, pues mi sobrino
viene aquí por tu intérprete y padrino. »

Diciendo así, con paso tardo y lento
por la pequeña puerta cavernosa
me metió de la mano á otro aposento,
me metió en una cámara hermosa,
que su fábrica estraña y ornamento,
era de tal labor y tan costosa,
que no sé lengua que contarlo pueda,
ni habrá imaginación á que no esceda.

Tenia el suelo por órden ladrillado
de cristalinas losas transparentes,

que el color entrepuesto y variado
hacia labor y visos diferentes :
el cielo alto, diáfano, estrellado
de innumerables piedras relucientes,
que toda la gran cámara alegraba
la varia luz que dellas revocaba.

Sobre columnas de oro sustentadas
cien figuras de bulto en torno estaban,
por arte tan al vivo trasladadas
que un sordo bien pensara que hablaban :
y dellas la hazañas figuradas
por las anchas paredes se mostraban,
donde se vía el extremo y escelencia
de armas, letrás, virtud y continencia.

En medio de esta cámara espaciosa,
que media milla en cuadro contenía,
estaba una gran poma milagrosa,
que una luciente esfera la ceñía,
que por arte y labor maravillosa
en el aire por sí se sostenía,
que el gran círculo y máquina de dentro
parece que estribaban en su centro.

Después de haber un rato satisfecho
la codiciosa vista en las pinturas,
mirando de los muros, suelo y techo
la gran riqueza y varias esculturas,
el mago me llevó al globo derecho,
y vuelto allí de rostro á las figuras,

con el corvo cayado señalando,
comenzó de enseñarme así hablando :

«Habrás de saber, hijo, que estos hombres
son los mas desta vida ya pasados,
que por grandes hazañas sus renombres
han sido y serán siempre celebrados;
y algunos, que de baja estirpe y nombres
sobre sus altos hechos levantados,
los ha puesto su prospera fortuna
en el mas alto cuerno de la luna :

Y esta bola que ves y compostura,
es del mundo el gran término abreviado,
que su dificilísima hechura
cuarenta años de estudio me ha costado.
Mas no habrá en larga edad cosa futura
ni ocultó disponer de inmóvil hado
que muy claro y patente no me sea,
y tenga aquí su muestra y viva idea.

Mas, pues tus apariencias codiciosas
son de escribir los actos de la guerra,
y por fuerza de estrellas rigurosas
tendrás materia larga en esta tierra,
dejaré de aclararte algunas cosas
que la presente poma y mundo encierra,
mostrándote una sola que te espante,
para lo que pretendes importante :

Que, pues en nuestro Arauco ya se halla
materia á tu propósito cortada,
donde la espada y defensiva malla
es mas que en otra parte frecuentada,
solo te falta una naval batalla,
con que será tu historia autorizada,
y escribirás las cosas de la guerra
asi de mar tan bien como de tierra :

La cual verás aquí tal, que te juro
que vista la tendremos por dudosa,
y en el pasado tiempo y el futuro
no se vió ni verá tan espantosa :
y el gran Mediterráneo mar seguro
quedará por la gente vitoriosa,
y la parte vencida y destrozada
la marítima fuerza quebrantada.

Por tanto, á mis palabras no te alteres,
ni te espante el horrisimo conjuro,
que, si atento con ánimo estuvieres,
verás aquí presente lo futuro :
todo punto por punto lo que vieres,
lo disponen los hados, y aseguro
que podrás, como digo, ser de vista
testigo y verdadero coronista. »

Yo con mayor codicia, por un lado
llegué el rostro á la bola trasparente,
donde ví dentro un mundo fabricado,
tan grande como el nuestro y tan patente
como en redondo espejo relevado,
llegando junto el rostro, claramente
vemos dentro un anchísimo palacio,
y en muy pequeña forma grande espacio.

Y por aquel lugar se descubria
el turbado y revuelto mar Ausonio :
donde se definió la gran porfía
entre César Augusto y Marco Antonio :
asi en la misma forma parecia
por la banda de Lepanto y Favonio,
junto á las Curohulares, hacía el puerto
de galeras el ancho mar cubierto.

Mas viendo las devisas señaladas
del papa, de Felipe y venecianos,
luego reconocí ser las armadas
de los infieles turcos y cristianos,
que, en orden de batalla aparejadas,
para venir estaban á las manos,
aunque á mi parecer no se movian,
ni mas que figuradas parecian.

Pero el mago Fiton me dijo : « Presto

verás una naval batalla estraña,
donde se mostrará bien manifesto
el supremo valor de vuestra España. »
Y luego con airado y fiero gesto,
hiriendo al ancho globo con la caña
una vez al través, otra al derecho,
sacó una horrible voz del ronco pecho

Diciendo ! « Orco amarillo, can Cerbero,
oh gran Pluton, rector del bajo infierno,
oh cansado Caron, viejo barquero;
y vos, laguna Estigia y lago Averno;
oh Demogorgon, tú que lo postrero
habitas del tartáreo reino eterno,
y las hervientes aguas de Aqueronte,
de Leteo, Cocito, y Flegetonte ;

Y vos, Furias que así con crueldades
atormentais las ánimas dañadas,
que aun temen ver las inferas deidades
vuestras frentes de víboras crinadas ;
y vosotras, Gorgóneas potestades,
por mis fuertes palabras apremiadas
haced que claramente aquí se vea
(aunque futura) esta naval pelea.

Y tú, Hécate ahumada y mal compuesta,
nos muestra lo que pido aquí visible.
; Hola ! ¿ á quién digo ? ¿ qué tardanza es esta,
que no os hace temblar mi voz terrible ?
Mirad que romperé la tierra opuesta
y os heriré con luz aborrecible,
y por fuerza absoluta y poder nuevo
quebrantaré las leyes del Erebo.

No acabó de decir bien esto cuando
las aguas en el mar se alborotaron,
y el seco lesnordeste respirando
las cuerdas y anchas velas se estiraron :
y aquellas gentes súbito anhelando
poco á poco moverse comenzaron,
haciendo de aquel modo en los objetos
todas las demás causas sus efectos.

Mirando (aunque espantado) atentamente
la multitud de gente que allí habia,
ví que escrito de letras en la frente
su nombre y cargo cada cual tenia :
y mucho me admiró los que al presente
en la primera edad yo conocia,
verlos en su vigor y años lozanos,
y otros floridos jóvenes ya canos.

Luego, pues, los cristianos dispararon
una pieza en señal de rompimiento,
y en alto un crucifijo enarbolaron,
que acrecentó el hervor y encendimiento :
todos humildemente le salvaron
con grande devocion y acatamiento,
bajo del cual estaban á los lados
las armas de los fieles coligados.

En esto, con rumor de varios sonos,
acercándose siempre, caminaban ;
estandartes, banderas y pendones
sobre las altas popas tremolaban :
las ordenadas bandadas y escuadrones,
esgrimiendo las armas, se mostraban
en torno las galeras rodeadas
de cañones de bronce y pabesadas.

Mas en el bajo tono que ahora llevo
no es bien que de tan grande cosa cante,
que es cierto menester aliento nuevo,
lengua mas espedida y voz pujante.
Así, medroso desto, no me atrevo
á proseguir, señor, mas adelante.
En el siguiente y nuevo canto os pido
me deis vuestro favor y atento oido.

CANTO XXIV.

En este canto solo se contiene la gran batalla naval, el desbarate y rota de la armada turquesca, con la huida de Ochali.

La sazón, gran Felipe, es ya llegada
en que mi voz, de vos favorecida,
cante la universal y gran jornada
en las ausónias olas difinida;
la soberbia otomana derrocada,
su marítima fuerza destruida,
los varios hados, diferentes suertes,
el sangriento destrozo y crudas muertes.

Abridme ¡oh sacras Musas! vuestra fuente,
y dadme nuevo espíritu y aliento,
con estilo y lenguaje conveniente
á mi arrojado y grande atrevimiento,
para decir estensa y claramente,
deste naval conflicto el rompimiento,
y las gentes que están juntas á una
debajo de este golpe de fortuna.

¿Quién bastará á contar los escuadrones
y el número copioso de galeras,
la multitud y mezcla de naciones,
estandartes, enseñas y banderas;
las defensas, pertrechos, municiones,
las diferencias de armas y maneras,
máquinas, artificios, instrumentos,
aparatos, divisas y ornamentos?

Ví croatas, dalmacios, esclavones,
búlgaros, albaneses, transilvanos,
tártaros, tracios, griegos, macedones,
turcos, lidios, armenios, georgianos,
sirios, árabes, licios, licaones,
númidas, sarracenos, africanos,
genizaros, sanjacos, capitanes,
chacues, behelerveys y bajanes.

Ví allí también de la nación de España
la flor de juventud y gallardía,
la nobleza de Italia y de Alemania,
una audaz y bizarra compañía;
todos ornados de riqueza estraña,
con animosa muestra y lozanía;
y en las popas, carceyes y trinquetes
flámulas, banderolas, gallardetes.

Así las dos armadas, pues, venían,
en tal manera y orden navegando
que dos espesos bosques parecían
que poco á poco se iban allegando.
Las cicaladas armas relucían
en el inquieto mar reverberando,
ofendiendo la vista desde lejos
las agudas bislumbres y reflejos.

Por nuestra armada al uno y otro lado
una presta fragata discurría,
donde venía un mancebo levantado
de gallarda apariencia y bizarría,
un riquísimo fuerte peto armado,
con tanta autoridad que parecía
en su disposicion, figura y arte,
hijo de la Fortuna y del dios Marte.

Yo codicioso de saber quien era,
aficionado al talle y apostura,
mirando atentamente la manera,
el aire, el ademan y compostura,
en la fuerte celada en la testera
vi escrito en el relieve y grabadura
de letras de oro, el campo en sangre tinto,
DON JUAN, HIJO DE CÉSAR CARLOS QUINTO;

El cual acá y allá siempre corría
por medio del bullicio y alboroto,
y en la fragata cerca del venía
el viejo secretario Juan de Soto,
de quien el mago anciano me decía
ser en todas las cosas de gran voto,
persona de discurso y experiencia,

de mucha expedicion y suficiencia.

Don Juan á la sazón los exhortaba
á la batalla y trance peligroso,
con ánimo y valor que aseguraba
por cierta la victoria y fin dudoso;
y su gran corazón facilitaba
lo que el temor hacia dificultoso,
derramando por toda aquella gente
un hélico furor y fuego ardiente,

Diciendo: ¡oh valerosa compañía,
muralla de la Iglesia inespugnable!
llegada es la ocasión, este es el día
que dejais vuestro nombre memorable:
calad armas y remos á porfía,
y la invencible fuerza y fe inviolable
mostrad contra esos pérfidos paganos,
que vienen á morir á vuestras manos;

Que quien volver de aquí vivo desea
al patrio nido y casa conocida,
por medio desa armada gente crea
que ha de abrir con la espada la salida:
así cada cual mire que pelea
por su Dios, por su rey y por la vida,
que no puede salvarla de otra suerte
sino es trayendo al enemigo á muerte.

Mirad que del valor y espada vuestra
hoy el gran peso y ser del mundo pende,
y entienda cada cual que está en su diestra
toda la gloria y premio que pretende:
apresuremos la fortuna nuestra,
que la larga tardanza nos ofende;
pues no estais de cumplir vuestro deseo.
mas del poco de mar que en medio veo.

Vamos, pues, á vencer; no detengamos
nuestra buena fortuna que nos llama;
del hado el curso próspero sigamos,
dando materia y fuerzas á la fama:
que solo deste golpe derribamos
la bárbara arrogancia, y se derrama
el sonoro estruendo desta guerra
por todos los confines de la tierra.

Mirad por ese mar alegremente,
cuanta gloria os está ya aparejada;
que Dios aquí ha juntado tanta gente
para que á nuestros piés sea derrocada,
y someta hoy aquí todo el oriente
á nuestro yugo la cerviz domada,
y á sus potentes príncipes y reyes
les podamos quitar y poner leyes.

Hoy con su perdicion establecemos
en todo el mundo el crédito cristiano,
que quiere nuestro Dios que quebrantemos
el orgullo y furor mahometano:
¿qué peligro ¡oh varones! temeremos
militando debajo de tal mano?
¿y quien resistirá vuestras espadas
por la divina mano gobernadas?

Solo os ruego que, en Cristo confiando,
que á la muerte de Cruz por vos se ofrece,
combata cada cual por él, mostrando
que llamarse su milite merece;
con propósito firme protestando
de vencer ó morir, que si parece
la victoria de premio y gloria llena,
la muerte por tal Dios no es menos buena.

Y pues con este fin nos dispusimos
al peligro y rigor desta jornada,
y en la defensa de su ley venimos
contra esa gente infiel y renegada,
la justísima causa que seguimos
nos tiene la victoria asegurada:
así que, ya del cielo prometido,
os puedo yo afirmar que habeis vencido.

Súbito allí los pechos mas helados
de furor generoso se encendieron,

y de los torpes miembros resfriados
el temor vergonzoso sacudieron :
todos, los diestros brazos levantados,
la victoria ó morir le prometieron ,
teniendo en poco ya desde aquel punto
el contrario poder del mundo junto.

El valeroso joven, pues, loando
aquella voluntad asegurada,
con súbita presteza el mar cortando,
atravesó por medio de la armada,
de blanca espuma el rastro levantando,
cual luciente cometa arrebatada
cuando veloz, rompiendo el aire espeso,
le suele así dejar gran rato impreso.

Así que, brevemente habiendo puesto
en orden las galeras y la gente,
á la suya real se acosta presto,
donde fue saludado alegremente;
y señalando á cada cual su puesto,
con el concierto y orden conveniente,
la artillería bien puesta y alistada,
iba la vuelta de la turca armada.

Llevaba el cuerno de la diestra mano
el sucesor del inclito Andrea Doria,
de quien el largo mar Mediterraneo
hará perpétua y célebre memoria :
y Agustín Barbarigo, veneciano,
proveedor de la armada senatoria,
llevaba el otro cuerno á la siniestra,
con orden no menor y bella muestra.

Pues los cuernos iguales y ordenados,
la batalla guiaba el hijo dino
del gran Carlos, cerrando los dos lados
las galeras de Malta y Lomelino,
las del papa y Venecia á los costados :
así continuaban su camino,
cargando con igual compás y extremos
las anchas palas de los largos remos.

Iban seis galeazas delanteras,
bastecidas de gente y artilladas,
puestas de dos en dos en las fronteras,
que á manera de luna iban cerradas :
seguían luego detrás treinta galeras
al general socorro dedicadas,
donde el marques de Santa Cruz venia
con una valerosa compañía.

Por el orden y término que cuento
la católica armada caminaba
la vuelta de la infiel, que á sobreviento,
ganándole la mar, se aventajaba :
pero luego á deshora calmó el viento;
y el alto mar sus olas allanaba,
remitiendo Fortuna la sentencia
al valor de los brazos y escelencia.

Opuesto al Barbarigo, al cuerno diestro
va Siroco, virey de Alejandria,
con Mehemet, bey, cosario y gran maestro,
que á Negroponto á la sazón regia :
Ochali, renegado, iba al siniestro
con Carabei su hijo en compañía,
y en medio en la batalla bien cerrada,
Ali, gran general de aquella armada ;

El cual, reconociendo el duro Hado,
y de su perdición la hora postrera,
como prudente capitán y osado,
de la alta popa en la real galera,
con un semblante alegre y confiado,
que mostraba fingido por defuera,
el cristiano poder disminuyendo
hizo esta breve plática, diciendo :

«No será menester, soldados, creo,
moveros ni incitaros con razones,
que ya por las señales que en vos veo
se muestran bien las fieras intenciones.
Echad fuera la ira y el deseo

desos vuestros fogosos corazones,
y las armas tomad, en cuyo hecho
los Hados ponen hoy vuestro derecho.

Que jamás la Fortuna á nuestros ojos
se mostró tan alegre y descubierta,
pues cargada de gloria y de despojos
se viene ya á meter por nuestra puerta.
Rematad el trabajo y los enojos
desta prolija guerra, haciendo cierta
la esperanza y el crédito estimado
que de vuestro valor siempre habeis dado.

No os altere la muestra y el ruido
con que se acerca la enemiga armada ;
que sabed que ese ejército movido
y gente de mil reinos allegada,
Fortuna á una cerviz la ha reducido
porque pueda de un golpe ser cortada,
y deis por vuestra mano en solo un día
del mundo al Gran Señor la monarquía :

Que esas gentes sin orden que allí vienen
en el valor y número inferiores,
son las que nos impiden y detienen
el ser de todo el mundo vencedores.
Muestren las armas el poder que tienen,
tomad desos indignos poseedores
las provincias y reinos del poniente
que os vienen á entregar tan ciegamente.

Que ese su capitán envanecido
es de muy poca edad y suficiencia,
indignamente al cargo promovido,
sin curso, disciplina ni experiencia ;
y así presuntuoso y atrevido,
con ardor juvenil é inadvertencia
trae toda esta gente condenada
á la furia y rigor de vuestra espada.

No penseis que nos venden muy costosa
los Hados la victoria deste día ;
que lo mas desa armada temerosa
es de la veneciana señoría,
gente no ejercitada ni industriosa,
dada mas al regalo y policía,
y á las blandas delicias de su tierra,
que al robusto ejercicio de la guerra.

Y esotra turba multa congregada
es pueblo soez y bárbara canalla,
de diversas naciones amasada,
en quien conformidad jamás se halla :
gente que nunca supo qué es espada,
que antes que se comience la batalla
y el espantoso son de artillería
la romperá su misma vocería.

Mas vosotros, varones invencibles,
entre las armas ásperas criados,
y en guerras y trabajos insufribles
tantas y tantas veces aprobados,
¿ qué peligros habrá ya tan terribles
ni contrarios ejércitos ligados
que basten á poneros algún miedo,
ni á resfriar vuestro ánimo y denuedo ?

Ya me parece ver gloriosamente
la riza y mortandad de vuestra mano,
y ese interpuerto mar con mas crecien-
teñido en roja sangre el color cano.
Abrid, pues, y romped por esa gente,
echad á fondo ya el poder cristiano ;
tomando posesion de un golpe solo
del Gange á Chile, y de uno al otro polo. »

Así el bajá en el limitado trecho
los dispuestos soldados animaba,
y de la grande empresa y alto hecho
el próspero suceso aseguraba ;
pero en lo hondo del secreto pecho
siempre el negocio mas dificultaba,
tomando por agüero ya contrario
la gran resolución del adversario :

Y mas cuando un genizaro, forzado, que iba sobre la gavia descubriendo, despues de haberse bien certificado, las galeras de allí reconociendo, dijo: «El cuerpo de en medio y diestro lado y el socorro que atrás viene siguiendo, si mi vista de aquí no desatina, es de la armada y gente ponentina.»

Bien que sintió el bajá terriblemente lo que el cristiano cierto le afirmaba; pero, fingiendo esfuerzo, sabiamente el secreto dolor disimulaba, y al gran cuerpo de en medio frente á frente, que por orden y suerte le tocaba, enderezó su escuadra aventajada de sus dos largos cuernos abrigada.

Llegado el punto ya del rompimiento que los precisos Hados señalaron, con una furia igual y movimiento, las potentes armadas se juntaron, donde por todas partes á un momento los cargados cañones dispararon con un terrible estrépito, de modo que parecia temblar el mundo todo.

El humo, el fuego, el espantoso estruendo de los furiosos tiros escupidos; el recio destroncar y encuentro horrendo de las proas y mástiles rompidos; el rumor de las armas estupendo, las varias voces, gritos y apellidos; todo en revuelta confusion hacia espectáculo horrible y armonía.

No la ciudad de Priamo asolada por tantas partes sin cesar ardia, ni el crudo efecto de la griega espada con tal rigor y estrépito se oía, como la turca y la cristiana armada que, envuelta en humo y fuego, parecia no solo arder el mar, hundirse el suelo, pero venirse abajo el alto cielo.

El gallardo don Juan, reconocida la enemiga real que iba en la frente, rompiendo recio la agua rebatida, arremete sobre ella osadamente; mas la turca con impetu impelida le sale á recibir, donde igualmente se embisten con furiosos enconzones rompiendo los herrados espolones.

No estaban las reales aferradas cuando de gran tropel sobrevinieron siete galeras turcas bien armadas, que en la cristiana súbito embistieron; pero de no menor furia llevadas, al socorro sobre ellas acudieron de la derecha y de la izquierda mano la general del Papa y veneciano,

Dó con segunda autoridad venia, por general del sumo Quinto Pío Marco Antonio Colona, á quien seguia una escuadra de mozos de gran brío, trás la cual al socorro arremetia por el camino y paso mas vacío la patrona de España y capitana rompiendo el golpe y multitud pagana.

El príncipe de Parma valeroso, que iba en la capitana ginevesa, hendiendo el mar revuelto y espumoso se arroja en medio de la escuadra apriesa: la confusion y revolver furioso, y del humo la negra nube espesa la codiciosa vista me impedia, y así á muchos allí desconocía.

Mons de Leñi con su galera presto por su parte embistió y cerró el camino, donde llegó de los primeros puesto

el valeroso príncipe de Urbino, que á la bárbara furia contrapuesto con ánimo y esfuerzo peregrino, gallarda y singular prueba hacia de su valor, virtud y valentia.

Luego con igual impetu y denuedo llegan unas con otras á bordarse, cerrándose tan juntas que á pié quedo pueden con las espadas golpearse. No bastaba la muerte á poner miedo, ni allí se vió peligro rehusarse, aunque al arremeter vieses derechos disparar los cañones á los pechos.

Así la airada gente deseosa de ejecutar sus golpes se juntaban, y cual violenta tempestad furiosa los tiros y altos brazos descargaban. Era de ver la priesa hervorosa con que las fieras armas meneaban: la mar de sangre súbito cubierta comenzó á recibir la gente muerta.

Por las proas, por popas y costados se acometen y ofenden sin sosiego; unos cayendo mueren ahogados, otros á puro hierro, otros á fuego: no faltando en los puestos desdichados quien á los muertos sucediese luego, que muerte ni rigor de artillería jamás bastó á dejar plaza vacía.

Quién por saltar en el bajel contrario era en medio del salto atravesado; quién por herir sin tiempo al adversario caía en el mar de su furor llevado: quien con bestial designio temerario, en su nadar y fuerzas confiado, al odioso enemigo se abrazaba y en las revueltas olas se arrojaba.

¿Cuál será aquel que no temblase viendo el fin del mundo y la total ruína: tantas gentes á un tiempo pereciendo, tanto cañon, bombarda y culebrina? El sol, los claros rayos rocogiendo, con faz turbada de color sanguina, entre las negras nubes se escondia por no ver el destrozo de aquel dia.

Acá y allá con pecho y rostro airado, sobre el rodante carro presuroso, de Tesifon y Aleto acompañado, discurre el fiero Marte sanguinoso. Ora sacude el fuerte brazo armado, ora bate el escudo fulminoso; infundiendo ez la fiera y brava gente ira, saña, furor y rabia ardiente.

Quién, faltándole tiros, luego aferra del pedazo del remo ó de la entena; quién trabuca al forzado y lo deshierra arrebatando el grillo y la cadena: no hay cosa de metal, de leño y tierra que allí para tirar no fuese buena, rotos bancos, potizas, batayolas, barriles, escotillas, portañolas.

Y las lanzas y tiros que arrojaban (aunque del duro acero resurtiesen) en las sangrientas olas ya hallaban enemigos que en sí los recibiesen, y ardiendo, en la agua fria peleaban, sin que al adverso Hado se rindiesen, hasta el forzoso y postrimero punto que faltaba la fuerza y vida junto.

Cuáles, su propia sangre resorbiendo, andan agonizando sobreaguados; cuáles, tablas y gúmenas asiendo, quedan (rindiendo el alma) enclavijados; cuáles, hacer mas daño no pudiendo, á los menos heridos abrazados,

se dejan ir al fondo forcejando,
contentos con morir allí matando.

No es posible contar la gran revuelta
y el confuso tumulto y son horrendo.
Vuela la estopa en vivo fuego envuelta
alquitran, y resina, pez ardiendo:
la presta llama con la brea revuelta,
por la seca madera discurriendo,
con fieros estallidos y centellas,
creciendo amenazaban las estrellas.

Unos al mar se arrojan por salvarse,
del crudo hieirro y llamas perseguidos:
otros, que habian probado el ahogarse,
se abrazan á los lenos encendidos:
así que, con la gana de escaparse,
á cualquiera remedio vano asidos,
dentro del agua mueren abrasados,
y en medio de las llamas ahogados.

Muchos, ya con la muerte porfiando,
su opinion aun muriendo sostenian,
los tiros y las lanzas apañando
que de las fuertes armas resurtian;
y en las huidoras olas estribando,
los ya cansados brazos sacudian,
empleando en aquellos que topaban
la rabia y pocas fuerzas que quedaban.

Crece el furor y el áspero ruido
del continuo batir apresurado:
el mar de todas partes rebatido
hierve y regüelda cuerpos de apretado,
y sangriento, alterado y removido,
cual de contrarios vientos arrojado,
todo revuelto en una espuma espesa,
las herradas galeras bate apriesa.

En la alta popa junto al estandarte
el inclito don Juan resplandecía,
mas encendido que el airado Marte,
cercado de una ilustre compañía.
De allí provee remedio á toda parte:
acá da prisa, allá socorro envía,
asegurando á todos su persona
soberbio triunfo y la naval corona.

Don Luis de Requesens de la otra banda
provoca, exhorta, anima, mueve, incita,
corre, vuelve, revuelve, torna y anda
donde el peligro mas le necesita:
provee, remedia, acude, ordena, manda,
insta, da prisa, induce y solicita,
á la diestra, siniestra, á popa, á proa,
ganando estimacion y eterna loa.

Pues el conde de Pliego don Fernando,
diligente, solícito y cuidadoso
acude á todas partes, remediando
lo de menos remedio y mas dudoso.
Así, pues, del cristiano y turco bando,
cada cual inquiriendo un fin honroso,
procuraban matando, como digo,
morir en el bagel del enemigo.

Era tanta la furia y tal la prisa
que el fin y día postrero parecia;
de los tiros la recia lluvia espesa
el aire claro y rojo mar cubria.
Crece la rabia y el teson no cesa
de la presta y continua batería,
atronando el rumor de las espadas
las marítimas costas apartadas.

El buen marqués de Santa Cruz, que estaba
al socorro comun apercebido,
visto el trabado juego cual andaba
y desigual en partes el partido,
sin aguardar mas tiempo, se arrojaba
en medio de la prisa y gran ruido,
embistiendo con ímpetu furioso
todo lo mas revuelto y peligroso.

Viendo, pues, de enemigos rodeada

la galera real con gran porfia,
y que otra de refresco bien armada
á embestirla con ímpetu venia,
saltóle de través, boga arrancada,
y al encuentro y defensa se oponia,
atajando con presto movimiento
el bárbaro furor y fiero intento.

Despues rabioso sin parar, corriendo
por la áspera batalla discurría;
entra, sale y revuelve, socorriendo,
y á tres y á cuatro á veces resistía.
¿Quién podrá punto á punto ir refiriendo
las gallardas espadas que este día
en medio del furor se señalaron,
y el mar con turca sangre acrecentaron?

Don Juan en esto airado y impaciente,
la espaciosa Fortuna apresuraba,
poniendo espuelas y ánimo á su gente,
que envuelta en sangre ajena y propia andaba.
Allí baja, no menos diligente,
con gran hervor los suyos esforzaba,
trayéndoles continuo á la memoria
el gran premio y honor de la victoria.

Mas la real cristiana aventajada
por el grande valor de su caudillo,
á puros brazos y á rigor de espada
abre recio en la turca un gran portillo,
por dó un grueso tropel de gente armada,
sin poder los contrarios resistillo,
entra con un rumor y furia estraña,
gritando: ¡cierra! ¡cierra! ¡España! ¡España!

Los turcos, viendo entrada su galera,
del temor y peligro compellidos,
revuelven sobre sí de tal manera
que fueron los cristianos rebatidos;
pero añadiendo furia á la primera
los fuertes españoles ofendidos,
venciendo el nuevo golpe de la gente,
los vuelven á llevar forzosamente.

Hasta el árbol mayor, donde afirmando
el rostro y pié con nueva confianza
renuevan la batalla, refrescando
el fiero estrago y bárbara matanza.
Carga socorro de uno y otro bando;
fatigales y aqueja la tardanza
de vencer ó morir desesperados,
dando gran prisa á los dudosos Hados.

La grande multitud de los heridos
que á la batida proa recudian,
causaban que á las veces detenidos
los unos á los otros se impedian;
pero de medicinas proveidos,
luego de nuevo á combatir volvian,
las enemigas fuerzas reprimiendo
que iban, al parecer, convaleciendo.

En esta gran revuelta y desatino,
que allí cargaba mas que en otro lado,
 viniendo á socorrer don Bernardino,
mas que de vista de ánimo dotado,
fue con súbita furia en el camino
de un fuerte esmerilazo derribado,
cortándole con golpe riguroso
los pasos y designio valeroso.

Fue el poderoso golpe de tal suerte,
de mas de la pesada y gran caída,
que resistir no pudo el peto fuerte
ni la rodela á prueba guarnecida;
al fin el jóven con honrada muerte
del todo aseguró la inquieta vida,
embainando en España mil espadas
en contra y daño suyo declaradas.

En esto por tres partes fue embestida
la famosa de Malta capitana,
y apretada de todas y abatida
con vieja enemistad y furia insana;

mas la fuerza y virtud tan conocida de aquella audaz caballería cristiana, la multitud pagana contrastando, iba de punto en punto mejorando.

Pero al virey de Argel, cosario esperto, que á la mira hasta entonces habia estado, hallando al cuerno diestro el paso abierto, que del todo no estaba bien cerrado, antes que se pudiesen en concierto, furioso se lanzó por aquel lado, echándole de nuevo tres bajeles con infinito número de infieles.

Los fuertes caballeros peleando resisten aquel impetu y motivo; pero al cabo, Señor, sobrepujando á las fuerzas el número excesivo, los entran con gran fuerza degollando, sin tomar á rescate un hombre vivo, vertiendo en el revuelto mar furioso de baptizada sangre un rio espumoso.

Las galeras de Malta, que miraron con tal rigor su capitana entrada, los fieros enemigos despreciaron con quien tenia batalla comenzada; y batiendo los remos, se lanzaron con nueva rabia y priesa acelerada sobre la multitud de los paganos verdugos de los mártires cristianos.

Tanto fue el sentimiento en los soldados y la sed de venganza de manera que, embistiendo á los turcos por los lados, entran haciendo riza carnicera: así que, victoriosos y vengados recobraron su honor y la galera, hallando solo vivos los primeros al general y cuatro caballeros.

Marco Antonio Colona, despreciando el impetu enemigo y la braveza, combate animosísimo, igualando con la honrosa ambicion la fortaleza. Pues Sebastian Veniero, contrastando la turca fuerza y bárbara fiereza, vengaba allí con ira y rabia justa la injuria recibida en Famagusta.

La capitana de Sicilia en tanto tambien Portau bajá la combatia, la cual ya por el uno y otro canto cercada de galeras la tenia.

Era el valor de los cristianos tanto que la ventaja desigual suplía, no solo sustentando igual la guerra, pero dentro del mar ganando tierra;

Que don Juan, de la sangre de Cardona, ejercitando allí su viejo oficio, ofrece á los peligros la persona, dando de su valor notable indicio; y la fiera nacion de Barcelona hace en los enemigos sacrificio, trayendo hasta los puños las espadas todas en sangre bárbara bañadas.

No, pues, con menos ánimo y pujanza el sabio Barbarigo combatia, igualando el valor á la esperanza que de su claro esfuerzo se tenia. Ora oprime la turca confianza, ora á la misma muerte rebatia, haciendo suspender la flecha airada que ya derecho en él tenia asestada.

Bien que con muestra y ánimo esforzado contrastaba la furia sarracina, no pudo contrastar al duro Hado, ó por mejor decir, órden Divina; que ya el último término Megado, de una furiosa flecha repentina fue acertado en el ojo en descubierto

donde á poco de rato cayó muerto.

Aunque fue grande el daño y sentimiento de ver tal capitán así caído, no por eso turbó el osado intento del veneciano pueblo embravecido; antes con mas furor y encendimiento, á la venganza lícita movido, hiere en los matadores de tal suerte que fue recompensada bien su muerte.

En este tiempo andaba la pelea bien reñida del lado y cuerno diestro, donde el sagaz y astuto Juan Andrea se mostraba muy plático maestro. Tambien Hector Espínola pelea con uno y otro á diestro y á siniestro, señalándose en medio de la furia la esperta y diestra gente de Liguria.

Bien dos horas y media y mas habia que duraba el combate porfiado, sin conocer en parte mejoría, ni haberse la victoria declarado, cuando el bravo don Juan, que en saña ardía, cuasi quejoso del suspenso Hado, comenzó á mejorar sin duda alguna declarada del todo su fortuna.

En esto con gran impetu y ruido, por el valor de la cristiana espada el furor mahomético oprimido, fue la turca real del todo entrada, dó el estandarte bárbaro abatido, la cruz del Redentor fue enarbolada, con un triunfo solemne y grande gloria cantando abiertamente la victoria.

Súbito un miedo helado discurriendo por los miseros turcos ya turbados, les fue los brazos luego entorpeciendo, dejándolos sin fuerzas desmayados; y las espadas y ánimos rindiendo, á su fortuna misera entregados, dieron la entrada franca (como cuento) al impetu enemigo y movimiento.

Ya, pues, del cuerno izquierdo y del derecho de la victoria sanguinosa usando, con furia inexorable todo á hecho los van por todas partes degollando. Quién al agua se arroja abierto el pecho, quién se entrega á las llamas, rehusando el agudo cuchillo riguroso, teniendo el fuego allí por mas piadoso.

El astuto Ochali, viendo su gente por la cristiana fuerza destruida, y la deshecha armada totalmente al hierro, fuego y agua ya rendida, la derrota tomó por el poniente, siguiéndole con misera huida las bárbaras reliquias destrozadas, del hierro y fuego apenas escapadas.

Pero el hijo de Carlos, conociendo del traidor renegado el bajo intento, con gran furia el movido mar rompiendo carga, dándole caza, en seguimiento. Iban tras ellos al través saliendo el de Bazan y el de Oria á solavento con una escuadra de galeras junta procurando ganarles una punta.

Mas la triste canalla, viendo angosta la senda y ancho mar, segun temia, vuelta la proa á la vecina costa, en tierra con gran impetu embestia; y cual se ve tal vez saltar langosta en multitud confusa, así á porfia salta la gente al mar embravecido, huyendo del peligro mas temido.

Cuál con brazos, con hombros, rostro y pecho

el gran reflujo de las olas hiende;
cuál sin mirar al fondo y largo trecho,
no sabiendo nadar allí lo aprende:
no hay parentesco, no hay amigo estrecho,
ni el mismo padre al caro hijo atiende,
que el miedo, de respetos enemigo,
jamás en el peligro tuvo amigo.

Así que, del temor mismo esforzados,
en la arenosa playa pié tomaron,
y por las peñas y árboles cerrados,
á mas correr huyendo se escaparon.
Deshechos, pues, del todo y destrozados
los miserables bárbaros quedaron,
habiendo, fuerza á fuerza y mano á mano,
rendido el nombre de Austria al Otomano.

Estaba yo con gran contento viendo
el próspero suceso prometido,
cuando en el globo el mágico hiriendo
con el potente junco retorcido,
se fue el aire ofuscando y revolviendo,
y cesó de repente el gran ruido;
quedando en gran quietud la mar segura
cubierta de una niebla y sombra oscura.

Luego Filon con plática sabrosa
me llevó por la sala paseando,
y sin dejar figura, cada cosa
me fue parte por parte declarando.
mas teniendo temor que os sea enojosa
la relacion prolija, iré dejando
todo aquello (aunque digno de memoria)
que no importa ni toca á nuestra historia:

Solo diré que con muy gran contento
del mago y Guaticolo despedido,
aunque tarde, llegué á mi alojamiento,
donde ya me juzgaban por perdido.
Volviendo, pues, la pluma á nuestro cuento,
que en larga digresion me he divertido,
digo que allí estuvimos dos semanas
con falsas armas y esperanzas vanas;

Pero en resolucion, nunca supimos
de nuestros enemigos cautelosos,
ni su designio y ánimo entendimos,
que nos tuvo suspensos y dudosos;
lo cual considerado, nos partimos,
desmintiendo los pasos peligrosos
en su demanda, entrando por la tierra
con gana y fin de rematar la guerra.

Una tarde que el sol ya declinaba,
arribamos á un valle muy poblado,
por donde un grande arroyo atravesaba,
de cultivadas lomas rodeado;
y en la mas llana que á la entrada estaba,
por ser lugar y sitio acomodado,
la gente se alojó por escuadrones
las tiendas levantando y pabellones.

Estaba el campo apenas alojado,
cuando de entre unos árboles salia
un bizarro araucano bien armado,
buscando el pabellon de don García;
y á su presencia el bárbaro llegado,
sin muestra ni señal de cortesía,
le comenzó á decir... Pero entre tanto
será bien rematar mi largo canto.

CANTO XXV.

Así entan los españoles su campo en Millarapué: llega á desafiar-
los un indio de parte de Caupolicán: vienen á la batalla muy
reñida y sangrienta: señálanse Tucapel y Rengo: cuéntase
tambien el valor que los españoles mostraron aquel día.

Cosa es digna de ser considerada
y no pasar por ella fácilmente,
que gente tan ignota y desviada
de la frecuencia y trato de otra gente,
de innavegables golfos rodeada,

alcance lo que así difícilmente
alcanzaron por curso de la guerra
los mas famosos hombres de la tierra.

Dejen de encarecer los escritores
á los que el arte militar hallaron;
ni mas celebren ya á los inventores
que el duro acero y el metal forjaron:
pues los últimos indios moradores
del araucano estado así alcanzaron
el orden de la guerra y disciplina,
que podemos tomar dellos doctrina.

¿Quién les mostró á formar los escuadrones,
representar en orden la batalla,
levantar caballeros y bastiones,
hacer defensas, fosos y muralla,
trincheas, nuevos reparos, invenciones,
y cuanto en uso militar se halla,
que todo es un bastante y claro indicio
del valor desta gente y ejercicio?

Y sobre todo debe ser loado
el silencio en la guerra y obediencia,
que nunca fue secreto revelado
por dádiva, amenaza ni violencia,
como ya en lo que dellos he contado
vemos abiertamente la esperiencia;
pues por maña jamás ni por espías
dellos tuvimos nueva en tantos días,

Aunque en los pueblos comarcanos fueron
presas de sobresalto muchas gentes
que al rigor del tormento resistieron
con gran constancia y firmes continentes:
tanto, que muchas veces nos hicieron
andar en los discursos diferentes,
que pudiera causar notable daño,
creciendo su cautela y nuestro engaño.

Pero, como ya dije arriba, estando
apenas nuestro ejército alojado,
vino un gallardo mozo preguntando
dó estaba el capitán aposentado:
y á su presencia el bárbaro llegando,
con tono sin respeto levantado,
habiéndose juntado mucha gente,
echó la voz diciendo libremente:

«Oh capitán cristiano! si ambicioso
eres de honor con título adquirido,
al oportuno tiempo venturoso
tu próspera fortuna te ha traído:
que el gran Caupolicano, deseoso
de probar tu valor encarecido,
si tal virtud y esfuerzo en tí se halla,
pide de solo á solo la batalla:

Que siendo de personas informado
que eres mancebo noble floreciente,
en la arte militar ejercitado,
capitán y cabeza desta gente,
dándote por ventaja de su grado
la eleccion de las armas francamente,
sin escepcion de condicion alguna
quiere probar tu fuerza y su fortuna.

Y así, por entender que muestras gana
de encontrar el ejército araucano
te avisa que al romper de la mañana
se vendrá á presentar en este llano,
do con firmeza de ambas partes llana,
en medio de los campos mano á mano,
si quieres combatir sobre este hecho,
rimitirá á las armas el derecho:

Con pacto y condicion que si vencieres
someterá la tierra á tu obediencia,
y del podrás hacer lo que quisieres
sin usar de respeto ni clemencia:
y cuando tú por él vencido fueres,
libre te dejará en tu preeminencia;
que no quiere otro premio ni otra gloria
sino solo el honor de la vitoria.

Mira que solo en que esta voz se estienda consigues nombre y fama de valiente, y en cuanto el claro sol sus rayos tienda durará tu memoria entre la gente; pues al fin se dirá que por contienda entraste valerosa y dignamente en campo con el gran Caupolicano persona por persona y mano á mano.

Esto es á lo que vengo, y así pido te resuelvas en breve á tu albedrío, si quieres por el término ofrecido rehusar ó aceptar el desafío, que, aunque el peligro es grande y conocido, de tu altiveza y ánimo confío que al fin satisfarás con osadía á tu estimado honor y al que me envía.»

Don García le responde: «Soy contento de aceptar el combate, y le aseguro que al plazo puesto y señalado asiento podrá á su voluntad venir seguro.» El indio, que escuchando estaba atento, muy alegre le dijo: «Yo te juro que esta osada respuesta eternamente te dejará famoso entre la gente.»

Con esto, sin pasar mas adelante las espaldas volvió y tomó la vía, mostrando por su término arrogante en la poca opinion que nos tenia. Algunos hubo allí que en el semblante juzgaron ser mañosa y doble espía, que iba á reconocer con este tiento la gente y pertrechado alojamiento.

Venida, pues, la noche, los soldados en orden de batalla nos pusimos, y á las derechas picas arrimados, contando las estrellas estuvimos, del sueño y graves armas fatigados, aunque crédito entero nunca dimos al indio, por pensar que solo vino á tomar lengua y descubrir camino.

Ya la espaciosa noche declinando trastornaba al ocaso sus estrellas, y la aurora al oriente despuntando deslustraba la luz de todas ellas: las flores con su fresco humor rociando, restituyendo en su color aquellas que la tiniebla lóbrega importuna las habia reducido á sola una,

Cuando con alto y súbito alarido apareció por uno y otro lado, en tres distintas partes dividido, el ejército bárbaro ordenado; cada escuadron de gente muy fornido que con gran muestra y paso apresurado iban en igual orden, como cuento, cercando nuestro estrecho alojamiento.

La gente de caballo aparejada, sobre las riendas la enemiga espera; mas antes que llegase, anticipada se arroja por una áspera ladera, y al escuadron siniestro encaminada, le acomete furiosa, de manera que un terraplano y muro poderoso no resistiera el ímpetu furioso.

Pero Caupolicán, que gobernando iba aquel escuadron algo delante, el paso hasta su gente retirando, hizo calar las picas á un instante: donde, los pies y brazos afirmando, en las agudas puntas de diamante reciben el furor y encuentro extraño, haciendo en los primeros mucho daño.

Unos, sin alas, con ligero vuelo desocupan atónitos las sillas; otros, vueltas las plantas hácia el cielo,

imprimen en la tierra las costillas; y los que no probaron allí el suelo por apretar mas recio las rodillas, aunque mas se mostraron esforzados, quedaron del encuentro maltratados.

De sus golpes los nuestros no faltaron, que todos sin errar fueron derechos; cuales, de banda á banda atravesaron; cuales, atropellaron con los pechos: todos en un instante se mezclaron, viniendo á las espadas mas estrechos con tal priesa y rumor que parecia la espantosa vulcánica herrería.

El bravo general Caupolicano, rota la pica de la maza afierra, y á la derecha y á la izquierda mano hiere, destroza, mata y echa á tierra: hallándose muy junto á Berzocano los dientes y el furioso puño cierra, descargándole encima tal puñada, que le abolló en los cascos la celada.

Tras este, otro derriba y otro mata, que fue por su desdicha el mas vecino; abre, destroza, rompo y desbarata, haciendo llano el áspero camino: y al yanacona Tambo así arrebatada que, como alcon al pollo ó palomino, sin poderle valer los mas cercanos, le ahoga y despedaza entre las manos.

Bernal y Leucoton, que deseando andaban de encontrarse en esta danza, se acometen furiosos, descargando los brazos con igual ira y pujanza; y las altas cabezas inclinando, á su pesar usaron de crianza hincando á un tiempo entrambos las rodillas con un batir de dientes y ternillas.

Mas cada cual de presto se endereza, comenzando un combate fiero y crudo; ya tiran á los pies, ya á la cabeza, ya abollan la celada, ya el escudo. Así, pues, anduvieron una pieza; mas pasar adelante esto no pudo, que un gran tropel de gentes que embistieron por fuerza á su pesar los despartieron.

Don Miguel y don Pedro de Abendaño, Rodrigo de Quiroga, Aguirre, Aranda, Cortés y Juan Jufre con riesgo extraño sustentan todo el peso de su banda: tambien hacen efecto y mucho daño Reinoso, Peña, Córdoba, Miranda, Monguía, Lasarte, Castañeda, Uiloa, Martin Ruiz, y Juan Lopez de Gamboa.

Pues don Luis de Toledo peleando, Carranza, Aguayo, Zúñiga, y Castillo resisten el furor del indio bando, con Diego Cano, Perez, y Morcillo: los primos Albarados Juan y Hernando, Pedro de Olmos, Paredes, y Carrillo derriban á sus pies gallardamente, aunque á costa de sangre, mucha gente.

El escuadron de en medio viendo asida por el cuerno derecho la contienda, acelerando el tiempo y la corrida, acude á socorrer con furia horrenda: mas nuestra gente en tercios repartida le sale á recibir á toda rienda, y del terrible estruendo y fiero encuentro la tierra se apretó contra su centro.

Hubo muchas caidas señaladas, grandes golpes de mazas y picazos: lanzas, gorguices y armas embastadas volaron hasta el cielo en mil pedazos: vienen en un momento á las espadas, y aun otros, mas coléricos, á brazos,



dándose con las dagas y puñales
heridas penetrables y mortales.

El fiero Tucapel habiendo hecho
su encuentro en lleno y muerto un buen soldado,
poco del diestro golpe satisfecho,
le arrebató un estoque acicalado,
con el cual barrenó á Guillermo el pecho,
y de un revés y tajo arrebatado
arrojó dos cabezas con celadas
muy lejos de sus troncos apartadas.

Mata de un golpe á Torbo fácilmente,
y dió á Juan Yanaruna tal herida
que la armada cabeza por la frente
cayó sobre los hombros dividida.
Revuelve de estocada diestramente
y al robusto Pícol quitó la vida;
pero en esta sazón inadvertido
de mas de diez espadas fue herido.

Carga sobre él de presto mucha gente,
al rumor del estrago que sonaba,
y cercándole en torno rápidamente
en confuso monton le fatigaba:
mas él con gran desden y altiva frente
de tal manera el brazo rodeaba,
que á muchos con castigo y escarmiento
les reprimió el furor y atrevimiento.

Tanto en mas ira y mas furor se enciende
cuanto el trabajo y el peligro crece;
que allí la gloria y el honor pretende
donde mayor dificultad se ofrece:
lo mas dudoso y de mas riesgo emprende,
y poco lo posib'e le parece,
que el pecho grande y ánimo invencible
le allana y facilita lo posible.

El último escuadron y mas copioso,
su derrota y designio prosiguiendo,
con paso, aunque ordenado, presuroso,
por la tendida lama iba subiendo:
y en el dispuesto llano y espacioso,
nuestro escuadron del todo descubriendo,
se detuvo algun tanto astutamente
reconociendo el sitio y nuestra gente.

Delante desta escuadra, pues, venia
el mozo Galbarin sargenteando,
que sus troncados brazos descubria,
las llagas aun sangrientas amostrando.
De un canto al otro apriesa discurría,
el daño general representando,
encendiendo en furor los corazones
con muestras eficaces y razones

Diciendo: «¡oh valentísimos soldados
tan dignos deste nombre, en cuya mano

hoy la Fortuna y favorables Hados
han puesto el ser y crédito araucano!
estad de la victoria confiados,
que ese tumulto y aparato vano
es todo el remanente y son las heces
de los que habeis vencido tantas veces.

Y esta postrer batalla fenecida,
de vosotros así tan deseada,
no queda cosa ya que nos impida,
ni lanza enhiesta, ni contraria espada.
Mirad la muerte infame ó triste vida
que está para el vencido aparejada,
los ásperos tormentos escesivos
que el vencedor promete hoy á los vivos:

Que si en esta batalla sois vencidos,
la ley perece y libertad se atierra,
quedando al duro yugo sometidos,
inhábiles del uso de la guerra;
pues con las brutas bestias siempre uncidos
habeis de arar y cultivar la tierra,
haciendo los oficios mas serviles
y bajos ejercicios femeniles.

Tened, varones, siempre en la memoria
que la deshonra eternamente dura,
y que perpétuamente esta victoria
todas vuestras hazanas asegura.
Considerad, soldados, pues, la gloria
que os tiene aparejada la Ventura,
y el gran premio y honor que, como digo,
un tan breve trabajo trae consigo:

Que aquel que se mostrare buen soldado
tendrá en su mano ser lo que quisiere,
que todo lo que habemos deseado
la Fortuna con ello hoy nos requiere.
También piense que queda condenado
por rebelde y traidor quien no venciere,
que no hay vencido justo y sin castigo
quedando por juez ya su enemigo.»

De tal manera el bárbaro valiente
despertaba la ira y la esperanza,
que el escuadron apenas obediente
podía sufrir el orden y tardanza;
mas ya que la señal última siente,
con gran resolución y confianza,
derribando las picas, bien cerrado
irse dejó de su furor llevado.

En el esento y pedregoso llano,
que mas de un tiro de arco se estendia,
nuestro escuadron á un tiempo mano á mano
asimismo al encuentro le salía,
donde con muestra y término inhumano,
y el gran furor que cada cual traía,
se embisten los airados escuadrones
cayendo cuerpos muertos á montones.

No duraron las picas mucho enteras,
que en rajas por los aires discurrieron;
las estendidas mangas y hileras
de golpe unas con otras se rompieron:
hubo muertes allí de mil maneras,
que muchos sin heridas perecieron
del polvo y de las armas ahogados,
otros de encuentros fuertes estrellados.

Trábase entre ellos un combate horrendo
con hervorosa priesa y rabia estraña,
todos en un teson igual poniendo
la estrema industria, la pujanza y maña.
Sube á los cielos el furioso estruendo,
retumba en torno toda la campaña,
cubriendo los lugares descubiertos
la espesa lluvia de los cuerpos muertos.

Hierve el coraje, crece la contienda
y el batir sin cesar siempre mas fuerte;
no hay malla y pasta fina que defienda
la entrada y paso á la furiosa muerte,
que con irreparable furia horrenda

toda ya en su figura lo convierte,
naciendo del mortal y fiero estrago
de espesa y negra sangre un ancho lago.

Rengo orgulloso, que al siniestro lado
iba siempre avivando le pelea,
de la roedora afrenta estimulado
que en Mataquito recibió de Andrea,
el ronco tono y brazo levantado,
discurre todo el campo y le rodea,
acá y allá por una y otra mano
llamando el enemigo nombre en vano.

Andrea, pues, asimismo procurando
fenecer la cuestion le deseaba;
mas lo que el uno y otro iba buscando
la dicha de los dos lo desviaba:
que el italiano mozo peleando
en el otro escuadron distante andaba,
haciendo por su estraña fuerza cosas
que aunque lícitas eran lastimosas.

Mata de un golpe á Trulo, y endereza
la dura punta y á Pinol barrena,
y sin brazo á Téguan una gran pieza
le arroja dando vueltas por la arena;
lleva de un golpe á Changle la cabeza;
y por medio del cuerpo á Pon cercena,
hiende á Narmo hasta el pecho, y á Brancolo
como grulla le deja en un pié solo.

Veis, pues, aquí á Orompello, el cual haciendo
venia por esta parte mortal guerra,
que al gran tumulto y voces acudiendo,
vió cubierta de muertos la ancha tierra;
y al ginovés gallardo conociendo,
como cebado tigre con él cierra,
alta la maza y encendido el gesto,
sobre las puntas de los piés enhiesto.

Fue de la maza el ginovés cogido
en el alto creston de la celada,
que todo lo abolló y quedó sumido
sobre la estofa de algodón colchada:
estuvo el italiano adormecido,
gomita sangre, la color mudada,
y vió, dando de manos por el suelo,
vislumbres y relámpagos del cielo.

Redobla otro el gallardo mozo luego,
con mas furor y menos bien guiado,
que á no ser á soslayo, el fiero juego
del todo entre los dos fuera acabado:
el ginovés desatinado y ciego
fue un poco de través, pero cobrado
se puso en pié con priesa no pensada,
levantando á dos manos la ancha espada,

Y con la estrema rabia y fuerza rara
sobre el jóven la cala de manera
que, si el ferrado leño no cruzara,
de arriba abajo en dos le dividiera:
tajó el tronco cual junco ó tierna vara,
y si la espada el filo no torciera,
penetrara tan honda la herida
que privara al mancebo de la vida.

Viéndose el araucano, pues, sin maza,
no por eso amainó al furor la vela,
antes con gran presteza de la plaza
arrebata un pedazo de rodela,
que sin se de tener punto lo embraza,
y, como quien peligro no recela,
con solo el trozo de baston cortado
aguija al enemigo confiado.

Hirióle en la cabeza, y á una mano
saltó con ligereza y diestro brio,
hurtando el cuerpo así que el italiano
con la espada azotó el aire vacío,
quiso hacello otra vez, mas salió en vano,
que entrando recio al tiempo del desvío,
fue el ginovés tan presto que no pudo
sino cubrirse con el roto escudo.

Echó por tierra la furiosa espada del defensivo escudo una gran pieza, bajando con rigor á la celada que defender no pudo la cabeza : hasta el casco caló la cuchillada, quedando el mozo atónito una pieza ; pero en sí vuelto, viéndose tan junto, le echó los fuertes brazos en un punto.

El bravo ginovés, que al fiero Marte pensara desmembrar, recio le asía ; pero salió engañado, que en este arte ninguno al diestro jóven escedia : revuélvase por una y otra parte, el uno el pié del otro rebatía, intrincando las piernas y rodillas con diestras y engañosas zancadillas.

Don García de Mendoza no paraba, antes como animoso y diligente unas veces airado peleaba, otras iba esforzando allí la gente. Tampoco Juan Remon ocioso estaba, que de soldado y capitán prudente con igual disciplina y ejercicio usaba en sus lugares el oficio.

Santillan, y don Pedro de Navarra, Avalos, Biezma, Cáceres, Bastida, Galdamez, don Francisco Ponce, Ibarra dando muerte defendien bien su vida : el factor Vega, y contador Segarra, habian echado á parte una partida, siguiéndolos Velazquez, y Cabrera, Verdugo, Ruiz, Riberos, y Ribera.

Pasáranlo, pues, mal al otro lado, según la mucha gente que acudía, si don Felipe, don Simon, y Prado, don Francisco Arias, Pardo, y Alegría, Barrios, Diego de Lira, Coronado, y don Juan de Pineda en compañía, con valeroso esfuerzo combatiendo, no fueran los contrarios reprimiendo.

También acrecentaban el estrago Florencio de Esquivél y Altamirano, Villarroel, Moran, Vergara, Lago, Godoi, Gonzalo Hernandez y Andicano. Si de todos aquí mencion no hago, no culpen la intencion sino la mano, que no puede escribir lo que hacian tantas como allí á un tiempo combatian.

Sonaba á la sazón un gran ruido en el otro escuadron de mediodía, y era, que el fiero Rengo embravecido, llevado de su esfuerzo y valentía, se habia por la batalla así metido que volver á los suyos no podia, y de menuda gente rodeado, andaba muy herido y acosado.

Aunque se envuelve entre ellos de manera al un lado y al otro golpeando, que en rueda los hacia tener á fuera ; muchos en daño ajeno escarmentando ; pero la turba acá y allá ligera le vá por todas partes aquejando con tiros, palos y armas enbastadas, como á fiera de lejos arrojadas.

Uno deja tullido y otro muerto, sin valerles defensa ni armadura : á quien acierta golpe en descubierto del todo le deshace y desfigura : y el de menos efecto y mas incierto quebranta brazo, pierna ó coyuntura ; vieran arneses rotos y celadas junto con las cabezas machucadas.

Mas aunque, como digo, combatiendo mostraba esfuerzo y ánimo invencible, le van á tanto estrecho reduciendo

que poder escapar era imposible : y por mas que se esfuerza resistiendo, al fin era de carne, era sensible, y el furioso y continuo movimiento la fuerza le ahogaba y el aliento.

Estaba ya en el suelo una rodilla que aun apenas así se sustentaba, y la gente solícita en cuadrilla, sin dejarle alentar le fatigaba ; cuando de la otra parte por la orilla de la alta loma Tucapel llegaba, haciendo con la usada y fuerte maza por donde quiera que iba larga plaza.

Como el toro feroz desjarretado cuando brama, la lengua ya sacada, que de la turba multa rodeado procura cada cual probar su espada ; y en esto de repente al otro lado, la cerviz yerta y frente levantada, asoma otro famoso de Jarama, que deshace la junta y la derrama ;

Así el famoso Rengo ya en el suelo hincada una rodilla combatia en medio del monton que sin recelo poco á poco cerrándole venia ; cuando el sangriento y bravo Tucapel que por allí la grita le traía, viéndole así tratar, sin poner duda, rompe por el tropel á darle ayuda.

Dejó por tierra cuatro ó seis tendidos, que estrecha plaza y paso le dejaron, y los otros en círculo esparcidos del fatigado Rengo se arredraron : y contra Tucapel embravecidos las armas y la grita enderezaron ; mas él daba de sí tan buen descargo, que los hacia tener bien á lo largo.

Llegóse á Rengo, y dijo : « Aunque enemigo esfuerzo, esfuerza Rengo, y ten hoy fuerte, que el impar Tucapel está contigo, y no puedes tener siniestra suerte, que el favorable cielo y Hado amigo te tiene aparejada mejor muerte, pues está cometida al brazo mio, si cumples á su tiempo el desafío. »

Rengo le respondió : « Si ya no fuera por ingrato en tal tiempo reputado, contigo y con mi débito cumpliera, que no estoy, como piensas, tan cansado. » En esto mas ligero que si hubiera diez horas en el lecho reposado se puso en pié, y á nuestra gente asalta firme el membrudo cuerpo y la maza alta.

Tucapel replicó : « Seria bajeza y cosa entre varones condenada acometerte, vista tu flaqueza, con fuerza y en sazón aventajada : cobra, cobra tu fuerza y entereza, que el tiempo llegará que esta ferrada te dé la pena y muerte merecida como hoy te ha dado claro aquí la vida. »

No se dijeron mas ; y por la vía los dos competidores araucanos, haciéndose amistad y compañía, iban como si fueran dos hermanos ; guardaba el uno al otro y defendia ; y así con diligencia y prestas manos, abriendo el escuadron gallardamente, llegaron á juntarse con su gente.

En esto á todas partes la batalla andaba muy reñida y sanguinosa, con tal furia y rigor que no se halla persona sin herida ni arma ociosa : cubre la tierra la menuda malla, y en la remota Turcia cavernosa,

por fuerza arrebatados de los vientos,
hieren los duros y ásperos acentos.

Era el rumor del uno y otro bando
y de golpes la furia apresurada,
como ventosa y negra nube cuando
de Vulturio ó del Zéfiro arrojada
lanza una piedra súbita, dejando
la rama de sus hojas despojada,
y los muros, los techos y tejados
son con priesa terrible golpeados.

Pues de aquella manera y mas furiosas
las homicidas armas descargaban,
y con hondas heridas rigurosas
los sanguinosos cuerpos desangraban:
el gran rumor y voces espantosas
en los vecinos montes resonaban;
el mar confuso al fiero son retrujo
de sus hinchadas olas el reflujo.

Pero la parte que á la izquierda mano
la batalla primero habia trabado,
donde por su valor Caupolicano
contrastaba al furor del duro Hado,
á pura fuerza el escuadron cristiano,
del contrario teson sobrepujado,
comenzó poco á poco á perler tierra
hacia la espesa falda de la sierra.

Fue tan grande la priesa desta hora
y el ímpetu del bárbaro potente,
que por el araucano en voz sonora
se cantó la victoria abiertamente:
mas la misma Fortuna burladora
la rueda revolvió súbitamente
en contra de la parte mejorada,
barajanlo la suerte declarada:

Que el último escuadron donde estribaba
nuestro postrer remedio y esperanza,
metido en el contrario peleaba
haciendo fiero estrago y gran matanza;
que ni el valor de Ongolmo allí bastaba
ni del fuerte Lincoya la pujanza:
ni yo basto á contar de una vez tanto,
que es fuerza diferirlo al otro canto.

CANTO XXVI.

En este canto se trata el fin de la batalla y retirada de los araucanos: la obstinacion y pertinacia de Galbarino, y su muerte. Asimismo se pinta el jardín y estancia del mago Fiton.

Nadie puede llamarse venturoso
hasta ver de la vida el fin incierto;
ni está libre del mar tempestuoso
quien surto no se vé dentro del puerto:
venir un bien tras otro es muy dudoso,
y un mal tras otro mal es siempre cierto:
jamás próspero tiempo fue durable,
ni dejó de durar el miserable.

El ejemplo tenemos en las manos,
y nos muestra bien claro aquí la historia
cuán poco les duró á los araucanos
el nuevo gozo y engañosa gloria;
pues llevando de rota á los cristianos
y habiendo ya cantado la victoria,
de los contrarios Hados rebatidos,
quedaron vencedores los vencidos:

Que, como os dije, el escuadron postrero
á donde por testigo yo venia,
ganando tierra siempre mas entero,
al bárbaro enemigo retraia;
que aunque el fuerte Lincoya el delantero
a la adversa Fortuna resistia,
no pudo resistir últimamente
el ímpetu y la furia de la gente.

Por una espesa y áspera quebrada
que en medio de dos lomas se hacia,
la bárbara canalla, quebrantada

la dañosa soberbia y osadía,
ya del torpe temor señoreada
esforzadas espaldas revolvia,
huyendo de la Muerte el rostro airado,
que clara á todo ya se habia mostrado.

Siguen los nuestros la victoria á priesa,
que aun no quieren venir en el partido,
y de la inculta breña y selva espesa
inquiieren lo secreto y escondido;
el gran estrago y mortandad no cesa,
suenan el destrozo y áspero ruido,
tirando á tiento golpes y estocadas
por la espesura y matas intrincadas.

Jamás de los monteros en ojeo
fue caza tan buscada y perseguida
cuando con ancho círculo y rodeo
es á término estrecho reducida,
que con impacientísimo deseo,
atajados los pasos y huida,
arrojan en las fieras montesinas
lanzas, dardos, venablos, javalinas.

Como los nuestros, hasta allí cristianos,
que, los términos lícitos pasando,
con crueles armas y actos inhumanos
iban la gran victoria deslustrando;
que ni el rendirse, puestas ya las manos,
la obediencia y servicio protestando,
bastaba á aquella gente desalmada
á reprimir la furia de la espada.

Así el entendimiento y pluma mia,
aunque usada al destrozo de la guerra,
huye del grande estrago que este día
hubo en los defensores de su tierra;
la sangre, que en arroyos ya corria
por las abiertas grietas de la sierra,
las lástimas, las voces y gemidos,
de los míseros bárbaros rendidos.

Los de la izquierda mano, que miraron
su mayor escuadron desbaratado,
perdiendo todo el ánimo, dejaron
la tierra y el honor que habian ganado.
Así la trompa á retirar tocaron,
y con paso, aunque largo, concertado,
altas y campeando las banderas,
se dejaron calar por las laderas.

No será bien pasar calladamente
la braveza de Rengo sin medida,
pues que, desbaratada ya su gente,
y puesta en rota y misera huida,
fiero, arrogante, indómito, impaciente,
sin mirar al peligro de la vida,
dando mas furia á la ferrada maza,
solo sustenta la ganada plaza:

Y allí como invencible y valeroso
solo estuvo gran rato peleando;
pero viendo el trabajo infructuoso,
y gente ya ninguna de su bando,
con paso tardo, grave y espacioso,
volviendo el rostro atras de cuando en cuando,
tomó á la mano diestra una vereda
hasta entrar en un bosque y arboleda,

Donde ya de la gente destrozada
habia el temor á algunos escondido;
pero viendo de Rengo la llegada,
cobrando luego el ánimo perdido,
con nuevo esfuerzo y muestra confiada,
en escuadron formado y recogido
vuelven el rostro y pechos esforzados
á la corriente de los duros Hados.

Yo, que de aquella parte corriendo
á vueltas del rumor tambien andaba,
la grita y nuevo estrépito sintiendo
que en el vecino bosque resonaba,
apresuré los pasos, acudiendo
hacia donde el rumor me encaminaba,

viendo al entrar del bosque detenidos algunos españoles conocidos.

Estaba á un lado Juan Remon gritando: «Caballeros, entrad, que todo es nada;» mas ellos, el peligro ponderando, dificultaban la dudosa entrada. Yo, pues, á la sazón á pie arribando donde estaba la gente recatada; Juan Remon que me vió luego de frente, quiso obligarme allí públicamente

Diciendo: «¡Oh don Alonso! quien procura ganar estimacion y aventajarse, este es el tiempo y esta es coyuntura en que puede con honra señalarse: no impida vuestra suerte esa espesura donde quieren los indios entregarse, que al que abre la entrada defendida le será la victoria atribuida.»

Oyendo, pues, mi nombre conocido y que todos volvieron á mirarme, del honor y vergüenza compelido, no pudiendo del trance ya escusarme, por lo espeso del bosque y mas temido comencé de romper y aventurarme, siguiéndome Arias Pardo, Maldonado, Manrique, don Simon, y Coronado,

Los cuales, de vivir desesperados, los obstinados indios embistieron, que en una espesa muela bien cerrados las españolas armas atendieron. En esto, ya al rumor por todos lados de nuestra gente muchos acudieron, comenzando con furia presurosa una guerra sangrienta y peligrosa.

Renuévase el destrozo, reduciendo á término dudoso el vencimiento, el menos animoso acometiendo el mas dificultoso impedimento. ¡Cuál será aquel que pueda ir escribiendo de los brazos la furia y movimiento, y deste y de aquel otro la herida, y quién á cuál allí quitó la vida!

Unos hienden por medio, otros barrenan de parte á parte los airados pechos; por los muslos y cuerpo otros cercenan, otros miembro por miembro caen deshechos: los duros golpes todo el bosque atruenan, andando de ambas partes tan estrechos que vinieron algunos de impacientes á los brazos, á puños y á los dientes.

Pero la Muerte allí difinidora de la cruda batalla porfiada, ayudando á la parte vencedora, remató la contienda y gran jornada; que la gente araucana en poca de hora en aquel sitio estrecho destrozada, quiso rendir al hierro antes la vida que al odioso español quedar rendida.

Tendidos por el campo amontonados los indómitos bárbaros quedaron, y los demás con pasos ordenados, como ya dije, atrás se retiraron; de manera que ya nuestros soldados recogiendo el despojo que hallaron, y un número copioso de prisiones, volvieron á su asiento y pabellones.

Fueron entre estos presos escogidos doce los mas dispuestos y valientes, que en las nobles insignias y vestidos mostraban ser personas preeminentes: estos fueron allí constituidos para amenaza y miedo de las gentes, quedando por ejemplo y escarmiento colgados de los árboles al viento.

Yo á la sazón al señalar llegando,

de la cruda sentencia condolido, salvar quise uno dellos, alegando haberse á nuestro ejército venido; mas él luego los brazos levantando que debajo del peto habia escondido, mostró en alto la falta de las manos por los cortados troncos aun no sanos.

Era, pues, Galbarino este que cuento, de quien el canto atrás os dió noticia, que, porque fuese ejemplo y escarmiento, le cortaron las manos por justicia; el cual con el usado atrevimiento, mostrando la encubierta inimizia, sin respeto ni miedo de la muerte, habló, mirando á todos desta suerte:

«¡Oh gentes fementidas, detestables, indignas de la gloria deste día! hartad vuestras gargantas insaciables en esta aborrecida sangre mia; que, aunque los fieros flados variables trastornen la araucana monarquía, muertos podremos ser, mas no vencidos, ni los ánimos libres oprimidos.

No penseis que la muerte rehusamos, que en ella estriba ya nuestra esperanza; que si la odiosa vida dilatamos, es por hacer mayor nuestra venganza: que cuando el justo fin no consigamos, tenemos en la espada confianza, que os quitará, en nosotros convertida, la gloria de poder darnos la vida.

Sús, pues ya, ¿qué esperais, ó qué os detiene de no me dar mi premio y justo pago? La muerte y no la vida me conviene, pues con ella á mi deuda satisfago; pero si algún disgusto y pena tiene este importante y deseado trago es no haberos primero hecho pedazos con estos dientes y troncados brazos.»

De tal manera el bárbaro esforzado la muerte en alta voz solicitaba, de la infelice vida ya cansado, que largo espacio á su pesar duraba: y en el gentil propósito obstinado, diciéndonos injurias procuraba un fin honroso de una honrosa espada, y rematar la mísera jornada.

Yo, que estaba á par del, considerando el propósito firme y osadía, me opuse contra algunos, procurando dar la vida á quien ya la aborrecia; pero al fin los ministros porfiando que á la salud de todos convenia, forzado me aparté, y él fue llevado á ser con los caciques justiciado.

A la entrada de un monte que vecino está de aquel asiento en un repecho, por el cual atraviesa un gran camino que al valle de Lincoya va derecho, con gran solemnidad y desatino, fue el insulto y castigo injusto hecho, pagando allí la deuda con la vida en muchas opiniones no debida.

Por falta de verdugo, que no habia quien el oficio hubiese acostumbrado, quedó casi por uso de aquel día un modo de matar jamás usado; que á cada indio de aquella compañía un bastante cordel le fue entregado, diciéndole que el árbol señalase donde á su modo él mismo se colgase.

No tan presto los pláticos guerreros, del cierto asalto la señal tocando, por escalas, por picas y maderos suben á la muralla gateando,

cuanto aquellos caciques que ligeros por los mas grandes árboles trepando, en un punto á las cimas arribaron, y de las altas ramas se colgaron.

Mas uno de ellos algo arrepentido de su ligera prisa y diligencia, á nuestra devocion ya reducido, vuelto pidió para hablar licencia; y habiéndosela todos concedido, con voz algo turbada y apariencia, los ánimos cristianos conmoviendo, habló contritamente así diciendo:

«Valerosa Nacion, invicta gente donde el extremo de virtud se encierra, sabed que soy cacique, y descendiente del tronco mas antiguo desta tierra: no tengo padre, hermano, ni pariente, que todos son ya muertos en la guerra; y pues se acaba en mí la descendencia, os ruego useis conmigo de clemencia.»

Quisiera proseguir si Galbarino, que le miraba con airada cara, de súbito saliéndole al camino, la doméstica voz no le atajara diciendo: «Pusilánime, mezquino, destruidor de la progenie clara, ¿por qué á tan gran bajaza así te mueve el miedo torpe de la muerte breve?

Dime, infame traidor, de fe mudable, ¿tienes por mas partido y mejor suerte el vivir en estado miserable que el morir como debe un varon fuerte? Sigue el Hado (aunque adverso) tolerable, que el fin de los trabajos es la muerte; y es poquedad que un afrentoso medio te saque de la mano este remedio.»

Apenas la razon habia acabado cuando el noble cacique arrepentido, al cuello el corredizo lazo echado, quedó de una alta rama suspendido: tras él fué el audaz bárbaro obstinado, aun á la misma muerte no rendido, y los robustos robles desta prueba llevaron aquel año fruta nueva.

Habida la victoria, como cuento, y el enemigo roto, retirado; dejando el infelice alojamiento todo de cuerpos bárbaros sembrado, llegamos sin desman ni impedimento á la bajada y sitio desdichado do Valdivia fundó la Casa-fuerte, y le dieron despues infame muerte.

Levantamos un muro brevemente que el sitio de la casa rodeaba, donde el bagaje, chusma y remanente con menos daño y mas seguro estaba. De allí la tierra en torno facilmente sin poderlo estorbar se saltaba haciendo siempre instancia y diligencia de traerla, sin sangre, á la obediencia.

Una mañana al comenzar del dia saliendo yo á correr aquella tierra donde por cierto aviso se tenia que andaba gente bárbara de guerra, dejando un trecho atrás la compañía, cerca de un bosque espeso y alta sierra sentí cerca una voz envejecida, diciendo: «¿Dónde vais? que no hay salida.»

Volví el rostro y las riendas hacía el lado donde la extraña voz habia salido, y ví á Fiton, el mágico, arrimado al tronco de un gran roble carcomido, sobre el herrado junco recostado, que como fue de mí reconocido, del caballo saltó ligeramente,

saludándole alegre y cortesmente.

El me dijo: «Por cierto bien pudiera tomar de vos legitima venganza, y en esa vuestra gente que anda fuera, que habeis hecho en los nuestros tal matanza; pero aunque mas razon y causa hubiera, haciendo vos de mí tal confianza, no quiero ni será justo dañaros, antes en lo que es lícito aydararos;

Que es orden de los cielos que padezca esta indómita gente su castigo, y antes que contra Dios se ensoberbezca le abaje la soberbia el enemigo: y aunque vuestra ventura agora crezca, no durará gran tiempo; porque os digo que, como á los demás, el duro Hado os tiene su descuento aparejado.

Si la fortuna así á pedir de boca os abre el paso próspero á la entrada, grandes trabajos y ganancia poca al cabo sacareis desta jornada: y porque á mí decir mas no me toca, me quiero retirar á mi morada, que tambien desta banda tiene puerta, pero á todos oculta y encubierta.»

Yo, de le ver así maravillado, y mas de la siniestra profecía, mi caballo en un libano arrendado, le quise hacer un rato compañía: y al fin de muchos ruegos acetado, siendo el viejo decrepito la guia, hendimos la espesura y breña extraña, hasta llegar al pié de la montaña.

En un lado secreto y escondido donde no habia resquicio ni abertura, con el potente báculo torcido blandamente tocó en la Peña dura; y luego con horrisono ruido se abrió una estrecha puerta y boca oscura por do tras él entré, erizado el pelo, pisando á tiento el peñascoso suelo.

Salimos á un hermoso y verde prado que recreaba el ánimo y la vista, do estaba en ancho cuadro fabricado un muro de belleza nunca vista, de vario jaspe y pórvido escacado, y al fin de cada escaque una amatista; en las puertas de cedro barreadas mil sabrosas historias entalladas.

Abriéronse en llegando el mago á punto, y en un jardin entramos espacioso do se puede decir que estaba junto todo lo natural y artificioso. Hoja no discrepaba de otra un punto, haciendo cuadro ó círculo ingenioso; en medio un claro estanque do las fuentes murmurando enviaban sus corrientes.

No produce Natura tantas flores cuando mas rica primavera envía, ni tantas variedades de colores como en aquel jardin vicioso habia. Los frescos y suavisimos olores, las aves y su acorde melodía dejaban las potencias y sentidos de un ajeno descuido poseídos.

De mi fin y camino me olvidára, segun suspenso estuve una gran pieza, si el anciano Fiton no me llamara haciéndome señal con la cabeza. Metíome por la mano en una clara bóveda de alabastro que á la pieza del milagroso globo respondia, á donde ya otra vez estado habia.

Quisiera ver la bola, mas no osaba sin licencia del mago avecinarme:

mas él que mis designios penetraba,
teniendo voluntad de contentarme,
asido por la mano, me acercaba,
y comenzando él mismo á señalarme
el mundo me mostró como si fuera
en su forma real y verdadera.

Pero para decir por órden cuanto
ví dentro de la gran poma lucida,
es cierto menester un nuevo canto,
y tener la memoria recogida.
Así, Señor, os ruego que entretanto
que refuerzo la voz enflaquecida,
perdoneis si lo dejo en este punto,
que no puedo deciros tanto junto.

CANTO XXVII.

En este canto se pone la descripción de muchas provincias, montes, ciudades famosas por natura y por guerras. Cuéntase también como los españoles levantaron un fuerte en el valle de Tucupé; y como don Alonso de Ercilla halló á la hermosa Glaura.

SIEMPRE la brevedad es una cosa
con gran razon de todos alabada,
y vemos que una plática es gustosa
cuanto mas breve y menos afectada:
y aunque sea la prolija provechosa,
nos importuna, cansa, y nos enfada;
que el manjar mas sabroso y sazonado
os deja, cuando es mucho, empalagado.

Pues yo que en un peligro tal me veo,
de la larga carrera arrepentido,
¿cómo podré llevar tan gran rodeo,
y ser sabroso al gusto y al oído?
Pero aunque de agrandar es mi deseo,
estoy ya dentro en la ocasion metido;
que no se puede andar mucho en un paso,
ni encerrar gran materia en chico vaso.

Cuando á alguno, Señor, le pareciere
que me voy en el curso deteniendo,
el extraño camino considere,
y que mas que una posta voy corriendo:
en todo abreviaré lo que pudiere;
y así, á nuestro propósito volviendo,
os dije como el indio mago anciano
señalaba la poma con la mano.

Era en grandeza tal que no podrian
veinte abrazar el cerco enteramente,
donde todas las cosas parecian
en su forma distinta y claramente.
Los campos y ciudades se veían,
el tráfico y bullicio de la gente;
las aves, animales, lagartijas,
hasta las mas menudas sabandijas.

El mágico me dijo: «Pues en este
lugar nadie nos turba ni embaraza,
sin que un mínimo punto oculto reste
verás del universo la gran traza:
lo que hay del norte al sur, del leste al oeste,
y cuanto ciñe el mar y el aire abraza,
ríos, montes, lagunas, mares, tierras,
famosas por Natura y por las guerras.

Mira al principio de Asia á Calcedonia;
junto al Bósforo en frente de la Tracia,
á Liria, Caria, Licia, y Licaonia,
á Panfilia, Bitinia y á Galacia,
y junto al Ponto Euxinio á Paflagonia,
la llana Capadocia, y la Farnacia,
y la corriente de Eufrates famoso
que entra en el mar de Persia caudaloso.

Mira la Siria, la Judea, la india
tierra de promision de Dios privada,
y á Nazareth dichosa, en Palestina,
do á María Gabriel dió la embajada:
ves las sacras reliquias y ruina

de la ciudad por Tito desolada,
do el Autor de la vida, escarnecido,
á vergonzosa muerte fue traído.

Mira el tendido mar Mediterraneo
que la Europa del Africa separa,
y el mar Bermejo, en punta, á la otra mano,
que abrió Moises su aguas con la vara.
Mira el golfo de Ormuz, y mar Persiano;
y aunque á partes la tierra no está clara,
verás hácia la banda descubierta
las dos Arabias, Feliz, y Desierta.

Mira á Persia, y Carmania que confina
con Susiana, al lado del poniente,
donde el forjado acero se fulmina
de pasta y temple fino y escelente:
Drangiana, y Gredosia, que camina
hasta el mar de India y ferias del Oriente;
y adelante, siguiendo aquella via,
verás la calurosa Aracosia.

Dentro y fuera del Gange mira tanta
tierra de India, al levante prolongada;
ves el Catai y su ciudad de Canta
que sobre el Indo mar está fundada:
la China, y el Maluco, y toda cuanta
mar se estiende del leste, y la apartada
Trapobana famosa, antiguamente
término y fin postrero del Oriente.

Ves la Hircania, Tartaria, y los Albanos
hácia la Trapisonda dilatados,
y otros reinos pequeños comarcas,
tributarios de Persia y aliados:
los iberos que llaman Georgianos,
y los pobres Circasos derramados,
que su lunada tierra en parte angosta
toma del mar Mayor toda la costa.

Ves el revuelto Cirro caudaloso,
que la Iberia y Albania así rodea,
y el alto monte Cáucaso fragoso,
que su cumbre gran tierra señorea:
mira el reino de Colcos, tan famoso
por la isla celebrada de Medea,
á donde el trabajado Jason vino
en busca del dorado vellocino.

Mira la grande Armenia, memorable
por su ciudad de Tauris señalada:
y al sur la religiosa y venerable
Soltania, sin respeto arruinada
por la tártara furia irreparable
del grande Taborlan, que de pasada
cuanto encontró lo puso por el suelo,
cual ira ó rayos súbito del cielo.

Mira á Tigris y Eufrates, que poniendo
punto á Mesopotamia, en compañía
hasta el golfo de Persia van corriendo,
dejando á un lado á Egipto y á Siria:
ves la Partia y la Media, que torciendo
su corva costa abraza al Mediodía;
el Caspio mar, por otro nombre Hircano,
que en forma oval se estiende al subsolano.

Mira la Asiria y su ciudad famosa,
donde la confusion de lenguas vino
que sus muros, labor maravillosa,
hizo Semiramis, madre de Nino:
donde la acelerada y presurosa
Muerte á Alejando le salió al camino,
cortándole en su próspera corrida
el hilo de los Hados y la vida.

Mira en Africa al sur los estendidos
reinos del Preste Juan, donde parece
que entre los mas insignes y escogidos
Sceva en sus edificios resplandece:
tres frutos da en el año repartidos,
y tres veces se agosta y reverdece:
tiene en veinte y dos grados su postura,
al antártico polo por la altura.

Ves á Gógia y sus montes levantados,
que á todos sobrepujan en grandeza,
canos siempre de nieve los collados,
y abajo peñascales y aspereza,
que forman un gran muelle rodeados
de breñales espesos y maleza,
morada de osos, puercos y leones,
tigres, panteras, grifos y dragones.

Destos peñascos ásperos pendientes,
llamados hoy el Monte de la Luna,
nacen del Nilo las famosas fuentes,
y dellos rios sin nombre y fama alguna,
que aunque tuercen y apartan sus corrientes,
se vienen á juntar á una laguna
tan grande que sus senos y laderas
baten de tres provincias las riberas.

A Gógia y Beguemetros al oriente,
y á Dambaya al poniente; del cual lado
hay islas donde habita mucha gente,
y todo el ancho círculo es poblado.
De aquí el famoso Nilo mansamente
nace, y despues mas grande y reforzado
parte á Gógia de Amara, y va tendido
sin ser de las riberas restringido.

Hasta un angosto paso peñascoso
que le va los costados estrechando,
de donde con estrépito furioso
se va en las cataratas embocando:
despues, mas ancho, grave y espacioso,
llega á Meroé, gran isla, costeano,
que contiene tres reinos eminentes,
en leyes y costumbres diferentes.

Mira al Cairo, que incluye tres ciudades,
y el palacio real de Dultibea,
las torres, los jardines y heredades
que su espacioso círculo rodea.
Las pirámides mira y vanidades
de los ciegos antiguos, que aunque sea
señal de sus riquezas la heclura,
fue mas que el edificio la locura.

Mira los des poblados arenosos
de la desierta y seca Libia ardiente,
Garamanta y los pueblos calurosos
donde habita la bruta y negra gente.
Mira los trogloditas belicosos,
y los que baña Gambia en su corriente;
mandingos, monicongos, y los feos
zapas, biafras, gelofos y guineos.

Ves de la costa de Africa el gran trecho,
los puertos señalados y lugares
de las bocas del Nilo hasta el estrecho
por do se comunican los dos mares:
Apolonia, las Sirtes, y derecho
Tripol, Tunez, y junto (si miráres)
verás aun las reliquias y el estrago
de la ciudad famosa de Cartago.

Mira á Sicilia fértil y abundosa,
á Cerdeña y á Córcega de frente,
y en la costa de Italia la viciosa
tierra que va corriendo hácia el poniente.
Mira la ilustre Nápoles famosa,
y á Roma que gran tiempo altivamente
se vió del universo apoderada,
y de cada nacion despues hollada.

Mira en Toscana á Sena y á Florencia,
y dejando la costa al mediodia,
á Bolonia, Ferrara, y la eminencia
de la isla ciudad y señoría: (1)
Padua, Mantua, Cremona y á Placencia;
Milan, la tierra y parque de Pavia,
á donde en una rota de importancia
Carlos prendió á Francisco rey de Francia.

Ve á Alejandría, y por Liguria entrando,

á la soberbia Génova y Saona;
y el Piemonte y Saboya atravesando,
á Leon, á Tolosa y á Bayona;
y sobre el viento Coro volteando,
Burdeos, Poitiers, Orleans, París, Perona,
Flandes, Brabant, Güeldres, Frisia, Olanda,
Inglaterra, Escocia, Hibernia ó Irlanda;

A Dinamarca, Dacia y á Noruega
hácia el mar de Dantisco y costa helada,
y á Suecia, que al confin de Gógia llega,
que está en torno del mar fortificada,
de donde á la Zelandia se navega:
y mira allá á Grolandia, desviada
del solar curso y la zodiaca vía,
do hay seis meses de noche y seis de dia.

Mira al norte á Moscovia, que es tenida
por última region de lo poblado,
que rematan su término y medida
las Rifeas montañas del un lado,
y de las fuentes de Tanais tendida
llega al monte Hiperbóreo y mar Helado;
confina con Sarmacia y Tartaria,
y corre por el austro hasta Rusia.

Mira á Livonia, Prusia y Lituania,
Samogicia, Podolia y á Rusia,
á Polonia, Silesia y á Germania,
á Moravia, Bohemia, Austria y Ungria,
á Croacia, Moldavia, Transilvania,
Valaquia, Vulgaria, Esclavonia,
á Macedonia, Grecia, la Morea,
á Candia, Chipre, Rodas, y Judea.

Mira al poniente á España y la aspereza
de la antigua Vizcaya, de do es fama
que depende y procede la nobleza
que en aquellas provincias se derrama.
Ves á Vermeo cercado de maleza,
cabeza y primer tronco desta rama,
y tu torre de Ercilla sobre el puerto
de las montañas altas encubierto.

Ves á Burgos, Logroño y á Pamplona;
y bajando al poniente á la siniestra,
Zaragoza, Valencia, Barcelona,
á Leon y á Galicia de la diestra.
Ves la ciudad famosa de Lisboa,
Coimbra y Salamanca que se muestra
felice en todas ciencias, do solia
enseñarse tambien nigromancia.

Mira á Valladolid que en llama ardiente
se irá como la fénix renovando,
y á Medina del Campo casi enfrente,
que las ferias la van mas ilustrando.
Mira á Segovia y su famosa puente;
y el bosque y la Fonfria atravesando,
al Pardo, y Aranjuez donde Natura
vertió todas sus flores y verdura.

Mira aquel sitio inculto montuoso (2)
al pié del alto puerto algo apartado,
que aunque le ves desierto y pedregoso
ha de venir en breve á ser poblado:
allí el rey don Felipe victorioso,
habiendo al Franco en San Quintin domado,
en testimonio de su buen deseo
levantará un católico trofeo (3).

Será un famoso templo incomparable;
de suntuosa fábrica y grandaza,
la máquina del cual hará notable
su religioso celo y gran riqueza.
Será edificio eterno y memorable,
de inmensa magestad y gran belleza,
obra, al fin, de un tal rey, tan gran cristiano,
y de tan larga y poderosa mano.

Mira luego á Madrid que buena suerte

(2) El Escorial.

(3) El incomparable monasterio de S. Lorenzo.

(1) Venecia.

le tiene el alto cielo aparejada;
y á Toledo fundada en sitio fuerte
sobre el dorado Tajo levantada.
Mira adelante á Córdoba, y la Muerte
que airada amenazando está á Granada,
esgrimiendo el cuchillo sobre tantas
principales cabezas y gargantas (1).

Mira á Sevilla; ves la realeza
de templos, edificios y moradas,
el concurso de gente, y la grandeza
del trato de las Indias apartadas,
que de oro, plata, perlas y riqueza
dos flotas en un año entran cargadas,
y salen otras dos de mercancia,
con gente, munición y artillería.

Mira á Cadiz donde Hércules famoso,
sobre sus Hados prósperos corriendo,
fijó las dos columnas victoriosas,
nilhil ultra en el mármol escribiendo;
mas Fernando católico (2) glorioso,
los mojonados términos rompiendo,
del ancho y Nuevo-mundo abrió la vía,
porque en un mundo solo no cabía.

Mira por el océano bajando
entre el húmido noto y el poniente
las islas de Canaria, reparando
en aquella del Hierro especialmente,
que falta de agua, la Natura obrando,
las aves, animales y la gente
beben la que de un árbol se destila
en una bien labrada y ancha pila.

Ves á la banda diestra las Terceras,
que están de portugueses ocupadas;
y corriendo al sudeste, las primeras
islas que descubrió Colon, pobladas
de gentes nunca vistas extranjeras,
entre las cuales son mas señaladas
los Lucayos, San Juan, la Dominica,
Santo Domingo, Cuba, y Jamaica.

Ves de Bahama la canal angosta,
y siguiendo al poniente, la Florida,
la tierra inútil y torcida costa
hasta la Nueva-España proseguida,
donde Cortés con no pequeña costa,
y gran trabajo y riesgo de la vida,
sin término ensanchó por su persona
los límites de España y la corona.

Mira á Jalisco y Mechoacan, famosa
por la raíz medicinal que tiene;
y á Méjico abundante y populosa,
que el indio nombre antiguo aun hoy retiene.
Ves al sur la poblada y montuosa
tierra que en punta á prolongar se viene,
que los dos anchos mares por los lados
la van adelgazando los costados.

A Panama y al Nombre de Dios mira,
que sus estrechos términos defienden
á dos contrarios mares, que con ira
romper la tierra y anegar pretenden.
Ves la fragosa sierra de Capira,
Cartagena, y las tierras que se estienden
de Santa Marta y cabo de la Vela
hasta el Lago y ciudad de Venezuela.

A Bogota y Cartama, que confina
con Arma y Cali, tierra prolongada,
Popayan, Pasto, y Quito que vecina
está á la equinoccial línea templada.
Mira allá á Puerto Viejo, do la mina
de ricas esmeraldas fue hallada,
y las tierras que corren por la vía
del austro y del volturno y mediodía.

Ves Guayaquil, que abunda de madera

por sus espesos montes y sombríos,
Tumbez, Paita y su puerto, que es primera
escala donde surgen los navíos:
Piura, Loja, la Zarza, y cordillera
de do nacen y bajan tantos ríos
que riegan bien dos mil millas de suelo
donde jamás cayó lluvia del cielo.

Mira los grandes montes y altas sierras
bajo la zona tórrida nevadas,
los mojos, bracamoros y las tierras
de incultos chachapoyas habitadas:
Cajamarca y Trujillo, que en las guerras
fueron famosas siempre y señaladas:
y la ciudad insigne de los Reyes,
silla de las audiencias y vi-reyes:

Y Guánuco, Guamanga, y el templo
terreno de Arequipa, y los mojoneros
del Cuzco, antiguo pueblo y señalado
asiento de los lngas y Orejones.
Mira, el solsticio y trópico pasado,
del austral Capricornio las regiones
de varias gentes bárbaras estrañas,
los ríos, lagunas, valles y montañas.

Mira allá á Chuquibabo, que metido
está á un lado, la tierra al sur marcada,
y adelante el riquísimo y crecido
cerro de Potosí, que de cendrada
plata de ley y de valor subido
tiene la tierra envuelta y afamada;
pues de un quintal de tierra de la mina
las dos arrobas son de plata fina.

Ves la villa de Plata la postrera
por el levante á la sinistra mano,
y atravesando la alta cordillera,
Calcháqui, Pilcomayo y Tucumano:
los jurses, los diaguitas y ribera
de los comechingones, y el gran llano
y fructífero término remoto
hasta la fortaleza de Gaboto.

Ves, volviendo á la costa, los collados
que corren por la banda de Atacama,
y la desierta costa y despoblados
do no hay ave, animal, yerba ni rama.
Mira los copiapós, indios granados
que de grandes flecheros tienen fama:
Coquimbo, Mapocho, Cauquen, y el río
de Maule, y el de Itata, y Biobío.

Ves la ciudad de Penco y el pujante
Arauco, estado libre y poderoso,
Cañete, la Imperial y hacia el levante;
la Villa-rica, y el volcan fogoso,
Valdivia, Osorno, el Lago; y adelante
las islas y archipiélago famoso;
y siguiendo la costa al sur derecho,
Chiloé, Coronados, y el estrecho

Por donde Magallanes con su gente
al mar del Sur salió desembocando;
y tomando la vuelta del poniente,
al Maluco guió noruesteando.
Ves las islas de Acaca y Zabú en frente,
y á Matan do murió al fin peleando;
Brunei, Bohol, Gilolo, Terrenate,
Machian, Mutir, Badan, Tidore, y Mate.

Ves las manchas de tierras, tan cubiertas
que pueden ser apenas divisadas,
son las que nunca han sido descubiertas,
ni de extranjeros piés jamás pisadas;
las cuales estarán siempre encubiertas,
y de aquellos celajes ocupadas,
hasta que Dios permita que parezcan,
porque mas sus secretos se engrandezcan.

Y como ves en forma verdadera
de la tierra la gran circunferencia,
pudieras entender, si tiempo hubiera,
de los celestes cuerpos la escelencia,

(1) Las de los moriscos rebelados cuando el autor escribía.

(2) En la edición de 1578 decía: Carlos Quinto Máximo.

la máquina y concierto de la esfera, la virtud de los astros é influencia, varias revoluciones, movimientos, los cursos naturales y violentos.

Mas aunque quiera yo de parte mia dejarte mas contento y satisfecho, ha mucho rato que declina el día, y tienes hasta el sitio largo trecho.» Así haciéndome el mago compañía, me trujo hasta ponerme en el derecho camino, do encontré luego mi gente que me andaba á buscar confusamente.

Llegamos al asiento en punto cuando entraban á la guardia los amigos, donde gastamos tiempo procurando reducir á la paz los enemigos; unas veces por bien, acariciando, otras por amenazas y castigos, haciendo sin parar correrías por los vecinos pueblos y alquerías.

Mas no bastando diligencia en esto, ni las promesas, medios y partidos, que en su primer intento y presupuesto estaban siempre mas endurecidos. Vista, pues, la importancia de aquel puesto, por estar en la tierra mas metidos, con maduro consejo fue acordado sustentar el lugar fortificado;

Y proveyendo al esperado daño de algunos bastimentos que faltaban, que aunque era fértil y abundante el año, los campos en cogollo y berza estaban, don Miguel de Velasco y Avendaño, con los que mas á punto se hallaban, haciéndoles yo escolta y compañía, tomamos de Cauten la recta vía.

Aunque con riesgo, sin contraste alguno los peligrosos términos pasamos, y en tiempo aparejado y oportuno á la Imperial ciudad salvos llegamos, donde á los moradores de uno en uno con palabras de amor los obligamos no solo á dar graciosa la comida, pero á ofrecer tambien hacienda y vida.

Así que, alegres, sin rumor de guerra, con pan, frutas, semillas y ganados, dimos presto la vuelta por la tierra de pacíficos indios y alterados; y al descubrir de la pura sierra hallamos una escolta de soldados, digo de nuestra gente, que venia á asegurar la peligrosa vía.

El sol ya derribado al occidente habia en el mar los rayos zabullido, dando la noche alivio á nuestra gente del cansancio y trabajo padecido; pero al romper el alba, alertamente se comenzó á marchar con gran ruido, el cargado bagaje y el ganado de todas las escuadras rodeado.

Iba yo en la vanguardia descubriendo por medio de una espesa y gran quebrada, cuando ví de través salir corriendo una mujer, al parecer turbada; yo tras ella los prestos piés batiendo, luego de mi caballo fue alcanzada. El que saber el fin desto desea atentamente el otro canto lea.

CANTO XXVIII.

Conta Glaura sus desdichas y la causa de su venida. Asaltan los araucanos á los españoles en la quebrada de Purén: pasa entre ellos una recia batalla; saquean los enemigos el bagaje: retiranse alegres aunque desbaratados.

QUIEN tiene libre y sosegada vida le conviene vivir mas recatado,

que siempre es peligrosa la caída del que está del peligro descuidado; y vemos muchas veces convertida la alegre suerte en miserable estado, en dura sujecion las libertades, y tras prosperidad adversidades.

Es fortuna tan varia, es tan incierta, ya que se muestra alguna vez amiga, que no ha llamado el Bien á nuestra puerta, cuando el Mal dentro en casa nos fatiga: y pues sabemos ya por cosa cierta que nunca hay Bien á quien un Mal no siga, roguemos que no venga; y si viniere, que sea pequeño el Mal que le siguiere;

Que yo, de acuchillado en esto, siento que es de temer en parte la ventura; el tiempo alegre pasa en un momento, y el triste hasta la muerte siempre dura: y porque viene bien á nuestro cuento, á la bárbara oid, que en la espesura alcancé, como os dije, que en su traje mostraba ser persona de linaje.

Era mochiacha grande, bien formada, de frente alegre y ojos estremados, nariz perfeta, boca colorada, los dientes en coral fino engastados; espaciosa de pecho y relevada, hermosas manos, brazos bien sacados, acrecentando mas su hermosura de un natural donaire y apostura.

Yo queriendo saber á qué venia sola por aquel bosque y aspereza, con mas seguridad que prometia su bello rostro y rara gentileza la aseguré del miedo que traía, la cual dando un suspiro, que á terneza al mas rebelde corazon moviera, comenzó su razon en tal manera:

«No sé si ya me queje desdichada, ó agradezca á los Hados y á mi Suerte, que me abren puerta y que me dan entrada para que pueda recibir la muerte: pero si ya la historia desastrada quieres saber y mi dolor tan fuerte, que aun le agravia mi poco sentimiento, te ruego que al proceso estés atento.

Mi nombre es Glaura, en fuerte hora nacida, hija del buen cacique Quilacura, de la sangre de Friso esclarecida, rica de hacienda, pobre de ventura; respetada de muchos y servida por mi linaje y vana hermosura; mas ¡ay de mí! cuánto mejor me fuera ser una simple y pobre ganadera.

En casa de mi padre á mi contento como única heredera yo vivía, que su felicidad y pensamiento en solo darme gusto lo ponía: mi voluntad en todo y mandamiento como inviolable ley se obedecía, no habiendo de contento y gusto cosa que fuese para mí dificultosa;

Mas presto el envidioso Amor tirano; turbador del sosiego, adredemente trujo á mi tierra y casa á Fresolano, mozo de fuerzas y ánimo valiente, de mi infelice padre primo hermano, y mucho mas amigo que pariente, á quien la voluntad tenía rendida, no habiendo entre los dos cosa partida.

Mi padre, como amigo aficionado, que yo le regalase me mandaba; y así yo con llaneza y gran cuidado por hacerle placer lo procuraba; mas él luego, el propósito estragado,

cuya fidelidad ya vacilaba,
corrompió la amistad, salió de tino,
echando por ilícito camino.

O fue el trato que tuvo allí conmigo,
ó, por mejor decir, mi desventura,
que esta sería mas cierto, como digo,
que no la mal juzgada hermosura,
que ingrato al hospedaje del amigo,
del deudo y deuda haciendo poca cura,
me comenzó de amar y buscar medio
de dar á su cuidado algun remedio.

Visto yo que por muestras y rodeo
muchas veces su pena descubria,
conocí que su intento y mal deseo
de los honestos límites salia.

Mas ¡ay! que en lo que yo padezco veo
lo que el misero entonces padecia;
que á término he llegado al pié del palo
que aun no puedo decir mal de lo malo.

Hallábase mil veces suspirando
en mí los engañados ojos puestos;
otras andaba tímido tentando
entrada á sus osados presupuestos.
Yo, la ocasion dañosa desviando
con gravedad y términos honestos,
que es lo que mas refrena la osadía,
sus erradas quimeras deshacia.

Estando sola en mi aposento un dia,
temerosa de algun atrevimiento,
ante mí de rodillas se ponía
con grande turbacion y desatiento
diciéndome temblando: «¡Oh Glaura mia!
ya no basta razon ni sufrimiento,
ni de fuerza una mínima me queda
que á la del fuerte Amor resistir pueda.

Tu, señora, sabrás que el dia primero
de mi felice y próspera venida
me trujo amor al término postrero
desta penosa y desdichada vida;
mas ya que por tu amor y causa muero,
quiero saber si dello eres servida,
porque siéndolo tú no sé yo cosa
que pueda para mí ser tan dichosa.»

Viéndole al parecer, determinado
á cualquier violencia y desacato,
disimuladamente por un lado
salí del sin mostrar algun recato
diciéndole de lejos: «¡Oh malvado,
incestuoso, desleal, ingrato,
corrompedor de la amistad jurada,
y ley de parentesco conservada!...»

Iba estas y otras cosas yo diciendo
que el repentino enojo me mostraba,
cuando con priesa súbita y estruendo
un cristiano escuadron nos salteaba,
que en cerrado tropel arremetiendo,
nuestra alta casa en torno rodeaba,
saltando Fresolano en mi presencia
á la debida y justa resistencia.

Diciendo: «¡Oh fiera tigre endurecida,
inhumana y cruel con los humanos!
vuelve, acaba de ser tú la homicida,
no dejes que hacer á los cristianos:
vuelve, verás que acabo aquí la vida,
pues no puedo á las tuyas, á sus manos,
que aunque no sea la muerte tan honrosa,
á lo menos será mas piadosa.»

Así furioso sin mirar en nada
se arroja en medio de la armada gente,
donde luego una bala arrebatada
le atravesó el desnudo pecho ardiente:
cayó ya la color y voz turbada,
diciendo: «Glaura! Glaura! últimamente
recibe allá mi espíritu, cansado
de dar vida á este cuerpo desdichado.»

Llegó mi padre en esto al gran ruido,
solo armado de esfuerzo y confianza;
mas luego en el costado fue herido
de una furiosa y atrevida lanza:
cayó el cuerpo mortal descolorido;
y vista mi fortuna y mal andanza,
por el postigo de una falsa puerta
salí, á mi parecer, mas que ellos muerta.

Acá y allá turbada, al fin por una
montaña comencé luego á emboscarme,
dejándome llevar de mi fortuna,
que siempre me ha guiado á despeñarme.
Así que, ya sin tino y senda alguna
procuraba ¡cuitada! de alejarme;
que con el gran temor me parecia
que yendo á mas correr no me movia.

Mas como suele acontecer continuo
que, huyendo el peligro y mal presente
se suele ir á parar en un camino
que nos coge y anega la creciente,
así á mí ¡desdichada! pues me avino
que, por salvar la vida impertinente,
de un mal en otro mal, de lance en lance
vine á mayor peligro y mayor trance.

Iba, pues, siempre ¡misera! corriendo
por espinas, por zarzas, por abrojos,
aquí y allí, y acá y allá volviendo
á cada paso los atentos ojos,
cuando por unos árboles saliendo
ví dos negros cargados de despojos,
que luego en el instante que me vieron
á la misera presa arremetieron.

Fuí dellos prestamente despojada
de todo cuanto allí venia vestida,
aunque yo ¡triste! no estimaba en nada
el perder los vestidos y la vida:
pero el honor y castidad preciada
estuvo á punto ya de ser perdida;
mas mis voces y quejas fueron tantas
que á lástima y piedad movia las plantas.

Usó el cielo conmigo de clemencia
guiando á Cariolan á mis clamores,
que visto el acto enorme y la insolencia
de aquellos enemigos violadores,
corrió con provechosa diligencia
diciendo: «Perros, bárbaros, traidores,
dejad, dejad al punto la doncella,
si no la vida dejareis con ella.»

Fueron sobre él los dos continente;
mas él, flechando el arco que traía,
al mas adelantado y diligente
la flecha hasta las plumas le escondía:
hízose atrás dos pasos diestramente,
y al otro la segunda flecha envía
con brújula tan cierta y diestro tino,
que al bruto corazon halló el camino.

Cayó muerto, y el otro mal herido
cerró con él furioso y empuerrado;
mas Cariolan, valiente y prevenido,
en la arte de la lucha ejercitado,
aunque el negro era grande y muy fornido,
de su destreza y fuerzas ayudado,
alzándole en los brazos hácia el cielo
le trabucó de espaldas en el suelo.

Y sacando una daga acicalada,
queriendo á hierro rematar la cuenta,
por el desnudo vientre y por la hijada
tres veces la metió y sacó sangrienta;
huyó por allí la alma acelerada,
y libre Cariolan de aquella afrenta
se vino para mí con gran crianza
pidiéndome perdon de la tardanza.

Supo decir allí tantas razones,
haciendo Amor conmigo así el oficio,
que medrosa de andar en opiniones,

que es ya dolencia de honra y ruin indicio,
por evitar, al fin, mormuraciones,
y no mostrarme ingrata al beneficio
en tal sazón y tiempo recibido,
le tomé por mi guarda y mi marido;

Y temiendo que gente acudiría,
por el espeso bosque nos metimos,
donde, sin rastro ni señal de vía,
un gran rato perdidos anduvimos;
pero, señor, al declinar del día,
á la ribera de Lauquén salimos,
por dó venía una escuadra de cristianos
con diez indios, atrás presas las manos.

Descubriéronnos súbito en saliendo,
que en todo, al fin, nos persiguía la suerte,
sobre nosotros de tropel corriendo,
¡aguarda! ¡aguarda! ¡ten! gritando fuerte;
pero mi nuevo esposo allí, temiendo
mucho mas mi deshonra que su muerte,
me rogó que en el bosque me escondiese,
mientras que el con morir los detuviese.

Luego el temor, á trastornar bastante
una flaca mujer inadvertida,
me persuadió, poniéndome delante
la horrenda muerte y la estimada vida:
así, cobarde, tímida, inconstante,
á los primeros ímpetus rendida,
me entré, viéndolos cerca á toda priesa
por lo mas ágrío de la selva espesa,



Y en lo hueco de un tronco, que tejido
de zarzas y maleza en torno estaba,
me escondí sin aliento ni sentido,
que aun apenas de miedo resollaba,
de donde escuché luego un gran ruido,
que el bosque cerca y lejos atronaba,
de espadas, lanzas y tropel de gente,
como que combatesen fuertemente.

Fue naco á poco, al parecer, cesando

aquel rumor y grito que se oía,
cuando la obligacion ya calentando
la sangre que el temor helado habia,
revolví sobre mí, considerando
la maldad y traicion que cometia
en no correr con mi marido á una
un peligro, una muerte, una fortuna.

Sali de aquel lugar, que á Dios pluguiera
que en el quedara viva sepultada,
corriendo con presteza á la ribera
á donde le dejé, desatinada:
mas cuando no ví rastro ni manera
de le poder hallar, sola y cuitada,
podrás ver qué sentí; pues era cierto
que no pudo escapar de preso ó muerto;

Solté ya sin temor la voz en vano,
llamando al sordo Cielo injusto y crudo;
preguntaba: ¿dó está mi Cariolón?
y todo al responder lo hallaba mudo:
Ya entraba en la espesura, ya á lo llano
salía corriendo, que el dolor agudo,
en mis entrañas siempre mas furioso,
no me daba momento de reposo.

No te quiero cansar ni lastimarme
en decirte las bascas que sentía:
no sabiendo que hacer ni aconsejarme,
frenética y furiosa discurría:
muchas veces propuse de matarme,
mas por torpeza y gran maldad tenia
que aquel dolor en mí tan poco obrase
que á quitarme la vida no bastase.

En tanta pena y confusion envuelta,
de contrarios y dudas combatida,
al cabo ya de le buscar resuelta,
pues no daba el dolor fin á mi vida,
hácia el campo español he dado vuelta,
de noche y desde lejos escondida,
por el honor, que mal me le asegura
mi poca edad y mucha desventura.

Y teniendo noticia que esta gente
era la vuelta de Cauten pasada,
tambien que habia de ser forzosamente
por este paso estrecho la tornada,
me dispuse á venir cubiertamente,
pensando que entre tantos disfrazada
alguna nueva ó rastro hallaria
deste que la Fortuna me desvia.

¿Qué remedio me queda ya captiva,
sujeta al mando y voluntad ajena,
que, para que mayor pena reciba,
aun la muerte no viene, porque es buena?
Pero aunque el Cielo cruel quiera que viva,
al fin me ha de acabar ya tanta pena;
bien que el estado en que me toma es fuerte,
mas nadie escoge el tiempo de su muerte.»

Así la bella jóven lastimada
iba sus desventuras recontando,
cuando una gruesa bárbara emboscada
que estaba á los dos lados aguardando,
alzó al cielo una súbita algarada
las salidas y pasos ocupando,
creciendo indios así que parecían
que de las verbas bárbaros nacían.

Llegó al instante un yanacón mio,
ganado no habia un mes en buena guerra,
diciéndome: «Señor, échate al río,
que yo te salvaré que sé la tierra,
que pensar resistir es desvario
á la gente que cala de la sierra:
bien puedes ¡oh señor! de mí fiarte,
que me verás morir por escaparte.

Yo, que al mancebo el rostro revolvía
á agradecer la oferta y buen deseo,
ví á Glaura que sin tiento arremetia
diciendo: «¡oh justo Dios! ¿qué es lo que veo?

¿eres mi dulce esposo? ¡ay vida mía!
 en mis brazos te tengo y no lo creo;
 ¿qué es esto, estoy soñando ó estoy despierta?
 ¡ay! que tan grande bien no es cosa cierta.»

Yo atónito de tal acaecimiento,
 alegre tanto dél como admirado,
 visto de Glaura el mísero lamento
 en felice suceso rematado,
 no habiendo allí lugar de cumplimiento,
 por ser revuelto el tiempo y limitado,
 dije: «Amigos, adios; y lo que puedo,
 que es daros libertad, yo os la concedo.»

Sin otro ofrecimiento ni promesa
 piqué al caballo, que salió ligero.
 Pero aunque mas los indios me den priesa,
 quiero, Señor, que aquí sepais primero
 como á la entrada de la selva espesa
 Cariolan vino á ser mi prisionero,
 cuando medrosa de perder la vida
 en el tronco quedó Glaura escondida.

Sabed, sacro Señor, que yo venia
 con algunos amigos y soldados,
 despues de haber andado todo el dia
 en busca de enemigos desmandados;
 mas ya que á nuestro asiento me volvía
 con diez prisiones bárbaros atados,
 á la entrada de un monte y fin de un llano
 descubrimos muy cerca á Cariolano.

Corrió luego sobre él toda la gente,
 pensando que alas le prestara el miedo;
 pero con gran desprecio y alta frente,
 apercebido el arco, estuvo quedo:
 llegando, pues, á tiro, diestramente
 hirió á Francisco Osorio y Acebedo,
 arrancando una daga, desenvuelto
 el largo manto al brazo ya revuelto.

Tanta fue la destreza, tanta el arte
 del temerario bárbaro araucano,
 que no fue el gran tropel de gente parte
 á que dejase un solo paso el llano;
 que, saltando de aquella y desta parte,
 todos los golpes hizo dar en vano,
 unos hurtando el cuerpo desmentidos,
 otros del manto y daga rebatidos.

Yo, que ver tal batalla no quisiera,
 al aniuoso mozo aficionado,
 en medio me lancé diciendo: «Afuera
 caballeros, afuera, hacéos á un lado,
 que no es bien que el valiente mozo muera,
 antes merece ser remunerado;
 y darle así la muerte ya sería
 no esfuerzo ni valor, mas villanía.»

Todos se detuvieron conociendo
 cuán mal el acto infame les estaba;
 solo el indio no cesa, pareciendo
 que de alargar la vida le pesaba:
 al fin, la daga y paso recogiendo,
 pues ya la cortesía le obligaba,
 vuelto hacía mí me dijo: «¿Qué te importa
 que sea mi vida larga ó que sea corta?»

Pero de mí será reconocida
 la obra pia y voluntad humana,
 pia por la intencion, pero entendida,
 puede decirse impia é humana;
 que á quien ha de vivir mísera vida
 no le puede estar mal muerte temprana:
 así que, en no matarme, como digo,
 cruel misericordia usas conmigo.

Mas, porque no me digan que ya niego
 haber de tí la vida recibido,
 me pongo en tu poder, y así me entrego
 á mi fortuna mísera rendido.»
 Esto dicho, la daga arrojó luego
 doméstico el que indómito había sido,
 quedando desde allí siempre conmigo,

no en figura de siervo, mas de amigo.

Ya el ejercicio y belicoso estruendo
 de las armas y voces resonaban;
 unos van en monton allá corriendo,
 otros acá socorro demandaban.
 Era la senda estrecha, y no pudiendo
 ir atrás ni adelante, reparaban
 que el bagaje, la chusma y el ganado
 tenia impedido el paso y ocupado.

Es el camino de Purén derecho
 hacía la entrada y paso del estado;
 despues vá en forma oblica largo trecho
 de dos ásperos cerros apretado;
 y vienen á ceñirle en tanto estrecho
 que apenas pueden ir dos lado á lado,
 haciendo aun mas angosta aquella via
 un arroyo que lleva en compañía.

Así á trechos en partes del camino
 revueltos unos y otros voceando,
 andaban en confuso remolino
 la tempestad de tiros reparando.
 No basta de la pasta el temple fino,
 grebas, petos, celadas abollando
 la furia que zumbaba á la redonda
 de galga, lanza, dardo, flecha y honda.

Unos al suelo van descalabrados
 sin poder en las sillas sostenerse;
 otros, cual rana ó sapo, aporreados
 no pueden aunque quieren removerse;
 otros á gatas, otros derrengados,
 arrastrando procuran acogerse
 á algun reparo ó hueco de la senda,
 que de aquel torbellino los defienda;

Que en este paso estrecho el enemigo,
 la gente y municion por órden puesta,
 tenia á nuestros soldados, como digo,
 de ventaja las piedras y la cuesta,
 donde puedo afirmar como testigo
 que era la lluvia tan espesa y presta
 de las piedras, que cierto parecia
 que el cerro abajo en piezas se venia.

Como cuando se ve el airado cielo
 de espesas nubes lóbregas cerrado
 querer undir y arruinar el suelo,
 de rayos, piedra y tempestad cargado;
 las aves mata en medio de su vuelo,
 la gente, bestias, fieras y ganado
 buscan corriendo, acá y allá perdidas,
 los reparos, defensas y guaridas;

Así los españoles constreñidos
 de aquel granizo y tempestad furiosa,
 buscan por todas partes mal heridos
 algun árbol ó peña cavernosa,
 dó reparados algo y defendidos,
 con la virtud antigua generosa,
 cobrando nuevo esfuerzo y esperanza,
 á la victoria aspiran y venganza;

Y desde allí con la presteza usada,
 las apuntadas miras asestando,
 les comienzan á dar una rociada,
 muchos en poco tiempo derribando.
 Ya por la áspera cuesta derrumbada
 venian cuerpos y peñas volteando
 con un furor terrible y tan extraño
 que muertos aun hacian notable daño.

Así andaba la cosa, y entretanto
 que en esta estrecha plaza peleaban,
 con no menor revuelta al otro canto
 donde mayores voces resonaban
 se habian los indios desmandado tanto
 que ya el bagaje y cargas saqueaban,
 haciendo grande riza y sacrificio
 en la gente de guarda y de servicio.

Quién con carne, con pan, fruta ó pescado
 sube ligeramente á la alta cumbre;

quién de petaca ó de fardel cargado corre sin embarazo y pesadumbre; del alto y bajo, de uno y otro lado, al saco acude allí la muchedumbre, cual banda de palomas en verano suele acudir al derramado grano.

Viéndonés ya vencidos sin remedio por la gran multitud que concurría; procuré de tentar el postrer medio que en nuestra vida y salvacion había: y así, rompiendo súbito por medio de la revuelta y empachada vía; llegué dó estaban hasta diez soldados en un hueco del monte arrinconados;

Diciéndoles el punto en que la guerra andaba de ambas partes tan reñida que, ganada la cumbre de la sierra, la victoria era nuestra conocida; porque toda la gente de la tierra andaba ya en el saco embebecida, y solo en ver así ganado el alto los bastaba á vencer el sobresalto.

Luego, resueltos á morir de hecho, todos los once juntos de cuadrilla los caballos echamos al repecho, cada cual soliviado alto en la silla: y aunque el fragoso cerro era derecho, por la tendida y áspera cucibilla llegamos á la cumbre deseada, de breña espesa y árboles poblada.

Saltamos á pié todos al momento, que ya allí los caballos no prestaban, que llenos de sudor, faltos de aliento, no pudiendo moverse, hijadeaban: donde sin dilacion ni impedimento, al lado que los indios mas cargaban, en un derecho y gran derrumbadero nos pusimos á vista y caballero,

Dándoles una carga de repente de arcabuces y piedras que os prometo que aunque llevó de golpe mucha gente, hizo el súbito miedo mas efeto: y así, remolinando torpemente, les pareció, segun el grande aprieto, moverse en contra dellos cielo y tierra, viendo por alto y bajo tanta guerra.

Luego con animosa confianza en nuestra ayuda algunos arribaron, que deseosos de áspera venganza, el daño y miedo en ellos aumentaron tanto que ya, perdida la esperanza, á retirarse algunos comenzaron, poniendo prestos piés en la huida, remedio de escapar la ropa y vida:

Cual por aquella parte, cual por esta, cargado de fardel ó saco, guía; cual por lo mas espeso de la cuesta arrastrando el ganado se metia: cual con hambre y codicia deshonestas, por solo llevar mas se detenía, costando á mas de diez allí la vida la carga y la codicia desmedida.

Así la fiesta se acabó, quedando saqueados en parte y vencedores, la victoria y honor solemnizando con trompetas, clarines y atambores, al rumor de las cuales caminando, con buena guardia y diestros corredores, llegamos al Real todos heridos, donde fuimos con salvas recebidos.

Los bárbaros á un tiempo retirados por un áspero risco y monte espeso se fueron á gran paso, consolados con el sabroso robo, del suceso, y á donde estaba el general llegados.

que, sabido el desórden y el esceso que rindió la victoria al enemigo, hizo de algunos ejemplar castigo.

Y habiéndon en Talcamávida juntado del destrozado campo el remanente á consultar las cosas del estado llamó á la principal y digna gente; donde despues de haber allí tratado de lo mas importante y conveniente, les dijo libremente todo cuanto podrá ver quien leyere el otro canto.

CANTO XXIX.

Entran los araucanos en nuevo consejo: tratan de quemar sus haciendas. Pide Tucapel que se cumpla el campo que tiene aplazado con Rengo: combaten los dos en estacado brava y animosamente.

¡Oh cuánta fuerza tiene, oh cuánto incita el amor de la patria; pues hallamos que en razon nos obliga y necesita á que todo por él lo pospongamos! cualquier peligro y muerte facilita; al padre, al hijo, á la mujer dejamos cuando en trabajo nuestra patria vemos, y como á mas parienta la acorremos.

Buen testimonio desto nos han sido las hazañas de antiguos señaladas, que por la cara patria han convertido en sus mismas entrañas las espadas, y su gloriosa fama han estendido las plumas de escritores celebradas. Mario, Casio, Filon, Codro ateniense, Scebóla, Agesilao y el Uticense.

Entrar, pues, en el número merece esta araucana gente que, con tanta muestra de su valor y ánimo, ofrece por la patria al cuchillo la garganta; y en el firme propósito parece que ni rigor de Hado y toda cuanta fuerza pone en en sus golpes la Fortuna en los ánimos hace mella alguna:

Que habiendo en solos tres meses perdido cuatro grandes batallas de importancia, no con ánimo triste ni abatido, mas con valor grandísimo y constancia, estaban, como atrás habeis oido, en consejo de guerra haciendo instancia en darnos otro asalto, mas la mano tomó diciendo así Caupolicano:

«Conviene ¡oh gran senado religioso! que vencer ó morir determinemos, y en solo nuestro brazo valeroso como último remedio confiemos: las casas, ropa y mueble infructuoso que al descanso nos llaman abrasemos, que habiendo de morir todo nos sobra, y todo con vencer despues se cobra.

Es necesario y justo que se entienda la grande utilidad que desto viene; que no es bien que haya asiento en la hacienda cuando el honor aun su lugar no tiene: ni es razon que soldado alguno atienda á mas de aquello que á vencer conviene; ni entibie las ardientes voluntades el amor de las casas y heredades.

Así que, en esta guerra tan reñida quien pretende descanso, como digo, piense que no hay mas honra, hacienda y vida de aquella que quitare al enemigo; que la virtud del brazo conocida será el rescate y verdadero amigo, pues no ha de haber partido ni concierto sino solo matar ó quedar muerto.»

Oido allí por los caciques está;

muchos suspensos sin hablar quedaron, y algunos dellos con turbado gesto, enarcando las cejas, se miraron; pero rompiendo aquel silencio puesto sobre ello un rato dieron y tomaron, hallando en su favor tantas razones que se llevó tras sí las opiniones.

Así el valiente Ongolmo, no esperando que otro en tal ocasión le precediese, aprueba á voces la demanda, instando en que por obra luego se pusiese. Siguió este parecer Purén, jurando de no entrar en poblado hasta que viese sin medio ni concierto, á fuerza pura, su patria en libertad y paz segura.

Lincoya y Caniomangue, pues, no fueron en jurar el decreto perezosos, que aun mas de lo posible prometieron, segun eran gallardos y animosos. Tambien Rengo y Gualemo se ofrecieron, y los demás caciques orgullosos.

Talcaguan, Lemolemo y Orompello; hasta el buen Colocolo vino en ello.

Resueltos, pues, en esto, y decretado segun que aquí lo habemos referido, Tucapel, que á todo habia callado con gran sosiego y con atento oido, despues del alboroto cosegado, y aquel árduo negocio definido,

puesto en pié levantó la voz ardiente, que jamás hablar pudo blandamente,

Diciendo: «Capitanes, yo el primero en lo que el general propone vengo por parecerme justo; y así quiero que se abraze y asuele cuanto tengo: en lo demás, al brazo me refiero, que si un mes en su fuerza lo sostengo, pienso escoger despues á mi contento el mayor y mejor repartimiento.

Y si algun miserable no concede lo que tan justamente le es pedido, por enemigo de la patria quede, y del militar hábito escluido;

que ya por nuestra parte no se puede venir á ningun medio ni partido, sin dejar de perder, pues la contienda, es sobre nuestra libertad y hacienda.

Así que, yo tambien determinado de seguir vuestros votos y opiniones, aunque parece en tiempo tan turbado que nuevo nuevas causas y cuestiones, del natural honor estimulado, y por otras legítimas razones, no puedo ya dejar por ningun arte de echar del todo un gran negocio á parte.

Ya tendreis en memoria el desafio que Rengo y yo tenemos aplazado; asimismo el que tuve con su tío, que quiso mas morir desesperado: viendo el gran deshonor y agravio mio, y cuánto á mi pesar se ha dilatado, quiero, sin esperar á mas rodeo, cumplir la obligacion y mi deseo;

Que asaz gloria y honor Rengo ha ganado entre todas las gentes, pues se trata de que conmigo ha de entrar en estacado, y así vanaglorioso lo dilata:

mas yo de tanta dilacion cansado, pues que cada ocasion lo desbarata, pido que nuestro campo se fenezca, que no es bien que mi crédito padezca:

Que ya Peteguelen, astutamente, con apariencia de ánimo engañosa, á morir se arrojó entre tanta gente, por parecerle muerte mas piadosa:

y así se me escapó mañosamente, que fue puro temor y no otra cosa; pues si ambicion de gloria le moviera, de mi brazo la muerte pretendiera.

Tambien Rengo, de industria, cauteloso, anda en los enemigos muy metido buscando algun estorbo ó modo honroso que le escuse cumplir lo prometido; y debajo de muestra de animoso procura de quedar manco ó tullido, y para combatir no habilitado, glorioso con mas haber desafiado.

Así hablaba el bárbaro arrogante, cuando el airado Rengo echando fuego, sin guardar atencion se hizo adelante, diciendo: «La batalla quiero luego, que ni tu muestra y fanfarron semblante me puede á mi causar desasosiego; las armas lo dirán, y no razones que son de jactanciosos baladrones.»

Arremetiera Tucapel, si en esto Caupolicán, que á tiempo se previno, con presta diligencia en medio puesto, la voz no lo atajara y el camino:

y con severa muestra y grave gesto, reprehendiendo el loco desatino, por rematar entre ellos la porfia concedió á Tucapel lo que pedía.

Pues el campo y el plazo señalado, que fue para de aquel en cuatro dias, nacieron en el pueblo alborozado sobre el dudoso fin muchas porfias: quién apostaba ropa, quién ganado, quién tierras de labor, quién grangerías: algunos, que ganar no deseaban, las usadas mujeres apostaban.

Cercaron una plaza de tablonés en un esento y descubierto llano, donde los dos indómitos varones, armados combatesen mano á mano, publicando en pregon las condiciones por el estilo y término araucano, para que á todos manifiesto fuese, y ninguno ignorancia pretendiese.

Llegado el plazo, al despuntar del dia con gran gozo de muchos esperado, luego la bulliciosa compañía

se comenzó á rodear el estacado. Era tal el aprieto que no habian árbol, pared, ventana ni tejado de donde descubrirse algo pudiese, que cubierto de gente no estuviese.

El sol algo encendido y perezoso, apenas del oriente habia salido, cuando por una parte el animoso Tucapel asomó con gran ruido, por otra pues, no menos orgulloso, al mismo tiempo aparecer se vido el fantástico Rengo muy gallardo,

ambos con fiera muestra y paso tardío. Las robustas personas adornadas de fuertes petos dobles relevados, escarcelas, brazales y celadas, hasta el empeine de los piés armados: mazas cortas de acero barreadas, gruesos escudos de metal herrados, y al lado izquierdo cada cual ceñido un corvo y ancho alfange guarnecido.

Tenia, señor, la plaza á cada parte las puertas como palenque de torneo, por las cuales el uno y otro Marte, entraban en ancho círculo y rodeo. Despues que con vistoso y gentil arte su término acabaron y paseo, airoso cada cual quedó á su lado

dentro de la gran plaza y estacado.

Hecho por los padrinos el oficio cual se requiere en actos semejantes, quitando todo escrúpulo y indicio de ventaja y cautelas importantes, cesó luego el estrépito y bullicio en todos los atentos circunstantes, oyendo el son de la trompeta en esto, que robó la color de mas de un gesto.

Luego los dos famosos combatientes, que la tarda señal solo atendían, con bizarros y airosos continentes en paso igual á combatir movían, y descargando á un tiempo los valientes brazos, de tales golpes se herían que estuvo cada cual por una pieza sobre el pecho inclinada la cabeza.

Redoblan los segundos de manera que, aunque fueron pesados los primeros, si tal reparo y prevencion no hubiera, no llegara el combate á los terceros. ¿Quién por estilo igual decir pudiera el furor destos bárbaros guerreros, viendo el valor del mundo en ellos junto, y la encendida cólera en su punto?

Fue de tal golpe Tucapel cargado sobre el escudo en medio de la frente, que quedó por un rato embelesado, suspensos los sentidos y la mente. Llegó Rengo con otro apresurado, pero salió el efecto diferente, que el estruendo del golpe y dolor fiero le despertó del sueño del primero.

Serpiente no se vió tan venenoso defendiendo á los hijos en su nido, como el airado bárbaro furioso, mas del honor que del dolor sentido: así, fuera de término rabioso, de soberbia diabólica movido, sobre el gallardo Rengo fue en un punto, descargando la rabia y maza junto.

Salióle al fiero Rengo favorable aquel furor y acelerado brio que la ferrada maza irreparable el grueso extremo descargó en vacío: fue el golpe, aunque furioso, tolerable quitándole la fuerza el desvarío, que á cogerle de lleno, yo creyera que con él el combate feneciera.

Mas, aunque fue al soslayo, el araucano se fue un poco al través desvaneciendo; al fin puso en el suelo la una mano, sostener la gran carga no pudiendo; pero viendo el peligro no liviano, sobre el fuerte contrario revolviendo, con su desenvoltura y maza presta le vuelve aun mas pesada la respuesta.

Era cosa admirable la fiera de los dos en valor al mundo raros, la providencia, el arte, la destreza, las entradas, heridas, y reparos, tanto, que temo ya de mi torpeza no poder por sus términos contaros la mas reñida y singular batalla que en relacion de bárbaros se halla.

Así el fiero combate igual andaba, y el golpear de un lado y de otro espeso, que el mas templado golpe no dejaba de magullar la carne ó romper hueso. El aire cerca y lejos retumbaba lleno de estruendo y de un aliento grueso, que era tanto el rumor y batería que un ejército grande parecía. Dió el fuerte Rengo un golpe á Tucapelo, batiéndole de suerte la celada

que vió lleno de estrellas todo el suelo, y la cabeza le quedó atronada; pero en sí vuelto, blasfemando al cielo, con aquella pujanza aventajada, hirió tan presto á Rengo al desviarse que no tuvo lugar de repararse.

Cayó el pesado golpe en descubierto, cargando á Rengo tanto la cabeza que todos le tuvieron ya por muerto, y estuvo adormecido una gran pieza; mas del mismo peligro al fin despierto la abollada celada se endereza, y sobre Tucapel furioso aguija, que la maza rompió por la manija.

Mas, viéndole sin maza en esta guerra, que en dos trozos saltó lejos quebrada, la suya con desprecio arroja en tierra, poniendo mano á la fornida espada. En esto Tucapel otra vez cierra, la suya fuera en alto levantada; mas Rengo hurtando el cuerpo á la una mano hizo que descargase el golpe en vano.

Llegó el cuchillo al suelo, y gran pedazo, aunque era duro, en él quedó enterrado, y en este impedimento y embarazo fue Tucapel herido por un lado, de suerte que el siniestro guarda-brazo con la carne al través cayó cortado, y procurando segundar no pudo, que vió calar el gran cuchillo agudo.

Debajo del escudo recogido Rengo el desaforado golpe espera, el cual fue en dos pedazos dividido con la cresta de acero y la mollera: el bárbaro quedó desvanecido, y por poco en el suelo se tendiera; mas el esfuerzo raro y ardimiento venció al grave dolor y desatiento.

No por esto medroso se retira, antes hacer cruda venganza piensa, y así lleno de rabia, ardiendo en ira, acrecentada por la nueva ofensa, furioso de revés un golpe tira con la estrema pujanza y fuerza inmensa, que á no topar tan fuerte la armadura le dividiera en dos por la cintura.

Metióse tan á dentro que no pudo salir del enemigo ya vecino, por lo cual, arrojando el roto escudo, valerse de los brazos le convino. Tucapel, que robusto era y membrudo; al mismo tiempo le salió al camino, echándole los suyos de manera que un grueso y duro roble deshiciera.

Pero topó con Rengo, que ninguno le llevaba ventaja en la braveza, de diez, de seis, de dos él era el uno de mas agilidad y fortaleza.

Llegados á las presas, cada uno con viva fuerza y con igual destreza tientan y buscan de una y otra parte el modo de vencer la industria y arte.

Así que, pecho á pecho forcejeando, andaban en furioso movimiento, tanto los duros brazos añudando que apenas recibir pueden aliento; y al arte nuevas fuerzas ayuntando, aspira cada cual al vencimiento, procurando por fuerza, como digo, de poner en el suelo al enemigo.

Era, cierto, espectáculo espantoso verlos tan recia y duramente asidos, llenos de sangre y de un sudor copioso los rostros, y los ojos encendidos: el aliento ya grueso y presuroso,

el forcejar, gemir, y los ronquidos, sin descansar un punto en todo el día, ni haber ventaja alguna ó mejoría.

Mas Tucapel ardiendo en viva saña, teniéndose por flojo y afrentado, ara y revuelve toda la campaña, cargando recio deste y de aquel lado. Rengo con gran destreza y cauta maña; recogido en su fuerza y repertado, su opinion y propósito sostiene y en igual esperanza se mantiene.

Viendo, pues, al contrario algo metido, le quiso rebatir el pié derecho; mas Tucapel, á tiempo recogido, lo suspende de tierra sobre el pecho, y entre los duros músculos ceñido le estremece, sacude y tiene estrecho, tanto que con el recio apretamiento no le deja tomar tierra ni aliento.

En esto, pues, creyendo facilmente de aquella suerte rematar la guerra, Rengo, que era destrisimo y valiente, hizo pié con gran fuerza y cobró tierra: donde á un tiempo estribando reciamente, de un fuerte rodeon se desafiera, llevándose en las manos apretado cuanto en la dura presa habia agarrado.

Fue Tucapel un rato descompuesto, dando de un lado y de otro zancadillas, y Rengo de la fuerza que habia puesto hincó en el suelo entrambas las rodillas: ámbos corrieron á las armas presto, rajando los escudos en astillas, con tempestad de golpes presurosos

mas fuertes que al principio y mas furiosos.

Estaban los presentes admirados de aquel duro teson y valentia, viéndolos en mil partes ya llagados y la sangre que el suelo humedecía, los arneses y escudos destrozados, y que ningun partido y medio habia, sino solo quedar el uno muerto, aunque morir los dos era mas cierto.

Dió Rengo á Tucapel una herida, cogiéndole al soslayo la rodela, que, aunque de gruesos cercos guarnecida, entró como si fuera blanda suela. No quedó allí la espada detenida, que gran parte cortó de la escarcela y un doble zaragüel de ñudo grueso, penetrando la carne hasta el hueso.

No se vió corazón tan sosegado que no diese en el pecho algun latido, viendo la horrenda muestra y rostro airado del impaciente bárbaro ofendido, que, el roto escudo lejos arrojado, de un furor infernal ya poseido, de suerte alzó la espada, que yo os juro que nadie allí pensó quedar seguro.

Guarte Rengo, ¡que baja! ¡guarda! ¡guarda! con gran rigor y furia acelerada el golpe de la mano mas gallarda que jamás gobernó bárbara espada. Mas quien el fin deste combate aguarda me perdone si dejo destroncada la historia en este punto, porque creo que así me esperará con mas deseo.

FIN DE LA SEGUNDA PARTE.

TERCERA PARTE.

CANTO XXX.

Contiene este canto el fin que tuvo el combate de Tucapel y Rengo. Asimismo lo que Pran, araucano, pasó con el indio Andresillo, yanacona de los españoles.

CUALQUIERA desafio es reprobado por ley divina y natural derecho cuando no va el designio enderezado al bien comun y universal provecho; y no por causa propia y fin privado, mas por autoridad pública hecho, que es la que en los combates y estacadas justifica las armas condenadas.

Muchos querrán decir que el desafio es de derecho y de costumbre usada, pues con el ser del hombre y albedrío juntamente la ira fue criada; pero sujeta al freno y señorío de la razon, á quien encomendada quedó, para que así la corrigiese que los términos justos no escudiese.

Y el Profeta nos da por documento que en ocasion y á tiempo nos airemos, pero con tal templanza y regimiento, que de la raya y punto no pasemos; pues, dejados llevar del movimiento,

el ser y la razon de hombres perdemos; y es visto que difieren en muy poco el hombre airado y el furioso loco.

Y aunque se diga, y es verdad, que sea ímpetu natural el que nos lleva, y por la alteracion de ira se vea que á combatir la voluntad se mueva: la ejecucion, el acto, la pelea, es lo que se condena y se reprueba, cuando aquella pasion que nos induce al yugo de razon no se reduce.

Por donde claramente, si se mira, parece, como parte conveniente, ser en el hombre natural la ira, en cuanto á la razon fuere obediente: y, en la causa comun puesta la mira, puede contra el campion el combatiente usar della en el tiempo necesario como contra legítimo adversario.

Mas si es el combatir por gallardía, ó por jactancia vana ó alabanza, ó por mostrar la fuerza y valentia, ó por rencor, por odio ó por venganza; si es por declaracion de la porfia remitiendo á las armas la probanza, es el combate injusto, es prohibido,